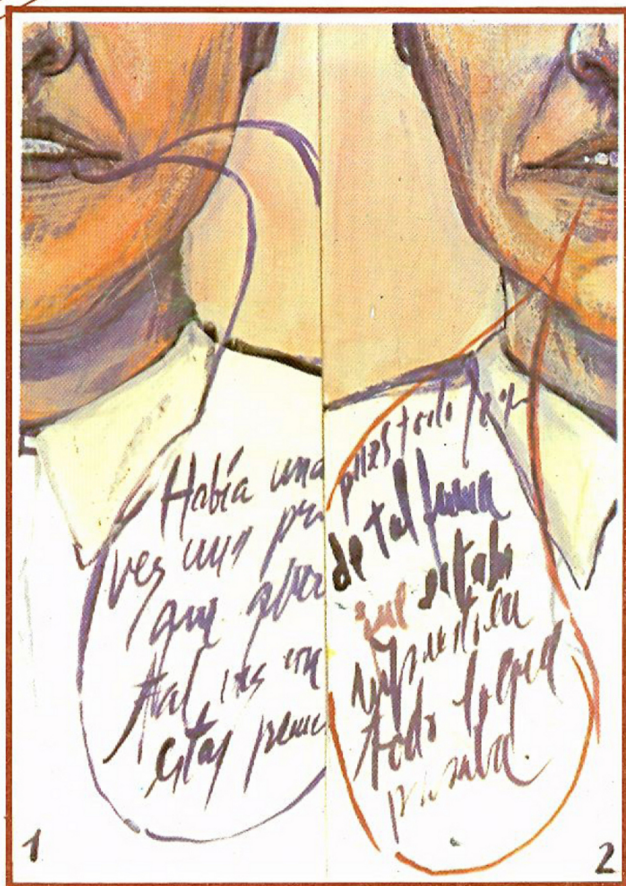


2.^a EDICION



JOAQUIN DIAZ - MAXIME CHEVALIER

Cuentos castellanos de tradición oral

 LMBITO

JOAQUIN DIAZ - MAXIME CHEVALIER

CUENTOS CASTELLANOS

DE TRADICION ORAL

SEGUNDA EDICION

Recopilación y transcripción, Joaquín Díaz
Introducción y notas, Maxime Chevalier

 **AMBITO**
EDICIONES, S.A.

© AMBITO Ediciones, S. A.

© Joaquín Díaz González

I.S.B.N.: 84-86047-14-5

Depósito Legal: VA. 540.—1985

Edita: AMBITO Ediciones, S. A.

Héroes del Alcázar, 10. 47001 Valladolid

Teléfono (983) 354161

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.

Paraíso, 8. 47003 Valladolid

Cubierta: Pablo Ransa

Introducción

Incluye la presente colección sesenta y tres cuentos folklóricos recogidos en la provincia de Valladolid por Joaquín Díaz. Para formar concepto concreto del interés que tiene, conviene situarla dentro de un conjunto más amplio y recordar brevemente las etapas esenciales de la recolección de cuentos folklóricos en España.

Emprendió la tarea Cecilia Böhl de Faber, «Fernán Caballero», quien publicó varios cuentos en el *Semanario Pintoresco Español* a partir de 1849 y formó dos colecciones de los mismos: *Cuentos y poesías populares andaluces* (1859) y *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares e infantiles* (1877). Apreciados según los criterios modernos, estos textos presentan evidentes defectos: no disponiendo de las técnicas del siglo XX, mal podía Fernán Caballero apuntar las versiones que recogía en forma exacta; además gustaba de retocar los cuentos al publicarlos, como es bien

sabido y según confiesa honradamente la propia autora. Pero se identifican sin dificultad los añadidos y la obra de la gran folklorista, si bien no permite estudios de tipo lingüístico, sigue siendo una de las bases más seguras de que disponemos para definir el folklore narrativo peninsular.

Representan la segunda etapa las series de cuentos ordenadas por Antonio Machado Alvarez y sus colaboradores: *Folklore andaluz* (1882-1883) y sobre todo la famosa *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas* (1883-1886). Unos años antes ya había salido a luz la primera colección de cuentos recogidos modernamente en el área de lengua catalana: *Lo Ronda-llayre*, de Francisco Maspóns i Labrós (1871-1875).

Siguen unos treinta años de silencio, interrumpido por la colección de cuentos catalanes de Serra i Boldú (1914). En 1923 publica Fritz Krüger una colección breve de cuentos recogidos en San Ciprián de Sana-bria; en 1924 Constantino Cabal da a luz sus *Cuentos tradicionales asturianos*, en 1925 Aurelio de Llano Roza de Ampudia sus *Cuentos asturianos*, dos colecciones tan abundantes como valiosas. Sobre todo — acontecimiento de primera magnitud — publica Aurelio M. Espinosa su colección de *Cuentos populares españoles* (1923, reedición de 1946), monumento del folklore peninsular, tanto por la cantidad de versiones reunidas como por la extensión del área en que se recogieron y la erudición de los estudios que las acompañan. Cada vez que remiten las notas de la presente colección a un cuento recogido por Aurelio M. Espinosa, ha de saber el lector que encontrará en los comentarios del gran folklorista la mejor información que hoy día se le pueda ofrecer sobre el aludido cuento.

Dicho esto, no hemos de olvidar que la colección

formada por Aurelio M. Espinosa es forzosamente incompleta. Por lo cual hemos de valorar debidamente las colecciones anteriores y posteriores que ofrecen cantidad de relatos folklóricos que no entraron en las páginas de los *Cuentos populares españoles*.

Siguen otros veinte años de silencio. El decenio 1940-1950 significa un adelanto considerable en la tarea de recolección o por lo menos de publicación. Conviene recordar en especial los *Cuentos extremeños*, reunidos por Marciano Curiel Merchán (1944); los *Cuentos populares de Castilla*, de Aurelio M. Espinosa, hijo (1946), valiosa colección que no pasa de ser antología de los cuentos mucho más numerosos recogidos en Castilla por el autor, cuentos que por desgracia siguen siendo inéditos en su mayor parte; la *Rondallística*, de Joan Amades (1950, reedición de 1974), tan rica y variada, sin olvidar las breves series de cuentos publicadas en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* entre 1944 y 1949.

En fecha más reciente las publicaciones más notables son los *Cuentos vianeses*, de Laureano Prieto (1958); los *Contos da provincia de Lugo* (1972); los *Cuentos gaditanos*, recogidos por Arcadio de Larrea Palacín (1959), y sobre todo las magníficas colecciones reunidas por Luis Cortés Vázquez: *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria* (1976, reedición de 1981) y *Cuentos populares salmantinos* (1979).

En total disponemos en la actualidad de unas veintisiete colecciones de cuentos folklóricos recogidos en la Península, diez de las cuales incluyen menos de veinte cuentos y sólo siete reúnen más de cien. Conjunto apreciable, no caudal impresionante. Hemos de percibir claramente la realidad: las encuestas sobre cuento folklórico en España, si bien empezaron en fecha relativamente temprana, continuaron lenta-

mente y nunca se llevaron a cabo en forma sistemática. Debida a una historia que no podemos modificar, nuestra pobreza en textos —una pobreza relativa— parece difícil de remediar, y es de temer que un catálogo del cuento folklórico español, tarea que algún día habremos de emprender, difícilmente llegue a ser tan completo como los que se han elaborado, o se van elaborando, en otros países europeos.

En cambio dicha tarea se beneficiaría de tres condiciones ventajosas, dos de las cuales son excepcionales en Europa, si no únicas.

Observemos primero que los aficionados prestaron en este terreno considerable ayuda a los investigadores especializados. Pienso en los eruditos que se dedicaron a coleccionar refranes, en especial Francisco Rodríguez Marín: hasta cuando no se interesaban mucho por el cuento folklórico —creo poder decir sin injusticia que este fue el caso del propio Rodríguez Marín—, al recoger y comentar refranes tuvieron forzosamente que apuntar cuentos folklóricos. También me refiero a una serie nutrida de escritores de segunda mitad del siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, que convirtieron en materia novelesca unos relatos familiares que conocerían desde los años de su infancia. Dos posibilidades se ofrecían: engastar cuentos populares en una novela y elaborar un cuento literario a partir de un cuento folklórico. Eligió la primera vía Fernán Caballero, quien tantos cuentos aprovecha en sus novelas: algo se le había adelantado Braulio Foz en su *Vida de Pedro Saputo* (1844) y le habían de seguir las huellas Pereda, Luis Coloma, Blasco Ibáñez y Ciro Bayo. Prefirió el segundo camino Trueba ya desde 1853 en sus *Cuentos populares*; idéntico procedimiento adoptaron Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, Armando Palacio Valdés y Blasco Ibáñez. Lo

mismo habían de hacer varios fabulistas: Hartzenbusch en sus *Cuentos y fábulas* (1861), como es bien sabido, pero también Hilario Blanco y José Doncel y Ordaz. Por fin apenas si se ha advertido que cantidad de novelistas menores, humoristas y periodistas refirieron centenares de relatos chistosos que son otros tantos cuentos folklóricos: el marqués de las Navas, Narciso Campillo, Luis Rivera, Manuel del Palacio, Manuel Bescos Almudévar, Cosme Blasco y Val, Romualdo Nogués y Milagro, entre otros. Queda por estudiar, desde este punto de vista, esta literatura menor, que no siempre resulta de fácil acceso. A este respecto es ejemplar la labor de reedición, clasificación y estudio realizada en Aragón desde hace unos veinte años (véanse en especial Antonio Beltrán Martínez, *Introducción al folklore aragonés*, I-II, 1979-1980, y Juan Domínguez Lasierra, *Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses*, I-II, 1979). Sería de desear que el ejemplo sea seguido en otras zonas de España y que se prepararan antologías y estudios de esta literatura jocosa que en apreciable porción de casos refleja un folklore auténtico. No podemos esperar de estas investigaciones textos de calidad irreprochable, pero sí indicios seguros de la vida tradicional de numerosos cuentos que no siempre han entrado en las colecciones ordenadas por los folkloristas.

Segundo elemento ventajoso: disponemos de unas preciosas fuentes de información sobre los estados del folklore narrativo español en fecha antigua. Dejando aparte unas obras de la Edad Media —el *Libro de Buen Amor* y el *Arcipreste de Talavera* en especial— que ya se han tenido en cuenta como merecían, me quiero referir a varias colecciones de relatos breves del Siglo de Oro —el *Portacuentos*, de Juan Timoneda, la *Floresta española*, de Melchor de Santa Cruz,

los llamados *Cuentos de Juan de Arguijo* y sobre todo a los refraneros recopilados en la misma época. Los hispanistas aficionados a estas materias deberíamos avergonzarnos al ver que en cualquier manual dedicado a la historia del cuento tradicional se mencionan las *Piacevoli Notti*, de Straparola, y el *Pentamerone*, de Basile, colecciones de novelas en las cuales se traslucen en efecto cuentos folklóricos preciosos, cuando nadie se acuerda del *Vocabulario de refranes*, de Correas, que no sólo es recopilación de proverbios, sino también riquísima cantera de cuentos.

Por fin el cuento folklórico, lo mismo que el romance, siguió a los conquistadores, y podemos observar su vida en el espacio americano, de Colorado a la Tierra de Fuego, hecho de relevante importancia sobre cuya trascendencia resulta superfluo insistir.

Bastan estos apuntes para que parezca innecesario encarecer la aportación que significa la colección pacientemente reunida por Joaquín Díaz, colección que enriquece en forma notable el acervo de los cuentos folklóricos españoles, tanto más cuanto que presenta apreciable cantidad de cuentos muy pocas veces —o nunca— recogidos en el área ibérica e iberoamericana (núms. 2, 7, 8, 22, 25, 28, 37, 38, 43, 44, 45, 50, 59, 60), ofreciéndonos además unas versiones de calidad excepcional (núm. 12, *La asadura del difunto*; núm. 57, *El ratoncito Pérez*).

* * *

Los cuentos que integran la presente colección van ordenados con arreglo a la clasificación internacional de los cuentos folklóricos, la del conocido manual de Antti Aarne y Stith Thompson, *The Types of the Folktale*. Cada vez que corresponde uno de nuestros

cuentos a un tipo definido en dicho catálogo, se indica el hecho con la abreviatura T1 (Tipo 1), T 1730 (Tipo 1730), etc.

Si bien es cierto que muchos cuentos de los que se publican en este libro corresponden a unos tipos bien definidos, no menos evidente resulta que varios de ellos no encajan —o mal encajan— en la clasificación internacional. Fácilmente se explica el hecho teniendo en cuenta la cantidad y la variedad de los cuentos que se han recogido a través del mundo en los últimos decenios y, por otra parte, la corta cantidad de trabajos de clasificación que se han emprendido en el área ibérica e iberoamericana. No tengo la autoridad suficiente para proponer una numeración concreta para los cuentos que no corresponden a unos tipos bien definidos, tarea que queda reservada para mejores plumas. Me limito a colocar los cuentos que no me parecen pertenecer a un tipo ya definido en el sitio que les corresponde dentro de los grandes apartados del índice internacional. Dichos apartados son los siguientes:

- Cuentos de animales (T1 - T 298).
- Cuentos de magia (T 300 - T 748).
- Cuentos religiosos (T 750 - T 849).
- Cuentos novelescos (T 850 - T 999).
- Cuentos del ogro y del demonio (T 1000 - T 1199).
- Cuentos de tontos (T 1200 - T 1349).
- Cuentos de casados (T 1350 - T 1437).
- Muchachas y mujeres (T 1440 - T 1516).
- El hombre listo (T 1525 - T 1639).
- Casualidades felices (T 1640 - T 1674).
- El estúpido (T 1675 - T 1720).
- Cuentos de clérigos (T 1725 - T 1849).
- Otros estados (T 1851 - T 1870).

Cuentos de mentiras (T 1875 - T 1991).
Cuentos formulísticos (T 2009 - T 2340).

Quedan aparte unos cuentos de brujería y supersticiones (núms. 60-63 de esta colección), cuentos que hasta la fecha no han entrado en la clasificación internacional.

Incluye la presente colección unos cuentos cuyo carácter plenamente folklórico es evidente y que algún día han de entrar en los índices nacionales e internacionales: es el caso, por ejemplo, de nuestro cuento núm. 39, *Quien te conoció ciruelo, ¿cómo te tendrá devoción?*, cuento de innegable antigüedad en España y de extensa difusión en el área ibérica e iberoamericana, y también de nuestro núm. 31, *El cura en la quesera*, extensamente difundido en América.

Teniendo en cuenta la amplitud del espacio americano, me ha parecido conveniente, en vez de citar las colecciones de cuentos por el orden alfabético de sus autores o de sus títulos, agruparlas bajo varios apartados que corresponden a unas grandes zonas geográficas. El sistema permite apreciar a primera vista la difusión geográfica más o menos extensa de un cuento. Las zonas que he definido son como siguen:

Zona A: Grupos de hispanohablantes que viven al norte del Río Grande.

Zona B : Caribe (Cuba, República Dominicana, Puerto Rico).

Zona C: Méjico, Guatemala, Panamá.

Zona D: América andina.

Zona E: Argentina.

Zona F: Chile.

En las notas que pongo a los cuentos reunidos por Joaquín Díaz, también he tenido en cuenta las colec-

ciones de cuentos folklóricos portugueses y brasileños. Ocurre, en efecto, que un relato tradicional apuntado en España en fecha más o menos antigua únicamente vuelva a aparecer hoy día en tierras de Brasil. Existe sin duda, por encima de las fronteras que trazó la historia, un folklore ibérico e iberoamericano: es por lo menos la hipótesis de trabajo que he admitido.

Estas notas son incompletas, conviene aclararlo en seguida. En parte se debe el hecho a las condiciones en que he trabajado. Estas condiciones se pueden calificar de malas, sin el menor énfasis retórico. No conozco en efecto ninguna biblioteca española, y tampoco europea, que reúna las colecciones de cuentos ibéricos que he examinado. Unas pertenecen a las bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tan generosamente me han acogido; otras a la Biblioteca Nacional de Madrid y a la Biblioteca Nacional de París; otras a la Biblioteca Universitaria de Burdeos y a la Biblioteca del Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la misma ciudad; otras por fin pertenecen a mi biblioteca personal, que mucho debe a la amistad de François Lopez. Otras colecciones existen, que no he conseguido ver; otras existirán, de las cuales ni siquiera me habrá llegado noticia. Resulta imposible en la situación que conocen nuestras universidades europeas llevar a cabo un trabajo exhaustivo en estas materias. Se ofrecía una alternativa: no hacer nada, o hacer algo, a sabiendas de que sería obra imperfecta. He escogido la segunda solución; ruego al lector no que me perdone, sino que me comprenda.

MAXIME CHEVALIER
Universidad de Bordeaux

Bibliografía, abreviaturas y siglas

- AARNE-THOMPSON: Antti Aarne-Stith Thompson, *The Types of the Folktale*, F.F.C., núm. 184, Helsinki, 1964.
- ACAD. N.: Lope de Vega, *Obras*, Real Academia Española, 1916-1930.
- ALONSO CORTÉS: Narciso Alonso Cortés, «Romances tradicionales», *Revue Hispanique*, 50, 1920, pp. 198-268.
- AMADES: Joan Amades, *Folklore de Catalunya. Rondallística*. Editorial Selecta, Barcelona, 1974.
- AMPUDIA: *Cuentos asturianos*, recogidos de la tradición oral por Aurelio de Llano Roza de Ampudia. Oviedo, Delegación Provincial de Cultura, 1975 (segunda edición).
- ANDRADE: *Folklore from the Dominican Republic*, by Manuel J. Andrade, New York, The American Folklore Society, 1930.
- ANIBARRO: Delina Aníbarro de Halushka, *La tradición oral en Bolivia*. Instituto Boliviano de Cultura, La Paz, 1976.
- ARELLANO: *Folklore portorriqueño. Cuentos y adivinanzas*, recogidos de la tradición oral por Rafael Ramírez de Arellano. Madrid, Junta para ampliación de estudios e investi-

- gaciones científicas, Archivo de Tradiciones Populares, II, 1928.
- ARGENSOLA: Bartolomé Leonardo de, *Rimas*, «Clásicos Castellanos», núms. 184-185.
- B.A.E.: Biblioteca de Autores Españoles.
- BARBOSA: *Contos populares de Evora*, por Bernardino Barbosa, *Revista Lusitana*, XV, pp. 325-332; XVII, pp. 86-113; XVIII, pp. 205-218; XIX, pp. 27-35; XX, pp. 107-118; XXII, pp. 100-107; XXIII, pp. 152-162.
- BAROJA, O. C.: Pío Baroja, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1946-1951, 8 vols.
- BOAS: «Notes on Mexican Folklore», by Franz Boas, *J.A.F.*, XXV, 1912, pp. 204-260.
- BRAGA: Teófilo Braga, *Contos tradicionaes do povo portuguez*, I-II, Porto, s.a.
- B.T.P.E.: *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas* (Director: Antonio Machado y Alvarez), 11 vols., Sevilla-Madrid, 1833-1886.
- CABAL. *Mitología*: Constantino Cabal, «Mitología ibérica», *Folklore y costumbres de España*, Alberto Martín, Barcelona, I, 1931, pp. 165-288.
- Calila e Dimna*, B.A.E., 51.
- CARVALHO-NETO: Paulo de Carvalho-Neto, *Cuentos folklóricos del Ecuador*. Editorial Universitaria, Quito, 1966.
- CASCUDO (I): Luis da Câmara Cascudo, *Contos tradicionais do Brasil*, Río de Janeiro, 1967.
- COELHO: *Contos populares portugueses*, colligidos por F. Adolpho Coelho, Lisboa, P. Plantier, 1879.
- Contos de Lugo: Contos populares da provincia de Lugo*. Centro de Estudos Fingoy, Vigo, Galaxia, 1972.
- CORTÉS (I): Luis Cortés Vázquez, *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*. Salamanca, Gráficas Cervantes, 1981 (segunda edición).
- CORTÉS (II): Luis Cortés Vázquez, *Cuentos populares salmantinos*. Salamanca, Librería Cervantes, 1979, 2 vols.
- CORREAS: Gonzalo Correias, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), ed. Louis Combet, Bordeaux, 1967.

- COTARELO, *Colección de Entremeses*: Emilio Cotarelo y Mori, *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, XVII-XVIII.
- Cuentos (I)*: «Cuentos», R.D.T.P., I, 1944-1945, pp. 332-338.
- Cuentos (II)*: «Cuentos», R.D.T.P., I, 1944-1945, pp. 723-729.
- Cuentos (III)*: «Cuentos extremeños». Recogidos por Moisés Marcos de Sande, R.D.T.P., III, 1947, pp. 86-95.
- Cuentos (IV)*: «Cuentos de Aragón». Recogidos por Arcadio Larrea Palacín, R.D.T.P., III, 1947, pp. 276-301.
- Cuentos (V)*: «Cuentos de animales». Recogidos por Laureano Prieto, R.D.T.P., IV, 1948, pp. 123-148.
- Cuentos gaditanos: Cuentos populares de Andalucía. Cuentos gaditanos (I)*. Arcadio de Larrea Palacín. C.S.I.C., Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, X, Madrid, 1959.
- CURIEL MERCHÁN: *Cuentos extremeños*, por Marciano Curiel Merchán. C.S.I.C., Madrid, 1944.
- Chascarrillos andaluces: Chascarrillos andaluces* coleccionados y narrados por un andaluz. Sevilla, Imprenta de El Mercantil, S. A. Colección Llorens, II.
- CHERTUDI (I): Susana Chertudi, *Cuentos folklóricos de la Argentina*. Primera serie, Buenos Aires, 1960.
- CHERTUDI (II): Susana Chertudi, *Cuentos folklóricos de la Argentina*. Segunda serie, Buenos Aires, 1964.
- Diez mil setecientos refranes más*: Francisco Rodríguez Marín, *Todavía 10.700 refranes más no registrados por el maestro Correas*. Madrid, Imprenta «Prensa Española», 1941.
- Disciplina clericalis*: Pedro Alfonso, *Disciplina clericalis*, ed. y traducción por Angel González Palencia. C.S.I.C., Madrid-Granada, 1948.
- Doce mil seiscientos refranes más*: Francisco Rodríguez Marín, *12.600 refranes más no contenidos en la colección del maestro Gonzalo Correas*. Madrid, Tipografía de la R.A.B.M., 1930.
- ESOPO: *Las fábulas del clarísimo y sabio fabulador Ysopo*,

- nuevamente enmendadas. A las cuales ahora se añadieron algunas nuevas muy graciosas, hasta aquí nunca vistas ni imprimidas. Enveres, Juan Steelsio, 1546.
- ESOPO, *Extravagantes*: en Esopo.
- ESOPO, *Fábulas colectas*: en Esopo.
- Espéculo de los legos*: *El espéculo de los legos*, ed. José María Mohedano Hernández, C.S.I.C., Madrid, 1951.
- ESPINOSA: Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*. C.S.I.C., Madrid, 1946, 3 vols.
- ESPINOSA, HIJO: Aurelio M. Espinosa, hijo, *Cuentos populares de Castilla*. «Austral», núm. 665, Espasa-Calpe, S. A.
- ESPINOSA, *Refranero*: Francisco de Espinosa, *Refranero* (1527-1547). Anejos del Boletín de la Real Academia Española, XVIII.
- FEIJOO: *Cuentos populares cubanos*. Recopilación de Samuel Feijoo. Universidad de Las Villas. Departamento de Investigaciones Folklóricas, I, 1960; II, 1962.
- FERNÁN CABALLERO, *Apólogos*: Fernán Caballero (?), *Apólogos. El refranero del campo y poesías populares*, Colección de Escritores Castellanos, núm. 155.
- FERNÁN CABALLERO, *Cuentos (I)*: Fernán Caballero, *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares e infantiles* (1877), B.A.E., 140.
- FERNÁN CABALLERO, *Cuentos (II)*: Fernán Caballero, *Cuentos y poesías populares andaluzas* (1859), B.A.E., 140.
- FERNÁN CABALLERO, *Refranero*: Fernán Caballero (?), *El refranero del campo y poesías populares*, Colección de Escritores Castellanos, núm. 155.
- FERRER GINART: *Rondaies de Menorca*, recullides i anotades per Andreu Ferrer Ginart. Folklore Balear, I, Ciudadella, 1914.
- Folklore andaluz*: *Folklore andaluz*, Sevilla, 1882-1883.
- Folklore aragonés*: Antonio Beltrán Martínez, *Introducción al folklore aragonés*. Guara Editorial, Zaragoza, 1979-1980, 2 vols.
- Folktales from New Mexico*: José Manuel Espinosa, *Spanish*

- Folktales from New Mexico*, «Memoirs of the American Folklore Society», XXX, New York, 1937.
- Folktales of the Tepecanos*: J. Alden Mason, «Folktales of the Tepecanos», J.A.F., XXVII, 1914, pp. 148-210.
- GOMES (I): Lindolfo Gomes, *Contos populares episódicos, cíclicos e sentenciosos*. Colhidos da tradição oral no Estado de Minas. Volumen I. Editora Comp. Melhoramentos de São Paulo, s. a.
- GOMES (II): Lindolfo Gomes, *Contos populares*. Colhidos da tradição oral em Minas por... Seguidos de Cantigas de adormecer. Díaz Cardoso, 1918.
- GOMES (III): Lindolfo Gomes, *Contos populares brasileiros*. 2.ª edição. Edições Melhoramentos, São Paulo, 1948.
- HANSEN: Terrence Leslie Hansen, *The Types of the Folktale in Cuba, Puerto Rico, the Dominican Republic and Spanish South America*. University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1957.
- HARTZENBUSCH, *Fábulas*: Juan Eugenio Hartzenbusch, *Fábulas* (1848), «Clásicos Castellanos», núm. 179.
- IRIBARREN, *Batiburrillo navarro*: José María Iribarren, *Batiburrillo navarro. Anecdótico popular pintoresco*. Pamplona, Editorial Gómez, 1972.
- IRIBARREN, *El porqué de los dichos*: José María Iribarren, *El porqué de los dichos*. Madrid, Aguilar, 1974.
- IRIBARREN, *Navarrerías*: José María Iribarren, *Navarrerías. Saldo de retales*. Pamplona, 1971.
- J.A.F.: *The Journal of American Folklore*.
- LAVAL (I): *Cuentos populares de Chile (recogidos de la tradición oral)*, por Ramón A. Laval. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1923.
- LAVAL (II): Ramón A. Laval, *Cuentos de Pedro Urdemales*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1925.
- LAVAL (III): Ramón A. Laval, *Cuentos chilenos de nunca acabar*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1910.
- LEÓN DOMÍNGUEZ, Luis: *Los cuentos de Andalucía*. Biblioteca Ibérica de Folklore, Madrid, s. a.
- Libro de los ejemplos: Libro de los ejemplos por A. B. C.*,

- ed. John Esten Keller. «Clásicos Hispánicos», C.S.C.I., Madrid, 1961.
- Libro de los gatos*, ed. John Esten Keller. «Clásicos Hispánicos», C.S.I.C., Madrid, 1958.
- MAL LARA, Juan de: *Filosofía vulgar* (1568). «Selecciones Bibliófilas», Barcelona, 1958-1959.
- Más de 21.000 refranes*: Francisco Rodríguez Marín, *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*. Madrid, Tipografía de la R.A.B.M., 1926.
- MASON (I): *Porto-Rican Folklore. Folktales*. By J. Alden Mason, edited by Aurelio M. Espinosa, *J.A.F.*, XXXIV, 1921, pp. 143-208; XXXV, 1922, pp. 1-61.
- MASON (II): *Porto-Rican Folklore. Folktales*, *J.A.F.*, XXXVII, 1924, pp. 247-344.
- MASON (III): *Porto-Rican Folklore. Folktales*, *J.A.F.*, XXXVIII, 1925, pp. 507-618; XXXIX, 1926, pp. 227-369.
- MASON (IV): *Porto-Rican Folklore. Folktales*, *J.A.F.*, XL, 1927, pp. 313-389.
- MASON (VI): *Porto-Rican Folklore. Folktales*, *J.A.F.*, XLII, 1929, pp. 98-156.
- MEY, Sebastián: *Fabulario* (1613), Nueva Biblioteca de Autores Españoles, XXI.
- MILLER: Elaine K. Miller, *Mexican Folk Narrative from the Los Angeles Area*. Publications of the American Folklore Society, vol. 56, 1973.
- New-Mexican Folklore*: Aurelio M. Espinosa, «New-Mexican Folklore», *J.A.F.*, XXIII, 1910, pp. 395-418; XXIV, 1911, pp. 397-444; XXVI, 1913, pp. 97-122; XXVII, 1914, pp. 105-147; XXVIII, 1915, pp. 319-357, 505-546.
- NOGUÉS: Romualdo Nogués y Milagro, *Cuentos, tipos y modismos de Aragón*. Madrid, 1898.
- N.P.: *La novela picaresca española*, ed. Angel Valbuena y Prat. Aguilar, Madrid, 1946.
- Nueve cuentos*: José Manuel González y Fernández Valles, «Nueve cuentos populares. Etnografía y folklore de una

- parroquia asturiana», *R.D.T.P.*, XXX, 1974, pp. 227-244.
- OLIVEIRA: *Contos tradicionais do Algarve*, por F. Xavier D'Athaide Oliveira. I, Tavira, Typographia Burocratica, 1900; II, Porto, Typographia Universal, 1905.
- PEDROSO: Z. Consiglieri Pedroso, «Contos populares portugueses», *Revue Hispanique*, XIV, 1906, pp. 115-240.
- PEREDA, O.C.: José María de Pereda, *Obras completas*. Aguilar, Madrid, 1943.
- PINO SAAVEDRA: Yolando Pino Saavedra, *Cuentos folklóricos de Chile*. Universidad de Chile, Instituto de Investigaciones Folklóricas «Ramón A. Laval». Santiago de Chile, 1960-1963, 3 vols.
- PRIETO: Laureano Prieto, *Contos vianeses*. Galaxia, Vigo, 1958.
- RAEL: Juan B. Rael, *Cuentos españoles de Colorado y Nuevo México*. Second Edition. Museum of New Mexico Press, Santa Fe, 1977, 2 vols.
- R.D.T.P.*: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*.
- RECINOS: Adrián Recinos, «Cuentos populares de Guatemala», *J.A.F.*, XXXI, 1918, pp. 472-487.
- RIERA PINILLA: Mario Riera Pinilla, *Cuentos folklóricos de Panamá*. Panamá, Ministerio de Educación, 1956.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Cantos: *Cantos populares españoles recogidos, ordenados e ilustrados por Francisco Rodríguez Marín*. Segunda edición. Madrid, Atlas, 1951, 5 vols.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco: *En un lugar de la Mancha...* Madrid, Bermejo, 1939.
- ROMERO: Silvio Romero, *Contos populares do Brasil*. Folclore brasileiro, 2, Livraria José Olympio, Río de Janeiro, 1954.
- SAMANIEGO: Félix María de Samaniego, *Fábulas* (1981). «Clásicos Castalia», núm. 7.
- SÁNCHEZ PÉREZ: José A. Sánchez Pérez, *Cien cuentos populares*. Madrid, Saeta, 1942.
- SANTOS, Francisco: *Periquillo el de las gallineras* (1668), *N.P.*
- Seis mil seiscientos sesenta y seis refranes*: Francisco Rodrí-

- guez Marín, *Los 6.666 refranes de mi última rebusca*. Madrid, 1934.
- SERRA I BOLDÚ: Valeri Serra i Boldú, *Aplec de rondalles*. Nova recopilació de rondalles populars catalanes. Editorial catalana, Barcelona, s. a.
- TORNER: Eduardo M. Torner, *Lírica hispánica. Relaciones entre lo popular y lo culto*. Madrid, Castalia, 1966.
- VASCONCELLOS: *Contos populares e lendas*. Coligidos por J. Leite de Vasconcellos. Acta Universitatis Conimbrigensis, I (1963); II (1969).
- Veinte cuentos*: «Veinte cuentos populares sanabreses» (recogidos por Luis L. Cortés y Vázquez), *R.D.T.P.*, V, 1949, pp. 200-269.
- WHEELER: *Tales from Jalisco, México*, by Howard T. Wheeler. «Memoirs of The American Folklore Society», XXV, Philadelphia, 1943.

1. La raposa y los fresqueros

Estaba la raposa durmiendo en un camino y pasan unos con un carro de fresco, y dicen:

—Hombre, una raposa; qué piel más bonita tiene...

—Pues échala al carro.

Estaba dormida, pero se despierta al olor de las sardinas que llevaban los fresqueros y tira una cesta, y va tirando, tirando sardinas; coge la cesta, luego las va recogiendo y se marcha. Y luego llega Juanitonto y se estaba comiendo la última sardina y dice:

—Cómo huele a pesca...

Dice:

—Sí, mira; estaba dormida en un camino, han pasado los fresqueros, me han tirado al carro, he tirado todas las sardinas y luego me las he cogido.

—¿Ah, sí? ¿Ná más hacer eso?

—Ná más.

Y va Juanitonto corriendo, corriendo, y se pone delante del carro.

—Hombre, un oso. Vamos a cogerle.

Van a coger un hacha del carro y ven que la raposa ya se ha ido y les faltan las sardinas.

—Ah, pues éste no nos la da.

Y le pelaron vivo y le quedaron en la carretera. Y luego la raposa:

—¡Huy, pero cómo estás!

—Ve ahí. Por ti. Te voy a comer...

Conque la raposa echó a correr mucho y se salvó. Y Juanitonto anduvo, hasta que le salió la piel, buscando a la raposa que cada vez le hacía una faena.

2. La raposa y Juanitonto

Juanitonto tenía mucha hambre y estaba deseando comer a la raposa, y siempre estaba escondiéndose; conque ya:

—¿Qué haces, raposa?

—Mira, estaba mirando ahí (había un lago), que mira qué queso más grande hay.

Y dice:

—Huy, sí. ¿Cómo lo cogeríamos?

—Pues mira, vamos a beber agua hasta que merme.

Y ya, tanta agua bebió Juanitonto que se le salía por el culo. Y va la raposa (como son tan listas):

—Espera, espera, que voy a ver.

Y encontró un tapón (de esos que van a merendar y quedan los tapones en las cunetas) y se le puso en el culo.

Pero como se fue la luna más allá ya no estaba el queso.

—Ay, me has engañao. ¡Qué malo estoy!

Y ya van andando, andando, y llegan a un sitio que era un convento de frailes que tenían labor, trillaban y eso. Y estaban trillando.

—Buenos días (era el tiempo que hablabais todos los animales) (1).

—Buenos días.

—¿Qué decís?

—Ay, que tenemos una desgracia muy grande; que se nos ha muerto un caballo y no podemos trillar.

—Anda, enganchar a Juanitonto —decía la raposa—. Enganchar a Juanitonto, verás qué bien.

Conque enganchan a Juanitonto y le dan dos palos. Se le quita el tapón del culo y empezó a irse trigo y todo por una cuesta.

—Ay, Dios mío...

Y la raposa, mientras, fue corriendo a otro convento de monjas que había allí, que les traían la comida a los frailes, y dice:

—Ay, monjitas, monjitas, que se os está estropeando la cosecha. Se está inundando.

Mientras tanto, como ya tenían preparada la comida, se comió toda la comida, toda la carne y dejó los huesos y se hizo un collar. Y ya no se podía mover de lo que había comido. Conque se echa a andar por la carretera y ya no podía más, y se echa a la sombra de un árbol. Y a Juanitonto, que le habían pegao una panadera buena, iba que no se podía tener. Y dice:

—¿Qué haces, raposa? Vamos, que qué mal nos ha salido el día hoy. ¡Anda, vamos!

—No puedo ir, que estoy muy malita.

—¡Vamos!

—Que no, Que mira: me levanto y me caigo; no puedo andar.

Conque:

—Pues trae, yo te cojo a cuestas.

Y la llevaba a cuestras. Y de vez en cuando decía:

*Lera, lera, lera;
comíme la comida
y me voy caballera.*

Y Juanitonto callao. Y vuelve a decir:

Lera, lera, lera...

—¿Qué dices?

—Nada, un cantar.

Y ya llegan a un puente.

*Lera, lera, lera;
comíme la comida
y me voy caballera.*

—¡Pues ahí te va esa pera! (Y la tiró al río.)

Y ahí ya despertó Juanitonto.

(1) Dirigiéndose la narradora al auditorio.

3. La raposa y el gavián

Era la raposa, que cuando nieva y eso, pues claro no encontraba comida, y ve en una peña puesto un gavián, así, va por detrás y «aum», se le cogió, y le tenía todo en la boca, y va el gavián y dice:

—Ay raposita, ya que me comas dí: «Al gavián comí».

Y claro, al abrir la boca pa decir «al gavián comí», dice:

—A otro tonto, pero no a mí.

Y se marchó.

4. La raposa y el queso

Era por la noche y la raposa tenía mucha hambre, y estaba en un pozo que sacaban agua pa dar a las mulas, y había dos calderos, uno que subía y otro que bajaba, y miró y estaba allí la luna. Estaba el queso.

—¿Cómo me bajaría yo?

Se metió en el caldero y bajó, y subió el otro, y luego no podía ni bajar ni subir. Pero más adelante se asoma Juanitonto que la andaba buscando los vientos y dice:

—¿Qué haces ahí? (Ya se había sentao el agua.)

—Pues mira, comiendo este queso, que me estoy poniendo...

Y dice:

—Ay, ¿cómo has bajao?

—Métete en ese caldero, verás qué pronto bajas. Subió el caldero pa arriba y dice la raposa:

—Anda, que siempre serás Juanitonto...

Conque vienen los mozos que iban a dar agua y lo primero que sacan es a Juanitonto.

—Anda, que vaya una broma que han hecho. Han tirao aquí un oso.

Y al sacarle se echó a correr; como estaba vivo...

5. Rabo corta mucho

Estaba un gavián en un árbol y tenía los hijos; y pasa una raposa con un hambre...

—Buenos días, gavián.

—Buenos días, raposa.

—Oye, ¿qué haces?

—Mira, aquí con mis hijos.

—Pues tírame uno, que tengo mucha hambre.

—Huy, qué cosas me vas a decir...

—Pues ahora tiro el árbol, te caes tú también y os como a todos.

Y empezó con el rabo, tran, tran, en el árbol, y el gavilán:

—Hacha corta mocha, pero no rabo de raposa.

6. La raposa y la cigüeña

Eran una cigüeña y una raposa:

—Te tengo que convidar, que es mi santo.

Y fue la raposa y la convidó a puchas. La convidó, y ella con el pico no podía comer, y la raposa todo se lo comía. Y ya dice:

—Bueno, ¿cuándo es tu santo?, que me tienes que convidar.

Y dice:

—Ya pronto.

Y fue la cigüeña y echó las puchas en un botijo, y metía el pico, y la raposa mirando. No podía ni poco, ni mucho, ni nada. Conque dice la cigüeña:

—Si vieras... voy a ir a una boda al cielo.

Y la raposa, como son así muy listas y golosas:

—Huy, cómo te envidio. Yo quisiera ir. Llévame.

—¿Y cómo te voy a llevar?

—Montada.

Se montó encima de la cigüeña y hala, hala.

Y la raposa:

—Pero, ¿cuándo llegamos? Que tengo mucha hambre...

Dice:

—Ahora.

—Muévete un poco, que me vas a caer...

Se movió un poco, se volvió boca abajo y se cayó la raposa. Y miraba pa abajo y había una peña, y decía:

—¡Quítate, peña, que te parto!

7. El gallo capón

Era un gallo capón que le echaron —no le quería ninguna gallina— y se fue por ahí, por los mundos de Dios, y llega a un molino y había un gallinero:

—Ca ca ca ca ca ca, ábreme, ábreme.

—Que que que no.

—Co co co co co co co, ábreme, que soy capón.

—Po po po po po po por eso no te abrimos.

8. El ratón de campo

Era un ratón de campo que estaba pasando un hambre...

Y ya se mete en una bodega, y el amo llevaba queso, chorizo y jamón pa merendar, y lo metía en una alacena que tenía allí. Pero él hizo un agujero por el otro lao y se puso más gordo que...

Pero el hombre dijo:

—Debe de haber ratones. Voy a traer un gato.

Metió un gato en la bodega y entraba y salía el gato cuando le parecía.

Pues el ratón se sale por ahí de paseo y se encuentra a uno:

—Hola, compañero.

—Huy, cómo estás de gordo...

—¿Y tú? Te vas a morir. ¡Cómo estás de delgao! Vente conmigo; tengo un amo que me cuida muy bien: me lleva queso, jamón y de todo.

Conque estuvieron venga a comer y jugar los ratones. Dice:

—Mira, estas son las cuevas, por si viene uno que llaman «Candilejas», nos metemos pa aquí o pa aquí.

Conque fue un día «Candilejas» y salieron los dos corriendo y el otro se marchó, pero éste ya había engordao tanto que no cabía por el agujero y se mete por detrás. Y dio el gato así con la zarpa y le bajó el pellejo de los ojos, así por cima.

Y ya sale otro día de paseo y se encuentran:

—¿Cómo te viniste sin decir nada? Anda, vamos; vente conmigo.

Dice:

—No; mejor quiero comer pajas de rastrojo que no verme con el pellejo encima los ojos.

9. Juanitonto

Estaba un hombre arando con unos bueyes y llegó Juanitonto, que era un lobo que tenía mucha hambre, y le quería comer un buey. Y dice el labrador:

—Hombre, no me le comas.

Y dice Juanitonto:

—Bueno, pero me vas a hacer un favor, ya que te le hago yo a ti. Cuando venga la raposa le dices que no me has visto, a ver si la puedo coger.

Conque le tapó en el hato, y el hombre tenía allí un azadón muy grande, y le tapó con la manta. Llega la raposa:

—Buenos días, labrador.

—Buenos días.

—¿No has visto por aquí a Juanitonto?

Y dice:

—No, no le he visto.

Y dice la raposa:

—Pues a perruno huele.

Conque le dice al labrador:

—¿A que no pegas ahí con todas tus fuerzas con ese azadón?

Y dice:

—Si ahí no hay nada; ahí no hay nada.

Y cogió, claro, adrede, y le pegó en la cabeza y le mató a Juanitonto. Y decía la raposa:

—Ay, ¿con qué me lo pagarás?; ahora me has matado a Juanitonto.

Vamos, me has matao a Juanitonto; pues ahora llamo a no sé quién y te come un buey.

Y dice el labrador:

—Espera, que está una gallinita con pollos en casa, y voy a por ella y te la traigo.

Y le dice a la mujer:

—Dame la gallina con pollos, que la raposa me va a comer un buey.

Y dice la mujer:

—Ay, la gallina te voy a dar...

Y fue, y en vez de meterle en el saco la gallina con

los polluelos le metió la perra con los perrines. Conque llega el hombre y dice la raposa:

—Qué, ¿ya me lo traes?

Y dice el labrador:

—Sí, ya, ya.

Y dice la raposa:

—Pues, a perruno me huele. Anda, anda, antes de llegar a mí, vacía el saco ahí.

Vació el saco, y la perra que se entera que está allí la raposa, se echa a correr detrás de ella, y iba la raposa diciendo:

—Ayudadme zancas, que en este mundo todas son trampas.

10. El hombre de pez

En un pueblo había un chico que era muy valiente, y siempre estaba diciendo:

—Porque yo puedo... A mí no me da miedo...

Y ya los chicos del pueblo dijeron:

—Vamos a meter miedo a éste.

Y le dijeron:

—A ver si eres capaz de subir al campanario por la noche a tocar las campanas.

Conque hicieron un hombre de pez, como si fuera un hombre, justo por donde tenía que pasar a tocar las campanas. Y sube por la noche, y llega y le dice al hombre de pez:

—Oye, tú, quítate de ahí en medio que voy a pasar yo a tocar las campanas.

Y el hombre, como era de pez, ni palabra.

- Te he dicho que te quites.
Y el hombre no se quitaba.
—Pues te voy a dar una torta.
Y ¡pam! le pegó una torta, pero como era de pez, se le quedó la mano pegada. Y dice:
—¿Me quieres soltar la mano? Que si no me sueltas la mano, te pego con la otra...
¡Pam! le pegó con la otra mano y se quedó con las dos manos pegadas al muñeco; pero como era tan valiente, dice:
—Si no me sueltas las manos te pego una patada. Conque fue y ¡pum! le pegó una patada, y se quedó con el pie pegao.
—Pues no me importa, porque me queda otro pie. Y le pegó otra patada con el otro pie. Dice:
—Pues, ¿sabes lo que te digo? Que todavía me queda la boca y te pego un mordisco.
Y fue ¡aam!, le pegó un mordisco y se le quedó toda la boca pegada.
—Pues ahora te pego con la barriga...
Y ¡pum!, le pegó con la barriga. Conque a la mañana siguiente subieron y se le encontraron pegao, y dijeron todos:
—Vaya un chico valiente...

11. Panicorce

Había una vez un rey que, al casarse su hija, llamó al herrero Panicorce para que le hiciese una cama, y le amenazó de muerte si no se la terminaba en un día. El herrero, que sabía que no la iba a poder terminar,

viéndose perdido, llamó a los demonios para que le ayudaran.

—Iremos con la condición de que si hacemos la cama te vienes con nosotros al infierno.

Como Panicorke no tenía otra solución dijo que sí. De modo que se presentaron allí unos cuantos demonios y se pasaron toda la noche trabajando. Por la mañana estaba la cama terminada; se la llevaron al rey y éste quedó muy contento.

Pero al día siguiente se presentaron los demonios a por Panicorke, y como él no estaba muy conforme con irse al infierno, les dijo:

—Mirad, mientras yo me preparo, os subís a unas higueras que tengo ahí en el huerto y os coméis los higos.

Cuando ya estaban todos en los árboles, desde una ventana llamó a los chicos que salían de la escuela y les dijo:

—Os dejo que tiréis todas las piedras que queráis a las higueras.

Los chicos, qué más querían, se llenaron las carteras de piedras y pim, pam, pim, pam, no dejaron un demonio sano.

Pero al otro día llegaron muchos más y le dijeron:

—Ahora sí que te tienes que venir con nosotros.

—Bueno, pero mientras me preparo os podéis bajar al pozo que hay unas truchas riquísimas y las pescáis.

Cuando estaban abajo, cogió Panicorke una piedra tan grande como el brocal del pozo, la tiró y ya no pudieron salir los demonios.

Pero al pasar unos días vinieron muchos más demonios y se le llevaron. Al llegar al infierno dijo Panicorke:

—¿Pero cómo vivís en estas casuquillas? Traer ha-

chas que vamos a cortar árboles para hacer una buena casa.

Se pusieron a trabajar, y cuando Panicorce llegó a un árbol muy grande, llamó a todos los demonios y les dijo:

—Mientras yo corto el árbol, sujetarle fuerte pa que no se caiga.

Conque pusieron los demonios las manos en el árbol y cogió Panicorce un hacha muy grande y ¡zas! dio un golpe tan fuerte, tan fuerte, que les dejó a todos sin manos, y se fue de allí para no volver jamás. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

12. La asadura

Era un matrimonio que tenía un hijo, y se murió la mujer. Y no tenían pa cenar, y se fueron a la sepoltura de su madre y se cogieron la asadura y se la cenaron. Y todas las noches llamaban a la puerta: «Tan, tan». Y decía el hombre:

—¿Quién, quién?

Y decía:

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.

Y decía el hijo:

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

Y decía:

—No me voy, no me voy, que en las escaleras estoy.

Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será? —decía el hijo.

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que en el pasillo estoy.
Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que en la sala estoy.
Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que en la alcoba estoy.
Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que a los pies estoy.
Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que en la cabecera estoy. Tan, tan.

—¿Quién, quién?

—Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepultura.

—Ay, padre, ¿quién será?

—Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

—No me voy, no me voy, que agarrándote de los pelos estooy.

13. Las brujas y el cheposo

Pues en Fuensaldaña había un cheposo y venía a moler a Puente Perín que estaban las brujas: a Zamadueñas. Y según pasa por el puente oye a las brujas que estaban:

—Lunes y martes, miércoles tres. Jueves y viernes, sábado seis...

Y dice el cheposo:

—Y domingo siete.

Y dicen las brujas:

—Pues quitarle la chepa a ése.

Conque fue al pueblo sin chepa y, claro, había otro cheposo que dijo:

—Pues mañana voy yo.

Y estaban las brujas con el mismo son:

—Lunes y martes, miércoles tres. Jueves y viernes, sábado seis...

Y ya dice él:

—Y domingo siete.

Y dicen las brujas:

Pues la chepa del otro ponérsela a ése.

Y ya cuando fue al pueblo todos se echaron a reír porque se llevó la chepa de los dos.

14. El pescador y el barbo

Había una vez un pescador que iba todos los días a pescar al río y un día pescó un barbo muy grande, y cuando le iba a echar a la cesta dijo el barbo:

—Pescador, si me sueltas prometo darte todo lo que me pidas.

Y el pescador, aunque pensaba que no necesitaba nada, le echó al río. Cogió la cesta y se marchó a su casa y le dijo su mujer:

—¿Qué me traes hoy?

Y dice:

—Nada, porque he cogido un barbo que me ha dicho que si le soltaba me daría todo lo que pidiese.

—¿Y tú qué le pediste?

—Yo, nada.

—Pues márchate ahora mismo y le dices que queremos otra casa en vez de esta cabaña tan vieja y tan fea que tenemos.

Conque fue el hombre, se asomó a la orilla del río y dijo:

—Barbo, mi querido barbo, mi mujer quiere una cosa.

Salió el barbo y dijo:

—Y ¿qué quiere tu mujer?

—Quiere una casa nueva.

—Muy bien; vete a casa y la encontrarás.

El hombre volvió y encontró a su mujer en una casa muy bonita. Pero cuando pasó una semana le dice su mujer:

—Oye, ¿por qué no vas a decirle al barbo que nos dé un palacio?

Conque el hombre se marchó y dice:

—Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.

—Y ¿qué quiere tu mujer?

—Pues quiere un palacio.

—Vete a tu casa y encontrarás el palacio.

Así que se fue a su casa y, efectivamente, encontró el palacio y dentro a su mujer. Pero a la semana siguiente la mujer le dijo al pescador que quería ser reina, y el pescador tuvo que volver al río y decir:

—Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.

—Y ¿qué quiere tu mujer?

—Pues ahora quiere ser reina.

—Bueno, vuelve a tu casa y así será.

El hombre volvió a su casa y encontró a su mujer con la corona y la capa. Pero al cabo de una semana la mujer, que lo quería todo, le dice:

—Vuelve al río y dile al barbo que quiero ser como Dios.

—Mujer, ¿cómo le voy a decir eso?

—Vete y se lo dices.

Bueno, pues el hombre fue a la orilla del río y dijo:

—Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.

—Y ¿qué quiere ahora tu mujer?

—Pues quiere ser como Dios.

Y dijo el barbo:

—Bueno, vuelve a casa.

Conque el hombre se marchó a casa todo triste y se encontró a su mujer llorando en la misma cabaña que tenían al principio, y dijo:

—El barbo te ha dao lo que te merecías por egoísta y por ansiosa; en la vida hay que conformarse con lo que Dios le da a uno.

15. Porra, dale

Era una madre que tenía tres hijos, y en los pueblos había poco trabajo y eso, y dice el mayor:

—Mire, deme la merienda que me voy a buscar trabajo.

Y se marchó y no volvía; y se va el del medio y no viene tampoco, y dice el pequeño:

—Anda, anda, dame la comida que yo me voy también.

Conque en medio del camino se encuentra con una señora que dice:

—¿No me daría un poco pan pa este niño?

Y dice:

—Tenga usted la merienda; no tengo ganas...

Y a los otros también les había encontrao, pero no la habían dao nada y le habían preguntao: «¿Sabe dónde hay trabajo?», y había dicho: «Pues en aquellas puertas blancas», y al pequeño le dijo: «En las puertas negras.»

Bueno, pues llega, llama a las puertas negras y salió San Pedro:

—¿Qué quieres?

Dice:

—Vengo a buscar a mis hermanos y a ver si había trabajo.

Dice:

—Pues sí, hijo, aquí si quieres yo te doy trabajo, pero tus hermanos han llamao a las puertas blancas y están con los demonios que no hay quién les saque.

Conque el chico era muy obediente, hacía todas las cosas muy bien, y un día ya San Pedro le dice:

—Oye, ¿no te gustaría ir a casa a ver a tus padres?

—Me gustaría otra cosa mejor: soltar a mis hermanos.

Y dice:

—Es pronto, no podemos.

Conque dice.

—Anda, anda, vete a tus padres y pa otro viaje ya les llevarás. Espérate que te voy a dar una cosa.

—No, no; no cojo nada.

—Toma esta mesa; na más que digas «ponte mesa» se llena de manjares la mesa. Pero cuando pares a misa en el pueblo de Tal, no digas a nadie que en la mesa pasa eso.

Bueno, pues llegó el chico y la quedó a la posadera.

—Tenga mucho cuidao, que esta mesa na más decir «ponte mesa» se pone llena de manjares.

Cuando se fue, lo primero que hizo la patrona fue decir: «Ponte mesa», y se llenó de manjares. Le cambiaron la mesa, y el chico va a casa:

—Ponte mesa. Ponte mesa...

Y nada.

—Ah, pues me voy otra vez.

Conque se marchó, pero no dijo nada a San Pedro. Na más:

—Ya vengo.

—¿Ya has visto a tus padres?

—Sí.

Está más tiempo y

—Qué ¿irás a ver a tus padres ya?

Y dice:

—Yo quería que a ver si puede ser que suelten a mis hermanos.

Y dice:

—Es que como hay tantos demonios ahí... A ver si pa otro viaje hay menos demonios.

Conque fue y dice:

—Toma este burro. Vas a caballo en él, te paras a misa en 'tal pueblo y luego te vas a casa. Pero no digas que este burro caga oro.

Se le decía «burro, caga», y cagaba oro.

Conque llegó y se lo dijo a la posadera, y na más irse a misa le cambiaron el burro.

Bueno, pues ya va a casa y lo mismo que antes.

—Bueno, pues me voy otra vez, y se lo voy a decir todo a San Pedro.

Fue y estuvo ya trabajando y no se lo decía.

Y dice:

—No me dices nada, pero algo te ha pasao.

—Que la mesa no hace nada y el burro tampoco.

Y dice:

—Ay, entonces te le han cambiao en la posada. Mira, a tus hermanos ya les he mandao por otro camino y ahora te vas tú. Pero te voy a regalar esta porra que na más decirle «porra dale», empieza a dar de palos a todos los que hay por ahí.

Conque se para en el pueblo y se lo dice a la posadera, y na más irse a misa, por curiosidad dice:

—Porra dale.

Y cuando vino de misa estaba tó el pueblo lleno de palos y no dejaba.

—Vamos, dígala usted algo.

—No, si hasta que no me den la mesa y el burro no deja de dar palos...

Y fue, le dieron la mesa y el burro y llegó a casa y se ponían a comer. Comían todos y tenían el burro que cagaba oro.

Pero ya empezó la autoridad que si habían robao o no habían robao y, claro, tuvieron que ir a San Pedro. Y dijo:

—Esto se lo di yo. Sus hermanos no lo habían merecido, pero este chico se lo ha merecido.

Y colorín, colorao...

16. Cabecita de ajo

Hace muchos años vivía en un pueblo un matrimonio que tenía un hijo y era tan pequeñito, tan pequeñito, que tenía la cabeza como una cabecita de ajos, y claro, le llamaban «Cabecita de ajo». Entonces su padre trabajaba en una tierra de un señor que ya no me acuerdo cómo se llamaba y araba la tierra con una pareja de bueyes. Entonces había que llevarle la comida porque no le daba tiempo a venir a comer a casa, y se la tenía que llevar el niño, y era tan pequeñito que su madre le metía en una oreja del burro, le ataba la comida en la oreja del burro y ya iba a llevarle la comida a su padre. Y por el camino, según iba, se encontró con una banda de ladrones y entonces venían todos cargaos con lo que habían robado, y dijeron:

—Vamos a ver si cogemos este burro, que viene solo.

Pero el niño le pellizcó dentro de la oreja y el burro se echó a correr.

Llegó a la tierra donde trabajaba su padre y el niño, pues quería ayudarle mientras que su padre comía:

—¿Quieres que mientras tú comas yo are, padre?

—No hijo, que te caga el buey pinto y te tapa.

—Que no, padre, que no.

—Bueno; pues ara.

Entonces se puso a arar el niño y justo: cagó el buey pinto y le tapó.

—Ay, padre, que ha cagao el buey pinto y me ha tapao.

Fue el padre y le destapó y ya terminó el padre de comer y se volvió para casa. Y el niño, por el camino, dice:

—Voy a ver si encuentro esos ladrones y les puedo coger lo que llevaban.

Pues justo; había una casa deshabitada en el monte y allí es donde se repartían lo que robaban. Entonces el niño se puso en la puerta y estaban haciéndose el reparto:

—Pa tú, pa mú; pa mú, pa tú; pa ti, pa mí; pa mí, pa ti.

Y el niño desde la puerta decía:

—¿Y para mí?

Y los ladrones:

—¿Pues quién será esto?

Entonces el burro dio una patada muy grande en la puerta y los ladrones, que creían que era la Justicia que iba a por ellos, se marcharon por la puerta de atrás y dejaron todo allí. Y el niño, pues, se cargó con todo y se lo llevó al pueblo. Pero entonces los ladrones dijeron que tenían que recuperarlo, y dijo el caporal de ellos:

—Mira, yo me vestiré de pordiosero y iré a pedir una jarra de agua por el pueblo y allá donde me saquen la jarra de oro que nos han llevado, pues allí tienen que tener todo.

Y justo. Llegó a una puerta, y nada; llegó a otra, y nada; llegó a otra, y:

—Ay, por favor, una jarrita de agua...

Y le sacaron la jarra que ellos tenían. Y dijo él:

—Justo; este es el sitio. Esta noche vendremos a recuperarlo y vendremos por el tejado para que no nos vean.

Y el niño que estaba allí, pues lo oyó, pero como a él no le veían... Y entonces por la noche dijo:

—Padre, madre, acostaros; no os preocupéis, que yo me quedo aquí.

Y se quedó debajo de la chimenea y cogió una garia. Y vinieron ya los ladrones. Y entonces iba a entrar uno por la chimenea y decía:

—Que meto una pata...

Y decía Cabecita de Ajo desde dentro:

—Métela, métela...

—Que meto la otra...

—Métela, métela...

—Que meto un brazo...

—Métele, métele...

—Que meto todo...

—Mételo.

Y cuando iba a caer ya, el niño con la garia le picaba.

—Ay, que me quemó, que me abrasó.

Y salía todo picado; y llegaba otro, y lo mismo. Entonces dijo el caporal:

—Iros para allá, que no valéis para nada. Voy a entrar yo.

Entonces entró el caporal y justo, le pasó lo mismo.

Entonces vieron que no se lo podían llevar y se marcharon, y el niño se quedó con todo. Se lo entregaron a la Justicia del pueblo y, colorín, colorado, aquí paz y allí gloria.

17.. Las tres hermanas

Era un padre y una madre y tenían tres hijitas. El padre trabajaba en el campo y tenían que llevarle la comida y claro, pues se la llevó la hermanita mayor. Y según llevaba el taleguito de la comida —iba andando— se encontró con una señora por el camino que iba con un niño, y dijo:

—Oye, niña. ¿No me darías un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?

Y dice:

—Ay, no, que coma cantos.

Dice:

—¿Y dónde vas por aquí, niña?

—Voy a llevar la comida a mi padre, pero no sé dónde trabaja.

—Pues mira; vete andando muy adelante, muy adelante, y encontrarás unas puertas muy negras. Llama allí, que allí trabaja tu padre.

Entonces llegó la niña, encontró unas puertas negras grandotas, y le dijeron:

—Pasa, guapa, pasa.

Y le ofrecieron:

—A ver dónde te quieres sentar: en la silla de cuchillos, en la silla de navajas, en la silla de tenedores o en la silla de cucharas.

Y la niña se sentó en la silla de cucharas. Creería que era donde menos peligro tenía pero, claro, se sentó y se quedó muerta. Entonces su padre, al ver que no llevaba la comida, todo el día sin comer, fue a casa y se encontró que tampoco estaba su hija allí, y claro se asustaron muchísimo. Pero al día siguiente, pues mandaron a la otra, a la mediana. Y lo mismo, se encontró a la señora:

—Oye niña: ¿me querías dar un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?

—Ay no, que coma cantos.

—¿Dónde vas por aquí, guapa?

—Voy a ver si encuentro dónde trabaja mi papá.

Y le dijo:

—Mira, vete andando, andando, y encontrarás unas puertas muy negras.

Entonces, lo mismo. Llamó a las puertas negras y se sentó en la silla de cuchillos, y también se quedó muerta.

El padre, sin comer en todo el día, llegó a casa.

—Ay, pues no ha ido la niña, ¿qué le pasará? Die-ron parte a las autoridades por ver si la podían encontrar, y nada. Pero al día siguiente mandaron a la pequeña, y se encontró a la señora también:

—Oye, niña. ¿Me querías dar un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?

Y dice:

—Sí, sí. Tenga, coja lo que quiera, y un traguito de vino, que aunque es la comida de mi padre no le importa que se lo haya dao para un niño.

—Qué buena eres, niña, qué buena eres. ¿Dónde vas por aquí?

—Voy a ver dónde trabaja mi papá, que no lo sé.

Sé que es muy lejos, pero no sé dónde.

—Pues mira, guapa. Irás andando, andando y encontrarás unas puertas muy blancas, muy blancas; allí llega y llamas.

Entonces la niña, andando, andando, llegó a las puertas blancas y llamó. Y eran muchos angelitos. Y le dijeron:

—¿Te quieres quedar aquí, niña?

—No, no, tengo que llevar la comida a mi papá; además una señora me ha dicho que guarde los huesecitos y les tengo que plantar a la orilla de casa.

Y les dijo que ya volvería. Entonces llegó donde su papá y le contó todo. Y le guardó los huesitos y al volver a casa les plantó. A los pocos días salieron unas hojas muy grandes, muy grandes, y eran muy bonitas y brillaban mucho. Se lo dijeron a las autoridades del pueblo y dijeron:

—Huy, pues si esto es oro... Si esto es plata... Esto es una fortuna.

Y como eran tan pobres en aquella comarca, todo lo que salía de aquel árbol valía para hacer más rico a todos los del pueblo; y ya fueron felices, y comieron perdices, y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

18. Los niños del diablo

Iba un señor vendiendo rosas y claveles, pero no era el tiempo de rosas y claveles, y llevaba unos claveles, creo que preciosos, y dice una que estaba en esta cosiendo a la ventana:

—Huy, qué rosas lleva. Anda, sal, dile que a cómo son, y cómprale una o dos.

Y dice otra:

—Bah...

Y dice otra:

—Sí, sí, que está en estao, no sea que se la hayan antojao.

Y bajó la criada:

—¿A cómo son los claveles?

—¿Pa quién son?

—Pa mi ama.

—Toma, llévaseles que les vea.

Y vuelve y dice que cuánto es.

—Nada, nada; lo que para tu ama, lo que para tu ama.

Bueno, pues se quedaron con los claveles. Y llegó otra, que estaba también en estao, y la vendió las rosas en el mismo precio:

—Nada, nada, lo que para tu ama.

Conque ya, cuando llegó el tiempo, vino el hombre.

Tan, tan.

—¿Quién?

Dice:

—Que vengo a cobrar.

—¿Cuál?

—Las rosas.

—¿Y cuánto era?

—Pues lo que haya tenido la señora, la niña.

Pues la niña se la tuvo que llevar y el niño de la otra, y era el demonio, claro. Y les estaba criando, y cuando eran mayores sentían voces —estaba San Pedro po'l medio— que les decían:

—No hagáis caso; no hagáis esto, que son los demonios... Escaparos...

Y se escaparon corriendo, corriendo, y los demonios detrás de ellos, y resulta que llegaron a un río y

los chicos se pararon y no sabían qué hacer, y de repente se hace ella una barca y él el barquero. Y llegan los demonios y dicen:

—¿No ha visto por aquí a dos?

Y dice:

—Sí, han estrenao esa barca y pa'l otro lao se marcharon.

—¿Nos quiere usted pasar a nosotros?

Y se marcharon. Y ya ellos se volvieron a su pueblo.

19. Las tres naranjitas de oro

Este era un matrimonio y tenían dos hijos, y ya, cuando fueron mayores, dijo el padre:

—Hijos, ya sois mayores; os doy un pan y un queso y a buscar trabajo.

Entonces los chicos —verdad—, uno era más grande que otro, se cogieron el pan y el queso y se fueron por el camino adelante a buscar trabajo y cuando iban por el campo se encontraron a un señor así, con barbas, y le preguntó al mayor:

—¿Dónde vais?

—Pues vamos a buscar trabajo.

Dice:

—Y tú, a quién quieres más, ¿a Dios o al dinero?

Y él dijo:

—Andá, yo al dinero.

Y dijo:

—Anda, vete para allá que tú no me vales.

Y entonces le preguntó al otro más pequeño:

—Y tú, a quién quieres más, ¿a Dios o al dinero?
Y dice:

—Yo a Dios.

—Bueno, mira, por haber sido bueno te voy a dar tres naranjitas de oro: una para ti, otra para tu papá y otra para tu mamá.

Entonces iba el niño cantando, tan contento:

*Tres naranjitas de oro,
una para mí,
otra pa mi papá
y otra pa mi mamá.*

Pero el mayor no se conformó y entonces vino donde estaba su hermano y le dijo:

—Dame una naranjita, porque si no te mataré.

Y el otro, pues, no se la daba.

—Que no, que me las ha dado a mí, porque son para mi papá, para mi mamá y para mí.

Entonces el mayor le cogió una y se marchó. Pero claro, se la gastó enseguida y volvió otra vez; y así hasta que le cogió las tres. Pero la última que le quedaba al niño, como no quería dársela, le mató. Le enterró allí, en el campo, pero le dejó un dedo fuera. Y después de pasado mucho tiempo, pues, pasó un pastor con sus ovejas y llegó por allí y:

—Huy, pero qué es esto tan raro... Si parece un chiflato.

Le cogió, le cortó y se puso a chiflar con él. Y entonces sonaba una canción así:

*Señor pastorcito,
replíqueme usted,
que mi hermano grande
a mí me mató*

*por las tres naranjitas de oro
que Jesucristo
a mí me las dio.*

Se asustó todo y:

—Ay, pues yo se lo voy a llevar a las autoridades.

Llegó, se lo llevó al señor alcalde, y el señor alcalde tocaba con el chiflato, y lo mismo:

*Señor alcalde,
replíqueme usted,
que mi hermano grande
a mí me mató
por las tres naranjitas de oro
que Jesucristo
a mí me las dio.*

Luego se lo dieron a la Guardia Civil, y al juez y —claro— dijeron que no había más remedio que buscar a este hermano grande. Se fueron por los montes a ver si lo encontraban y, claro, lo encontraron. Y le metieron en la cárcel y todo arreglado. Aquí termina este cuento.

20. Las tres bolitas

Era un hermano que salió de casa y le dio la madre la merienda y se encontró con la Virgen María; le pidió un poco pan pa el niño y le dio toa la merienda, y la Virgen le dio tres bolitas de oro. Pasó otro hermano después y le pidió un poco pan pa el niño, y dijo:

—No tengo bastante pa mí.

Y no le dio nada. Y se fue a casa sin nada, pero alcanzó al otro, le quitó las bolas y le mató y le enterró. Y luego el otro —como eran tres hermanos— se fue a buscarle y cuando pasaba por donde estaba enterrao, decía:

*Hermanito, repícame bien,
que mi hermano el grande me mató
por las tres bolitas
que la Virgen María me dio.*

21. El zagal y los frailes

Era un chico que cuidaba chivos, y estaba, claro, en el campo; y llegan unos frailes andando y le dicen al chico (tenía cortao el pelo):

—¿De dónde eres, pelón?

—De la cabeza, señor.

—Di. Este camino, ¿dónde va?

Y dice:

—Este camino no va a ningún sitio, este camino se está quieto.

Dicen:

—Anda, con lo pequeño que es... si seguramente no sabrás el Padrenuestro...

Y dice el chico:

—Tampoco saben ustedes los dientes que tiene un chivo.

Y ya los frailes, pues se marchan; y preguntaron en el próximo pueblo que cuántos dientes tenía un chivo y les dijeron que tenían cuatro. Y a la vuelta encuentran otra vez al zagalillo y le preguntan:

—Di, di; qué, ¿ya has aprendido el Padrenuestro?

—Ya les he dicho que cuando me digan ustedes los dientes que tiene un chivo les digo yo el Padrenuestro.

Y contestan los frailes:

—Cuatro.

Y dice el chico:

—¡Dónde! ¿Arriba o abajo?

Y cómo no sabían que los chivos sólo tienen dientes abajo, se quedaron con las ganas de que les dijera el Padrenuestro.

22. Juan Soldado

Esto era cuando estaban los hombres ocho años en el servicio y era uno que se llamaba Juan y al volver a casa, cuando cumplió le dieron ocho cuartos por todo el tiempo que había estado allí. Y hablando con los amigos en el pueblo:

—Pero ¿no te da vergüenza, que has echao ocho años allí y ocho cuartos que te han dao? Se han reído de ti.

—Ah, pues yo voy a decirle al rey que tiene una cosa muy mala.

—Y ¿qué le vas a decir al rey?

—Le voy a decir a sus jodíos morros que está hecho usted un jodío bolo.

Conque ya, entra en Madrid —él de militar había estado en El Pardo, pero se perdió porque había mucha niebla— y le echaron el alto unos señores a caballo; dicen:

—¿Quién vive?

—España.

—¿Quién es usted?

—Pues yo soy Juan Soldao.

—¿Y qué anda haciendo usted por aquí?

Dice:

—Nada que he estao ocho años en la mili y quiero ir a Madrid.

—Y ¿a qué va usted a Madrid?

—A decirle al rey a sus jodíos morros que está hecho usted un jodío bolo, porque na más me ha dao ocho cuartos y los tontos que tiene allí se lo comen todo.

Conque era el rey y otros generales:

—Pues mire usted, estamos perdidos.

—Pues ve allí se ve luz.

Y fueron a una cabaña que se veía luz y era una casa de bandidos y entran y había una cacerola cocinando en la lumbre.

—Pues muy lejos no están. Vamos a cerrar las puertas.

Cerró las puertas Juan Soldao y abrió un baúl que había lleno de escopetas, fusiles y trabucos y fue y puso en todas las ventanas atadas con un cordel todas las armas. Y fue y puso la cena en la mesa y les dijo:

—¡Hale, a beber! Aquí tienen vino blanco.

Y le echaba al rey un vaso:

—Echate un cubilete, gorrilla.

Le decía al rey, que tenía una gorra. Y los otros le decían adrede:

—Bueno, qué, mañana ya no irás a eso...

Y decía él:

—Sí, sí.

—¿Y cómo vas a entrar?

—Anda, ya me las arreglaré.

—¿Y qué le vas a decir?

Y venga, otra vez a decírselo. Conque ya sienten pasos y empieza él —cómo había estao ocho años de servicio sabía mucho de esas cosas que dicen los militares de las órdenes— y empieza:

—Mi capitán, mi coronel: ¡Fuego!

Tirando del cordel. Y dice:

—Ahora corriendo nos vamos.

Después que les comieron la cena se marcharon. Y según salen al camino les echaron dos el alto y dicen:

—¿Saben ustedes si hay por aquí alguna venta?

—Pues miren ustedes, nos íbamos a parar en esa, pero está llena de gente.

Y dice uno:

—Mia si te decía yo.

—Deben ser soldados.

Decía el otro. Y ya llegaron a Madrid:

—Y ¿dónde vas a dormir?

Dice:

—En cualquier lao.

Y dice el rey:

—No, no; ven a dormir a mi casa.

Y le dio una tarjeta pa que le dejasen entrar en palacio.

—Con esto ya te basta para entrar.

Y llega a palacio.

—¿Ande va usté?

—Que me han dicho que con lo que llevo en el bolso me basta pa entrar.

Y ya enseñó la tarjeta, se lo dijeron al rey y le dejaron pasar, pero a todos les explicó lo que le iba a decir al rey. Conque le meten en una habitación y dice el rey:

—Cuando se despierte ese señor me lo dicen.

Al día siguiente se despierta y era una habitación

toda empapelada que no sabía ni por dónde había entrado ni por dónde había salido. Conque ya entra el rey vestido y le hace todas las reverencias —como estaba muy educado de ocho años—. Y dice el rey:

—Bueno, ¿y qué es lo que se le ofrece usted?

—Pues mire usted, aquí vengo a decirle a sus jodíos morros que está hecho usted un jodío bolo, porque he estado ocho años de servicio y me han dado ocho cuartos y he estado trabajando más que nadie. A mí aunque me ahorquen.

Y entonces dice el rey:

—¿Pero es que no te has dado cuenta?

Se quitó la corona y se puso la gorra de por la noche. Y dice:

—¡Uy!, si es gorrilla...

Conque ya, como les había salvado la vida, pues le perdonó y le dijo que qué quería, que pidiera lo que quisiera. Y dijo que para él no quería nada, pero que quería que al soldado raso le hicieran capitán y al capitán le hicieran soldado raso.

23. Sacar la correa

Era una costumbre que había, que se ajustaba un mozo por un año y todos los días se preguntaba:

—¿Está usted conforme?

Y si el amo decía que no, pues le sacaba la correa desde el codo a la rabadilla. Conque ése le había sacado la correa a un hermano, y dijo:

—Ya verás, voy a ir yo, y si no se la saco yo a él...

Conque fue, se ajustó:

—Tanto y tanto, y lo que te mande hacer haces, y como no estés conforme te saco la correa.

—Bueno; sí.

Y ya le cogió y le mandaba cosas imposibles y las hacía. Le mandó con una piara de marranos y metió los rabos en un cenagal y los marranos los guardó en un corral y iba el amo a tirar y se metía entre la pecina y el cochino no salía.

—¿Está usted conforme?

Y decía el amo:

—Sí, sí, estoy conforme.

Conque ya dijo la mujer:

—Nos tenemos que deshacer de él.

Y dijo:

—Cuando llegue al puente no sé cuántos a la hora de cantar el cuco, tienes que matarle.

El caso es que le dijo a la mujer:

—Vas tú y cantas el cuco antes que llegue.

Pero fue él, vio que era la mujer y de un tiro la mató. Y dice:

—¿Está usted conforme?

—Sí, sí.

Y no le pudo sacar la correa, pero le quedó pobre. Y luego yo ya me vine; no sé si...

24. El gigante

Había en un monte un gigante y nadie se atrevía a acercarse allí, y ya uno fue y dijo:

—Yo voy.

Y se apostó no sé cuánto que él iba y estaba con el gigante. Y todos los que iban no volvían y estaban los esqueletos por allí. Y ponía el gigante un anuncio que necesitaba criaos, y ya le coge, y:

—Pero tienes que hacer lo que yo te mande, como no hagas lo que yo te mande, te mato.

Dice:

—Bueno.

Le mandaba cosas que hacer, y todas las hacía. El gigante tenía un bosque por donde entraba y le dijo:

—Por donde yo vaya, a ver si te las arreglas pa que no pueda pasar.

Conque fue donde había unos segadores, cogió unos cuantos líos de lías y de árbol a árbol todos los paseos les llenó de eso, y llegó el gigante y se daba en el cuello y no podía pasar.

—Pues me has ganao la partida. Aquí no puede haber nadie que sea más que yo.

Conque le dice a la vieja que tenía que le pusiera el almuerzo dentro de un arca que en la tapa tenía un corte muy grande. Conque:

—Mire, aquí tiene la comida; coja usted lo que usted quiera.

—Pues, ¿sabe usted que se me ha quitao el hambre? Tenga, tenga usted.

Se agachó un poco, cayó el arca y cayó la cabeza de la vieja. Y se marchó. Y el gigante se echó a correr detrás de él y como echaba unas zancas tan grandes

—Pues me va a pillar...

Conque llega donde unos segadores y les pide un perro y un hocino. Saca las tripas del perro y dice:

—Ahora cuando venga el gigante, yo me escondo ahí en una morena y le decís que me he sacao las tripas y que voy volando, que es un poco falto.

Conque, claro, las tripas estaban humeando allí, llega el gigante y dice:

—¿No han visto pasar por aquí uno?

Y dicen:

—Sí, mire, se ha sacao las tripas y ya no le pilla usted porque va volando.

Y dice:

—¿Con qué?

—Pues con un hocino de esos.

—Traer.

Y raas, se sacó las tripas y ya se quedaron sin el gigante, y le dieron mucho dinero porque todos le tenían mucho miedo.

25. El sastre y las guindas

Siempre había un sastre pa tres o cuatro pueblos y tenían la costumbre de convidarle a las bodas. Fue a tomar medida a la novia y a llevarle la tela y le dijeron:

—Pues pa tal día es la boda.

Conque llegó el día y era a cinco kilómetros, y dijo:

—Pues me voy a pie.

Y por el camino había pasao un señor con cerezas, y se ve que se le había caído la carga de guindas y cerezas, y al cogerlas no echó todas; y fue y comió. Y dijo:

—Qué buenas, pero si como guindas no voy a comer luego en la boda.

Y fue y las meó.

Pues llega al pueblo, entrega el sastre y dicen:

—Pues mire usted se ha puesto la novia mala y hasta

otro sábado por lo menos no se casa. Ya le avisaremos a usted.

Se volvió con las tripas vacías y llegó a las guindas; y iba diciendo:

—Esta no está meada; esta tampoco...

Y se comió todas.

26. El cura y el pobre

Era un cura que tenía una amiga —no era el ama, no, era una amiga— y:

—Mira, es mi santo; vamos a celebrarlo en esa habitación que hay al lao del corral. Pongo la lumbre y ahí lo celebramos.

Tenían pavo, tenían turrón, tenían de todo. Y por la noche andaba un pobre pidiendo y no sabía ande dormir, y había visto una trampa, por donde echan la paja, abierta, y dice:

—Pues ahí me meto.

Se metió en ese pajar, y andando, andando po'l pajar, fue a dar a donde el cura. Y estaba la trampilla abierta. Sentía hablar y veía luz. Y miró. Y decía el cura:

—Por bailar con la Juana, fuera sotana.

Y todo se iba quitando hasta que se quedaron desnudos, y decían:

—Ay, ganas, ¿dónde estaréis?

Y decía el pobre:

—No muy lejos; no están muy lejos. ¿Cómo me las arreglaría yo pa quitar a éstos y que me dejaran la comida?

Y empezó a buscar por ahí algo y había una albar-

da. Conque les tiró la albarda; pero se engancha en el ataharre y cae él también, y dice:

—¡Los demonios entran por esta casa!

Y se echan a correr el cura y el ama desnudos a la calle.

Y él se aprovechó de toa la comida y cogió los vestidos del cura. Y al otro día el sacristán venga a tocar a misa y no iba el cura.

—Ay, mire usted —decía el ama—, que ya tocan a segundas. ¿No se levanta usted?

—No, que estoy malo y no puedo ir.

Conque llega un pobre a la puerta:

—Una limosna...

—Buenos estamos pa limosnas.

—Diga usted al señor cura que me dé una limosna.

—Bueno, bueno, pues dale diez céntimos.

—Diga usted que quería hablar con él, que tengo una cosa muy interesante.

—Dice que quiere hablar con usted.

—Que pase.

—Mire, que me he encontrao unos hatos de un cura, que si me les quería comprar.

En cuanto los vio el cura los compró y se fue a decir misa, y colorín, colorado, ya no se mueve más con la Juana.

27. El cura y el tratante

Era una mujer muy guapa que se casó con un tratante que tenía mucho ganao y el cura siempre estaba tras de ella, y se lo dijo a su marido ella; que el señor

cura le decía todos los días: «Señorita, raca», en vez de «Buenos días». Y dijo:

—Pues ya verás; un día hago que me voy y cuando estés sacudiendo la alfombra le mandas pasar.

Conque era de madrugada, y pasa el cura y dice:

—Señorita, raca.

Y dice ella:

—Pase usted.

Le mandó echar en la cama, y dice:

—Ahora vengo yo.

Conque a poco llega corriendo, y dice:

—Ay, que viene mi marido.

Y le encerró en cueros en el corral, donde había chotos pequeños. Así que cuando pasó luego el cura a decir misa, sale ella y dice:

—Señor cura, raca.

Y dice el cura:

—Diga usted a su marido que si quiere criar chotos que compre vacas.

28. El cura y la molinera

Pues este era un cura que estaba siempre detrás de la molinera, y en cuanto no estaba el molinero pues iba al molino pa pasar la noche con ella, y se llevaba con él al monaguillo, por si venía alguien que le avisara. Conque una noche llegaron los ladrones y les pillaron al cura y a la molinera. Y dijo uno de los ladrones:

—¿Y qué hacemos con estos dos?

Y dijo otro:

—Pues nada, atarles detrás de la mula y a moler.

—¿Y con el chico?

—Pues a ese ponerle una vela y que nos alumbre mientras robamos.

Conque así fue. Y al día siguiente, en misa, se vuelve el cura y dice:

*Anoche, por ser noche de San Andrés,
nos hicieron moler a tres.*

Y contesta el monaguillo:

*Yo no sé si eran tres
o eran dos o era uno,
el caso es que toda la noche estuve
con el candil colgao en el culo.*

29. Los arrieros y el cura

Este era un arriero, y le dijeron otros arrieros:

—Mira tu mujer; hemos venido y estaba con el cura.

Conque ya dijo él:

—¿Cómo le cogeríamos? Si le cogemos os doy la mula baya.

—Pues métete debajo del serón y nosotros al otro lao.

Conque ya entra el cura y empiezan a la juerga, y dicen los arrieros:

—Oye; tú que estás en ese serón, ¿estás escuchando esa conversación?

Y dice el otro:

—Y tú, que me llevas la mula baya, deténme al cura que no se vaya.

Y entre todos le dieron de palos al cura.

30. El cura y el herrero

Este era un herrero casado con María, y estaba con su María loco porque acababa de tener un niño. Y al cura también le gustaba y al sacristán, y se quedaban de velada el cura y el sacristán con ella, y como el herrero tenía mucho trabajo, iba y decía:

—María, enséñame el niño, pero no abras la puerta. Enséñamele por la gatera, que no coja frío.

Y ya, tanto, tanto, que coge María y pone el culo en lugar del niño. Y le besaba y decía:

—Es muy guapo, pero le huele un poco el aliento. Bueno, pues ya un día se lo dicen:

—Que te está haciendo esto.

—Ah ¿sí? Pues ya le daré yo a ella...

Conque calienta un hierro en la fragua y llama y dice:

—María, abre, abre.

Y dice:

—¡Ay, que es mi marido!...

Y el sacristán se enganchó con ese chisme que tienen pa poner las calderas en las cocinas y el cura se metió en un arca que tenían allí. Y ya abre y dice:

—Te pongo el niño.

Y va y le pone el culo. Y la metió la barra caliente, y dice ella:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Y el cura pataleando:

—¡Que saquen este arca! ¡Que saquen este arca!

31. El cura y el quesero

Era un cura que en cuanto se iba el marido —que era quesero— a llevar los quesos entraba a ver a la mujer que tenía un niño. Y le dice un amigo:

—Mira, que entra el cura cuando tú te vas.

—Pues ya verás: voy a hacer que me voy y no me voy.

Conque se escondió en la puerta de enfrente y cuando vio entrar al cura, llamó él a la puerta al poco tiempo. Y ella tenía al niño en brazos y estaban a la lumbre y tal que así estaba la quesera ande ponían los quesos.

—¿Ande me meto?

—Métete en la quesera.

Pero como estaba así (inclinada) pa que cayera el agua de los quesos, se resbalaba todo.

El marido fue y se sentó allí a la lumbre y empezó a cantar ella al niño:

*Tú que estás
en esa quesera,
mete los pies, demonio,
que los tienes muy afuera.*

32. El zapatero y el cura

Los zapateros tienen un canto, con un hierro caliente y machacan la suela en él para domar la suela, y lo hacen así, cantando. Y un zapatero tenía la mujer que iba a misa todos los días; y llegaba y se sentaba

allí con el marido un rato. Se alzaba las faldas y se sentaba en el canto, que estaba fresco. Y un día le dicen al marido:

—¿Pero no sabes que tu mujer va a estar con el cura todos los días?

Y dice:

—¡Por eso va a misa tanto! Déjate, que mañana la voy a dar yo.

Conque fue y la calentó el canto. Llegó la otra, se sentó y se quemó. Luego al otro día tocaba el cura a misa y decía:

*Mariquita encantadora,
ven, ven, que ya es hora.*

Lo cantaba con las campanas. Y el zapatero, como ya lo sabía, decía con el canto:

*Tiene el culo quemado,
no puede ahora.*

33. Las borrachas

Era una madre y una hija que las gustaba mucho el vino, y tenía el marido una cubeta añeja. Conque los domingos se iba de pesca, y iban ellas, sacaban un garrafón de vino y echaban cantos; el marido llegaba y estaba el vino arriba:

—Pues no han sacao de la canilla.

Hasta que ya se llenó la cuba de cantos. Entonces

la vieja, cuando él se marchaba a pescar, se esconde allí entre unos forrajes y dice:

—Ay, pescador que pescas en el día de los Santos, la cuba de vino se te volverán cantos.

Y el hombre se marchó a casa y encontró la cubeta llena de cantos, y dice:

—Anda, es verdad; pues me han embrujao.

34. El grajo

Este era un padre que se murió y tenía dos hijos, y les quedó un grajo y una escopeta.

—¿Y qué vamos a hacer con esto?

Bueno, pues se fueron pa el pueblo y llegaron a la posada y se hicieron amigos del posadero y ya les daba de comer, y se enteraron que el cura iba a estar con la madre y la hija, y un día les dice el posadero:

—¿Qué me contáis?

—Pues el que se lo va a contar es este grajo, ya verá usted.

Pin, le quitan una pluma. ¡Graa! Que el cura viene por la noche. Tiraban de otra pluma. ¡Graa! Que con la hija y con la madre. Y ya dice:

—¿Cuánto vale este grajo?

—Huy, muchísimo.

Y le sacaron qué sé yo, y se marcharon:

—Usté le queda con tó el cuidao en casa, que cuando venga le cuenta tó lo que ha pasao.

Y le queda allí, en la cocina, que era donde celebraban las fiestas, y estaban de juerga, y dice la vieja:

—Ay, el grajo, se lo va a contar todo...

Y va, y le va a mear y la agarra con una pata del

chisme y va a mearle la otra y la agarra con la otra pata, y va a mearle él y le agarró por l' otro lao. Y así estaban, y llega el marido y dice:

—¡Ay qué grajo, que me tiene a dos po'l coño y uno po'l carajo!

35. La matanza

Era una vez un matrimonio que tenían un hijo y le querían mucho, y un año por Nochebuena, que estaban haciendo la matanza, se murió el hijo. Y entonces los padres no hacían más que llorar y decían:

—Hijo mío, ¿qué vamos a hacer con la matanza? ¿Quién se va a comer la matanza?

Y vivía al lao uno que era carpintero, y dijo:

—¿Cómo me las arreglaría yo pa comerme la matanza de estos hombres?

Conque pensando, pensando, una noche se subió al tejao y se asomó por la chimenea, y estaban llorando los dos abajo de la chimenea:

—Ay, nuestro hijo, ¿quién se va a comer la matanza?

Y dice el carpintero desde arriba:

—Madre...

—Hijo, ¿dónde estás?

—Es que me ha mandao San Pedro porque en el cielo tenemos mucha hambre y como yo sabía que tenían la matanza...

—Pero hijo, y... ¿qué quieres que te mande?

—Pues lo que usted quiera: unos chorizos, jamón; todo nos viene bien.

—Y ¿cómo te lo vas a llevar?

—Pues yo le mando un cubo que me ha dao San Pedro.

Conque echó una cuerda con el cubo por la chimenea, lo llenó y lo tiró pa arriba, y dice:

—Me voy corriendo que me están esperando. Otro día volveré.

—Sí, hijo; vuelve que te doy más.

Y así pasaron muchos días, hasta que se acabó la matanza, y ya el último día dice la madre:

--Hijo, ya no tenemos matanza pa darte. ¿Ya no vas a venir a vernos? Fíjate, en todo el tiempo no te he visto, no sé si estás delgao o gordo... ¿No te podrías asomar y te veíamos un poquito?

Y dice el carpintero:

—Ahora si me asomo me conocen ¿Qué hago yo?

—Anda, hijo, no te vayas; asómate que te veamos la cara.

Conque va el carpintero, se baja los pantalones y se sienta en la chimenea; y se pone a mirar la madre, y dice:

—Ay, hijo, hijo, ¡qué cara tan hinchada y qué ojo tan hundido!

36. El perillán

Eran una señoritas, tres solteronas, que tenían una finca y tenían un perillán pa que les espantara los torcos y los pájaros, pa que no les comiera la fruta. Bueno pues ya, llega el perillán, cuando ya tenía quince años, y dice:

—Ay, señorita, que qué buen dormir tengo...

Y dice:

—Ah, pues esta noche duermes conmigo.

Va al día siguiente la hermana y dice:

—¿Qué tal el perillán?

—Huy, tiene un dormir mu bueno, mu bueno.

—Ah, pues mañana conmigo.

Llega la otra y lo mismo.

Bueno, a los tres meses que si están malas que si andan vomitando...

—Pues hay que llamar al médico.

Avisan al médico, iba a ver unas fincas, iba con el caballo y se bajó del caballo y le ató a la reja de la ventana.

—Vamos a ver..., ¿pues qué las pasa?

—Pues mire usted; que estamos malas...

—Esto tiene que ser que han tocao ustedes con algún hombre.

Dicen:

—No, no, no; sólo con el perillán que tenía un buen dormir...

Dice:

—Pues el buen dormir es éste.

—A ese perillán en cuanto le pesquemos le vamos a...

El perillán que lo oye sale corriendo, coge el caballo del médico y pruum, marcha por la calle adelante corriendo. Va el médico a salir a coger el caballo y las dice:

—Pues hijas, éste no se llama «jode tres», que se llama «jode cuatro», que a ustedes las ha quedao preñadas y a mí me ha llevao el caballo...

37. El arroz del soldado

Era un soldao que venía de la guerra y llegó a un mesón y dijo a la mesonera que le pusiera comida, y dice:

—Pues hijo, no tengo nada.

—Por Dios, ¿no me puede usted hacer algo? Estoy muerto de hambre.

—Pues mira, hijo, es que han pasao por aquí unos soldaos y no me han dejao nada.

Y entonces el soldao que era muy espabilao, dijo:

—Pues es una lástima, porque, mire, yo sé hacer una paella con guijarros del río, riquísima.

Claro, la mesonera se espabiló y dijo:

—¿Y qué es lo que echas? (Voy a ver cómo se hace ese arroz.)

—Hombre, yo, si quiere usted, me va preparando el arroz en lo que bajo al río a por los guijarros.

—Ah, pues bueno.

Conque se marcha el chico a por los guijarros, y viene, y ya tenía preparao el arroz; la pidió pues carne y eso, lavó los guijarros, les echó al arroz y, claro, se pone a comer el arroz y los guijarros les iba dejando a un lao, y dice la mesonera:

—Pero bueno, ¿y los guijarros?

Y dice el soldao:

—Ah, esos ya han dao la sustancia.

38. El sastre y la comida

Les llevaban a los sastres a los pueblos y les daban una peseta y les tenían que dar de comer. Dice una vecina a otra:

—Mañana que venga a mi casa. ¿Qué le das tú?

—Pues mira, yo le pongo alubias, le pongo lentejas, lo que sea, y por la mañana sopas y un torrezno.

Conque le puso las sopas y un torrezno muy pequeño, y iba el sastre a la máquina:

—So... pas... un... to... rrez... no... so... pas...
un... to... rrez... no...

Tan despacio iba que dice:

—Le voy a poner dos.

Y ya iba:

—So... pas... dos... to... rrez... nos... so... pas...
dos...to... rrez...nos...

Y dice:

—Le voy a poner tres.

—Sopas trestorreznosopastrestorreznos...

Y le pone cuatro, e iba:

—Ni... tan... to... ni... de e...llo...

39. El naranjo y el Cristo

Era el alcalde, y era muy bruto, y tenía una huerta y el cura le dice:

—Tiene usted que hacer un Cristo, que ese está muy mal.

Y dice el alcalde:

—Tengo un naranjo en tal sitio que se le voy a mandar cortar pa hacer el Cristo, pero con la condi-

ción de que el primer sermón, cuando le destapéis, lo digo yo.

Y todos esperando a ver lo que decía el alcalde (ya estaba hecho el Cristo); tiran de la cortina y dice:

*En mi huerto te criaste,
naranja te conocí,
y los milagros que tú hagas,
me les traigan a mí aquí.*

40. Arriba, ánimas

Antiguamente llevaba una peseta por hacer un chaleco el sastre, y había la costumbre de que el que no pagaba una cosa, pues le enterraban vivo, pero le tenía que velar el otro en la iglesia. Uno vivo, tumbao, con las velas y el otro, orilla.

Y éste que le hizo un chaleco:

—Pues págamele. (Le había costao una peseta.)

—Pues no la tengo.

—Pues te entierro vivo.

—Pues me entierras vivo.

Y esa noche estaban en la iglesia, pero esa noche los ladrones habían hecho un robo grande, y dijeron:

—¿Dónde partimos el dinero?

—Mira, parece que está abierta la puerta de la iglesia.

—Pues vamos a la iglesia; mejor que en la iglesia...

Hicieron unos talegos de oro y hicieron unos cuan-

tos montones que ya no había pa todos y dijo uno:

—Bueno, pues esos montones pa el que dé una puñalada al muerto.

Conque el otro, despacito, se había ido subiendo las escaleras arriba, y cuando va a dar la puñalada el ladrón, se levanta el muerto y dice:

—Arriba, ánimas.

Y contesta el de arriba:

—Allá vamos todas.

Y empieza a patalear; y los ladrones salieron corriendo, corriendo, y dejaron el dinero, así que los otros se lo cogieron y se lo repartieron. Pero uno de los ladrones dijo:

—Hemos sido tontos. No tenemos miedo a los vivos y tenemos miedo a los muertos.

Conque vuelven a la iglesia y se acerca uno a escuchar. Y salían los otros dos y dice el sastre a la puerta:

—Oye tú, ¿y mi peseta?

Y se echó el ladrón a correr y cuando llega donde los otros dice:

—Fíjate si nos quedamos. ¡A peseta han tocao, con el dinero que teníamos!

41. El pastor y el cura

Este era uno que se había criado en un monte y se había ido a vivir al pueblo, y su madre le quería hacer ir a misa, y le dice:

—Mira, te voy a mudar —nunca se había puesto calzoncillos— y te vas a misa.

—¿Y ande voy?

—Pues ande entre la gente, allí entras tú.

Conque fue y se metió en la carnicería; llegó y se sentó en el banco, y todas: «una libra», «un cuarterón», «media libra»... Y llega y dice su madre:

—Qué, hijo, ¿has oído misa? ¿Te ha gustao?

Y dice:

—Sí, me ha gustao mucho.

—¿Qué has aprendido?

Y dice:

—Media libra, un cuarterón...

—Ay, pues, ¿ande has entrao? Tú has entrao en la carnicería. Tienes que entrar ande entren hombres y tú, cuando veas que hay un asiento, te sientas.

Conque va y entra en la barbería. Había uno sacando una muela, y se quita y se sienta él. Y le dicen:

—A ver, abre la boca.

Conque abre la boca y le sacan una muela y va:

—Ay, no vuelvo a ir a misa...

Y dice su madre:

—Ay Dios, te voy a tener que llevar yo.

Le llevó y dice:

—Mira, ahí es la puerta; todo lo que haga la gente lo haces tú.

Conque entra, y lo primero que ve, que se quitan la gorra, y dice;

—Jodo, aquí hay gente de rapiña.

Y va a la pila y dice:

—Quien se haya comido las tajadas que se sorba el caldo.

Y hacía lo que hacían los demás, y veía al cura comiendo la hostia en el altar y la gente se daba golpes:

—Pésanos, Señor...

Y él decía:

—Danos de ello...

Y va el cura a beber el cáliz, consume todo, y coge

la cachava y se la tira, y queda en la reja y dice:
—Ay, si no es por la talanquera, ya te había dao yo la sorbicadera.

42. El cura, el sacristán y el capellán

Pues esto era una mujer que era muy guapa y la dice el cura cuando se va a confesar:

—Hay que ver, María; con lo guapa que eres y no haber dormido yo contigo...

Y dice:

—Pues... mañana a las ocho.

Va y dice el sacristán:

—Andá, ¿vas a dormir tú con María? Pues yo también.

Y dice el capellán:

—Pues yo también.

Bueno, pues en efecto, al día siguiente dice ella a su marido:

—Oye, que me ha dicho esto el cura.

Dice el marido:

—Pues escóndeles al cura en el horno, al capellán donde se mete el pan y al sacristán, detrás de la artesa le escondes.

Llega el cura y le dice:

—Ay, escóndase aquí, que mi marido viene ahora y marcha luego; llega el capellán y lo mismo; llega el sacristán y igual.

Llega el marido y dice:

—María, vamos a echar a amasar.

Y encuentran al sacristán detrás de la artesa.

—¡Cómo!, ¿pero tú aquí? O dos ochavos o la vida.

—Mire usted, que tengo ocho hijos y no tengo dinero...

—Bueno, pues vamos a echar a hacer el pan y ahora vamos a ponerle con el culo pa arriba y ponemos ahí la vela.

Bueno, pues, en efecto. Llega y dice:

—María, que ya hay que empezar a encender el horno...

Y dice el capellán:

—Ay, ¡que me ahogo!

—¿Tú ahí? O tres onzas o la vida.

Le dio las tres onzas y se marchó el capellán como un demonio corriendo. Y llegó al cura:

—Y tú, o dos onzas o la vida.

Y se marchó también corriendo.

Al día siguiente María se había comprado un vestido; se había puesto pues muy guapa, y se fue a misa. Y al darse vuelta el cura a decir «Ite misa est», dice:

—Qué guapa vienes, María.

Y dice el capellán:

—A cuenta tuya y la mía.

Y dice el sacristán:

—Y yo, por no tener dinero, el culo me pusieron por candelero.

43. El cura y el monaguillo

Era en un pueblo que tenía el cura una vaca y la tenían que mantener todos los vecinos, cada día uno.

Y ya, un día:

—Que no va la vaca a casa; que no va la vaca a casa...

—Pues se ha metido en casa de Fulano.

Y se lo dijeron al cura. Y el hijo del que tenía la vaca era monaguillo, y ya se lo preguntó al chico:

—Oye, ¿coméis carne?

Y dijo el chico:

Sí.

—¿Y dónde la tenéis?

—Mi padre la tiene en el cuarto de abajo y mi madre nos pone los pucheros.

Bueno, pues ya le sacó un refrán y dice:

—Mira, hijo, el día de la Pascua vas a decir lo que yo te diga, y te compro un traje. Vas a decir:

*La vaca rabona
del cura chiquito,
mi padre la tiene
en un cuarto bajito, y
mi madre nos pone
buenos pucheritos.*

Y dice:

—Bueno.

Conque ya va el chico a casa y se lo dice:

—¿Sí? (dice el padre). Ya verás, tú tiés que decir lo que te diga yo.

—Es que me compra un traje...

—Yo te lo compraré.

Conque ya van a misa todos y dice el sermón el cura y al acabar dice:

—Y ahora, antes que se vayan ustedes, queridos feligreses, van a escuchar, cierto y muy cierto, lo que va a decir un niño sin conocimiento.

Y todos tan callaos. Y salta el chico:

*El cura chiquito
duerme con mi madre,
la danza va a ser
si mi padre lo sabe.*

Y dice el cura:

—Orates, frates, no hagan ustedes caso de disparates.

44. El cura y el alcalde

En un pueblo por ahí, cerca de Alar, dicen que el alcalde y el secretario y el cura, como son los que no trabajaban, siempre andaban juntos y el alcalde era tan curioso que le dice al cura:

—Digo que... usted sabrá todos los líos de las mujeres, y eso, y se lo confesarán.

Dice:

—Pues sí, sí.

—Dígamelo usted.

—Huy, no, no.

—Bueno, pues nada más nos ponemos en la puerta el domingo y según vayan pasando, si es que sí, me dice «Indica».

Así que según pasaban, el cura decía: «Indica» o «No indica».

Conque ya llega la mujer del alcalde, y dice:

—Indica.

Y dice el alcalde:

—¡Señor cura, que es mi Anica!

Y dice el cura:

—Pues Indica, Indica e Indica.

45. El cura y el chocolatero

Se fue a confesar uno que era chocolatero, y dice:

—Acúsome, padre, que el otro día iba a robar un carnero.

—Huy, huy, hijo, qué pecao; no te puedo dar la absolución.

Dice:

—Pero si no le robé, que se me escapó...

Dice:

—Con la intención basta. Como no me traigas cinco o seis libras de chocolate no te echo la absolución.

Bueno, pues al otro día trae debajo la capa las libras de chocolate.

—Qué, ¿me las traes?

Dice:

—Sí.

—Pues trae.

—Fú. (*Haciendo ademán de dárselas y retirándolas luego.*) Así me hizo a mí el carnero.

46. El cura y el volatinero

Era un saltimbanqui que se fue a confesar, y dice:

—Tengo tantos pecados y esto y lo otro.

—Pues, ¿qué es usted? —dice el cura.

—Saltimbanqui.

—Hombre, ¿cómo va a ser usted saltimbanqui?

Y dice:

—¿Quié usté probar?

Se levanta del confesionario y se da tres o cuatro volteretas, y había una vieja allí esperando, y se arri-ma y dice:

—Don Fulano, yo no vengo hasta mañana porque no he traído pantalones.

Se creía que la penitencia era dar las volteretas.

47. El cura corto

Era un cura que era un poco corto, y la madre estaba tan contenta porque le habían concedido su pueblo y todo, y tenía que decir el sermón; conque estaba la madre y todos, y empieza:

—Por vosotros, por vosotros le crucificaron...

Se escondía otro poco en el púlpito y salía:

—Por vosotros le crucificaron...

Y después de decir muchas veces lo mismo, dice la madre:

—Pero hijo, por los nueve meses que te tuve en el vientre...

—Pues madre, métase usté en mi culo y la tengo veinte.

48. Las cartas del cura

Era un cura que le gustaba mucho jugar y jugaba con la panda de amigos a la brisca, y un día en misa se vuelve y dice:

—Oros es triunfo... (en vez de Orate fratres).

49. Jesús de Nazareno

Era una señora que era muy beata; no que fuera religiosa, sino muy beata. Iba todos los días a Jesús de Nazareno:

—Ay, Jesús de Nazareno, ¿qué te pediré yo? Ay, Jesús de Nazareno, yo te quería dar... Que me has concedido no sé qué...

Y el sacristán un día:

—Yo voy a ver qué pide esa beata.

Y se mete detrás de Jesús de Nazareno, y dice la beata:

—Ay, Jesús de Nazareno.

—¿Qué quieres? dice el sacristán.

—Que venga por mi casa.

—Pues si me pones buena cena, voy.

Dice ella:

—Pues sí.

Y ya se fue la mujer a casa; estuvo planchando las mantelerías, y dice a su marido:

—Que va a venir Jesús de Nazareno esta noche a cenar a casa.

Prepara la mesa, la cena y todo, y dice:

—Prepara buena leña ahí.

Y va el marido y se salió:

—Yo no; yo no quiero nada.

Y viene:

Tan, tan.

—¿Quién?

—Jesús de Nazareno, que viene a cenar.

Le abre la puerta y pasa; y el sacristán poniéndose himplao.

Cuando llaman a la puerta y dice:

—¿Quién?

—La Virgen pura que viene a buscar a Jesús de Nazareno.

Y dice el sacristán:

—No abra usted.

Y dice:

—Hombre, ¿cómo no voy a abrir a la Virgen?

Viene el marido con el manto de la Virgen y un palo, y empieza a dar de palos al sacristán, y el sacristán corriendo por todo el pueblo. Y dicen unos que venían:

—Oiga, señor. ¿Sabe usted dónde venden leña?

Y dice:

—La Virgen pura viene repartiéndola.

50. San Nicodemus

Las monjas de este pueblo tenían un San Nicodemus muy viejo. Y un ebanista que había allí les dijo:

—Qué santo; un día les voy a hacer uno nuevo.

Y de vez en cuando le daban guerra:

—Que cuándo está el santo...

Y él decía:

—Ya se lo estoy haciendo.

Y llegó la fiesta de San Nicudemus y no se le había hecho, conque dice al aprendiz:

—Mira, te voy a pintar un poco, te meto en una urna y te llevo, y cuando pase la fiesta te sales.

Conque llegan las monjas y le ponen allí delante; y las monjas se ponían de rodillas a rezar y se fijaban en que estaba desnudo, claro. Y se reúnen todas con la madre abadesa y dice una:

—Yo creo que es mejor traer una tijera y cortárselo, porque eso está muy feo.

Conque va la monja con la tijera, y el chico que la ve venir rompe la vitrina, se echa a correr por la escalera y todas las monjas detrás:

—San Nicudemus, San Nicudemus, que con pingajillo y todo te queremos...

51. El cura y el obispo

Este era un cura que tenía convidaos, iba a venir el obispo, y compraron una pava pa cuando viniera el obispo y, claro, se marchó el cura y no la dijo cómo la tenía que poner —el ama no sabía guisar—. Conque subió arriba al sacristán y se lo dijo:

—A ver si se lo dice usted con el órgano y contesta.

Y empieza el sacristán:

—Señor cura, señor cura, cómo se guisa la pava.

Y se volvió el cura y contestó:

—Las alas guisadas, las patas asadas. Si entras en la bodega entra con poca gente, que nos beberán el vino

con una voz penitente. Si entras en la despensa, del tocino parte poco, que nos costó treinta reales, per cristum dominum nostrum.

52. Dominus vobiscum

Estaban diciendo la misa el día de la fiesta, y resulta que a uno de los monaguillos le entró un dolor de tripa muy grande y salió y se marchó. Y el otro, claro, no sabía ayudar. Conque se vuelve el cura y dice:
—Dominus vobiscum.

Y el chico entiende: «Dónde está Francisco», y dice:

—Ya viene, que está cacando.

53. El cura y el piojo

Antes había miseria siempre, y piojos, y como los curas tenían la corona muy grande, pues según estaba uno con la patena le estaba picando mucho, y se echó la mano, le coge y dice:

—Recáncano, que picaste cabeza de sacerdote, has de morir en patena, per cristum dominum noster amen (1).

(1) Accionando como si se estuviese aplastando el piojo entre la patena y la uña.

54. El sacristán y las monjas

Pues las monjas de Fuensaldaña tenían un hortelano, y no le daba de sí, el hombre, pa pagarles la renta, y lo debía. Y ellas no sabían cómo decírselo, y como era sacristán, «pues se lo vamos a decir por el órgano». Así que la mandadera se lo dijo al sacristán:

—Le van a pedir la renta po'l órgano.

Conque en misa empiezan:

*Hortelanillo que riegas la huerta,
hace tres años que no pagas renta.*

Y el sacristán contestó también por el órgano:

*Si el pepino se me nace,
y el nabo se me endereza,
el primer agujero que tape,
el de usted, madre abadesa.*

55. El sastre y las lentejas

Este era otro sastre que iba a otro pueblo a trabajar, y dice la mujer pa la que cosía:

—Ay, Dios, no me he acordao de poner la comida pa el sastre; le voy a poner unas lentejas.

Puso en un pucherillo unas lentejas y le hizo un torrezno; y las lentejas, pues que las comió casi crudas el sastre, que no se habían cocido. Y por la noche

le da un dolor de tripa según estaban así, de tertulia, en el escaño, y va y sale, y como estaba lloviendo se puso orilla y lo hizo orilla las goteras y las echó enteras las lentejas. Al otro día se levanta la mujer:

—Mira, una que ha pasao con las lentejas y las ha caído.

Las coge y las echa en el puchero y se las pone al sastre otra vez. Y dice:

—¿Qué tal estaban las lentejas?

Y dice:

—Muy cociditas, muy cociditas.

Dice:

—Huy, ha debido pasar alguna anoche y ha caído las lentejas y estaban esta mañana con el agua llovida más esponjaditas...

Y el sastre echaba las tripas otra vez.

56. Ni don Juan ni don Manuel

En un pueblo tenían que escoger alcalde, y resulta que sólo había dos que podían serlo, pero siempre que votaban quedaban empatados y no había manera de resolver aquello. Por fin, después de mucho pensar y pensar, dijo uno:

—¿Por qué no le pedimos al Cristo de la iglesia que decida?

Bueno, pues aunque algunos decían que no, al final, por mayoría, fue que sí. Pero don Juan le dijo al sacristán:

—Tú súbete al coro y le atas un cordel a la cabeza

del Cristo, y cuando el cura pregunte que si quiere a don Juan, tiras del cordel pa que parezca que dice sí.

Conque se reunió todo el pueblo en la iglesia, y después de decir misa y todas las cosas, pues se puso el señor cura delante del Cristo, y le dijo:

—Santo Cristo, ¿queréis por alcalde de este pueblo a don Juan?

Y el Cristo, quieto.

—Santo Cristo, ¿queréis por alcalde de este pueblo a don Manuel?

Y el Cristo quieto.

—¿Queréis a don Juan?

Y nada.

—¿Queréis a don Manuel?

Tampoco se movía el Cristo. Y volvía:

—¿Queréis a don Juan? ¿Queréis a don Manuel?

Y ya salta el sacristán desde el coro:

—Ni don Juan ni don Manuel, que se me ha roto el cordel.

57. La mariposita

Esto era una mariposita que estaba barriendo su tejadito y se encontró un ochavo. Y decía:

—¿En qué me lo gastaré? ¿En qué me lo gastaré ¿En caramelitos? No, no, que me llamarán golosa. ¿En almendritas? No, no, que me llamarán tragona. En un lacito para el pelo y estaré muy linda y hermosa.

Se compró un lacito, se lo puso en el pelo y estaba muy linda y hermosa, y se puso a la puerta para ver si buscaba novio. Entonces vino un perro y la dice:

—Huy, mariposita, qué guapa estás.

—Hago bien, que tú no me lo das.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Y cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?

—Guau, guau.

—No, no, que me los morderás.

Entonces pasa un gato y:

—Huy mariposita, qué guapa estás.

—Hago bien, que tú no me lo das.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?

—Miau, miau.

—No, no, que me les aruñarás.

Y entonces pasa un ratón, y dice:

—Huy, mariposita, qué guapa estás.

—Hago bien, que tú no me lo das.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?

—Iii, iii, iii.

—Ay, sí, sí, que me los arrullarás.

Entonces se casaron. Fueron las bodas, la mariposita se vistió de blanco, toda muy guapa, y era sábado. Al día siguiente fue domingo y la mariposita le dejó al ratoncito en la cama y le dijo:

—Yo me voy a misa. No te levantes no te vaya a comer un gato, ni te asomes a la olla no te vayas a caer.

Bueno, ya se marchó a misa y el ratoncito estaba tan a gusto, pero dijo:

—Huy, no se vaya a quemar la olla; voy a ver.

Abrió la tapa de la olla y se cayó. Entonces viene la mariposita de misa, le busca por todas partes:

—Ratoncito Pérez, ¿dónde estás?

Y no aparecía. Y ya:

—Pues bueno; me pondré a comer.

Y cuando fue a abrir la olla se encontró a su Ratoncito Pérez en... claro, pues cocido. Y entonces se puso a llorar a la puerta:

—Ay, porque el ratoncito se ha caído a la olla, y yo, mariposita, le gime y le llora.

Y viene un pajarito, y dice:

—Mariposita, ¿por qué lloras?

—Porque el ratoncito se cayó a la olla y la mariposita le gime y le llora.

Y dice:

—Pues yo, como pajarito, me corto el piquito.

Entonces iba volando sin piquito y le vio una palomita. Dice:

—Pajarito. ¿Cómo vienes sin piquito?

—Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, y yo, como pajarito, me corté el piquito.

Dice:

—Y yo, como palomita, me corto la colita.

Y fue volando hasta el palomar. Llegó al palomar y le dice el palomar:

—Huy, palomita, ¿cómo vienes sin colita?

—Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, y yo, como palomita, me corto la colita.

—Pues yo, como palomar, me echo a rodar.

Y se echó a rodar, a rodar, a rodar y llegó donde el río. Y le dice el río:

—Huy, palomar, ¿cómo vienes tan rodando?

—Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la

palomita se cortó la colita, y yo, como palomar, me eché a rodar.

Dice:

—Pues yo, como río, me seco y no crío.

Y se secó y no crió. Entonces llegan las doncellitas del rey con las cantarillitas a por agua al río. Dice:

—Huy río, ¿cómo no traes agua?

—Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, y yo, como río, me seco y no crío.

—Pues nosotras, como doncellitas, rompemos nuestras cantarillitas.

Clán. Rompen sus cantarillitas. Entonces llegan donde el rey sin cantarillitas. Y dice el rey:

—Huy, doncellitas, ¿cómo no traéis cantarillitas?

—Pues porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río secó y no crió, pues nosotras, como doncellitas, rompemos nuestras cantarillitas.

—Pues yo, como rey, me echo a correr.

Se echó a correr, a correr, a correr, y llegó donde un fraile. Y dice el fraile:

—Huy, rey, ¿cómo vienes tan corriendo?

Dice:

—Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río secó y no crió, mis doncellitas rompieron sus cantarillitas, pues yo, como rey, me echo a correr.

Dice:

—Pues yo, como fraile, me cojo las castañuelas y me voy al baile.

58. El gallo Quirico

Esta es la historia del gallo Quirico que iba a la boda de su primo Periquito, y en el camino picó una caca y se manchó el pico, y dijo:

—¡Ay!, ahora no puedo ir a la boda de mi primo Periquito.

Conque andando, andando, se encontró con una malva y la dijo:

—Malva, límpiame el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

Y dijo la malva:

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con una oveja:

—Oveja, cómete a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

Y dijo la oveja:

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con un palo:

—Palo, pega a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con el fuego:

—Fuego, quema a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante y se encontró con el agua:

—Agua, apaga a fuego, porque fuego no ha querido quemar a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con un burro:

—Burro, bebe a agua, porque agua no ha querido apagar a fuego, porque fuego no ha querido quemar a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

—No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró... ¿Dónde llegaba?

(Al burro.)

Pues álzale el rabo y bésale el culo.

59. Cuento de las jarras

Era un padre que tenía tres hijas, y las quería mucho, y un día les dijo:

—Me voy a ir a la feria, ¿qué queréis que os traiga?

Y dijo la mayor:

—A mí, una jarrita de oro.

Y la otra:

—Pues a mí una jarrita de plata.

Y la más pequeña:

—Pues a mí, una de cobre.

Y llegó de la feria y dice:

—Toma tú la de plata, toma tú la de oro y toma tú la de cobre.

Conque llega un pobre a la puerta y dice:

—¿Me hacen el favor de dar una jarra de agua?

Y dice la mayor:

—No, con la de oro no, que se mancha.

Y dice la otra:

—No, con la de plata no, que se mancha.

Y va la pequeña... ¿Cuál es la otra que dije? («La de cobre»).

Pues besa el culo al pobre.

60. Tío Cerote

Era un zapatero y se llamaba «Tío Cerote», y se casó con una, pero no sabía que era una bruja; se casó con una bruja. Y entonces todas las noches salía de casa la bruja, y él sabía que salía de casa y no sabía ónde iba. Entonces una de las noches la estuvo esperando a ver lo que hacía y la vio que se ponía un vestido todo negro hasta abajo, se montaba en una escoba y salía volando por la chimenea. Y se iba a un claro que había en el bosque a reunirse con otras brujas. Entonces él esperó y lo vio todo. Hacían una hoguera, y de la hoguera salía un macho cabrío que era el demonio; entonces bailaban todas alrededor de él y luego, cuando terminaban de bailar, pues se levantan

taba el rabo y toas las brujas tenían que besarle el trasero. Entonces dijo él:

—Ah, esto no se me escapa a mí. A la noche siguiente vengo yo también vestido de bruja.

Se vistió de bruja, cogió la lezna y se marchó. Esperó a lo último, claro; él también bailaba con todas las brujas y ya, cuando le tocó el turno a él, pues en vez de besarle, ¡zas!, le dio un picotazo. Y dijo el demonio:

—Tío Cerote, pa otra vez, aféitese usted el bigote.

61. La bruja

Era uno que tenía una novia que era bruja y tenía los untes arriba, en el desván, y se casó con otra; y por lo visto, cuando estaban en la cama, pues sentían que entraba y movía todo.

—¿Ya estás ahí?

Decía la mujer:

—Pues llévatele.

A veces, dicen que ponía un escriño con una luz debajo y unas tijeras haciendo una cruz y no venía esa noche.

Pues este señor era tratante y iba a Medina los días de mercao y iba la bruja. Y decía la mujer:

—¿Ya estás aquí? Vete a buscarle, que está en Medina.

Y en el medio del camino de vuelta iba con otro y dice:

—Esta tía jodida ya me ha cogido.

Sentía un peso, pero no la veía. Conque hablando un día con uno, dice:

—Me está dando una lata... Por la noche, si me pongo a la orilla, a la orilla el peso; si me pongo al rincón, al rincón el peso.

Y le dice el otro:

—Pues ponte al rincón; pones una porra y ande sientas el peso, da.

Conque puso un palo allí, y cuando sintió el peso dio así al rincón y no volvió a sentir el peso. Y al día siguiente dice:

—Oye, oye, que hice eso y anoche se marchó.

Y dice:

—Claro. Verás como hoy no sale.

Conque miraron pa atrás y estaba asomándose a la puerta con el brazo en cabestrillo.

62. Los ojaranquillos

Dice que, antes, no había en cada pueblo más que una escopeta, y nevaba mucho por allí, y a la entrada del invierno iban a hacer harina pa todo el año. Cada uno molía lo suyo; eran todos molineros. Y fueron un padre y un hijo, y estaba otro moliendo, y le dice al chico:

—Vete por la cena, porque éste va a acabar tarde y vamos a estar toda la noche moliendo.

Tenían una lumbrada en el suelo y alrededor estaban las piedras, y por la puerta de arriba el padre vio asomar un ojo por un agujero que había y dice:

—Ay, ahora que tiene que venir el chico... Voy a hacer como que no le he visto.

En cuanto llegó el chico por la puerta de abajo cerraron, y dice el padre:

—Calla, hijo, que están los ojaranquillos ahí; a ver qué nos hacen. Vamos a sentarnos como si tal cosa, pero voy a meter esta barra —la que tenían pa levantar las piedras— en el fuego.

Conque dice:

—Mira, ahora está mirando otra vez.

Le veían brillar el ojo; tenía dos cuernos y un ojo en el medio. Salían de allí, de la montaña. Conque ya el ojaranquillo se debió ir a por un palo o algo y quería apalancar la puerta pa entrar.

Y el chico dice:

—Estamos perdidos.

Y dice el padre:

—Me voy a poner detrás de la puerta, y cuando veas el ojo, me haces así (una seña) y yo le meto el hierro.

Y así fue. El hierro caliente se le metió po'l ojo y creo que unos chillidos... y el padre y el hijo se marcharon corriendo pa el pueblo. Y a la entrada del pueblo les salieron unos cuantos lobos; estaba nevando y el padre se cayó, y el chico se echó a correr, pero en lo que buscó la escopeta —en todo el pueblo que había una— pa espantar los lobos, pues ya le habían empezao a comer por las botas.

Y luego después, al otro día, fueron a por la molienda y estaba el molino que le habían quemao los ojaranquillos en venganza.

63. El libro de Salomón

Pues eran unos estudiantes que dicen.

—Mira que no tenemos ni una perra...

Y dice uno:

—Oye, he compraó yo un libro en una librería de viejo, que dice dónde hay un tesoro; na más es comprar una pala y un pico y irnos a cavar a buscar la puerta.

Conque sí, fueron midiendo los metros donde estaba la montaña y se encontraron una cueva. Pero luego tenían miedo en entrar. Dice uno:

—Vamos, no tengas miedo.

Y decía el otro:

—Qué te crees, ¿que el miedo se le quita a uno cuando quiere?

Conque ponía que tenían que pasar por una sala que había llena de llamas, pero que no se quemarían, que no tuvieran miedo. Decía que eran los demonios. Y luego, pasar por agua. Conque ya se presentan en una antesala con mucha luz, y miran al libro y dice:

—¿Ves? La antesala con mucha luz.

Y ya entran. Había allí uno con muchas barbas, como un rey.

—¿Qué queréis, mentecatos?

—Pues mire, que veníamos a por este tesoro.

—Pero, ¿os pertenece?

—Sí, mire; aquí tenemos este libro.

Conque mira, y faltaban a lo último unas páginas, y le da una patada a uno que ya se había llenao los bolsos de oro y le atravesó la montaña y allí se quedó sentao. El otro salió corriendo antes de darle la patada, y sale fuera y dice:

—¿Pero qué haces ahí arriba?

—Pues mira, se conoce que el rey Salomón me ha querido pagar así.

Y dijo el rey Salomón:

—Eso es para que no compréis nunca un libro que le falten las hojas, porque lo que faltaba era que os iban a dar la patada.

Notas

1

T 1: *La zorra roba sardinas (o queso)*

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: *Cuentos*, V, pp. 140-142.

León: CORTÉS, I, núms. 49-52; CORTÉS, II, núm. 141;
ESPINOSA, Hijo, núm. 59; *Veinte cuentos*, núms. 5-6.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 202.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 49-50, 241-242.

Andalucía: ESPINOSA, núm. 203.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 110.

Zona B: MASON, IV, núm. 40.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 11; CHERTUDI, II, núm. 1.

Versión catalana:

AMADES, núm. 265.

Versiones portuguesas:

VASCONCELLOS, núms. 7, 8, 20.

Versión brasileña: CASCUDO, I, pp. 251-252.

El cuento, extensamente difundido en el área de lengua española, es antiguo, puesto que ya sale en el *Roman de Renart*.

2

T 4: *La zorra cabalga el lobo*

T 34 B: *El lobo bebe agua hasta alcanzar «el queso»*

T 4

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 165.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 117-118.
Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núm. 36.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 380, 381.
Zona F: PINO SAAVEDRA, núms. 92, 227.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 261, 266.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 72.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 312; VASCONCELLOS, núms. 7, 17, 18, 26.

T 34 B

Versión asturiana:

AMPUDIA, núm. 165.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 371, 379.
Zona C: RECINOS, núm. 1.

Versiones portuguesas:

VASCONCELLOS, núms. 23, 24.

Nuestra versión combina dos cuentos tipos: T 34 B, *El lobo bebe agua hasta alcanzar «el queso»*, y T 4, *La zorra cabalga el lobo*. El tipo 34 B parece ser bastante raro en el área ibérica, en la cual aparece con frecuencia muy superior el tipo 34, *El lobo se tira al agua para pescar «el queso»*.

T 6: *Habla la zorra. Escapa el ave*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 172.

León: CORTÉS, I, núm. 56; CORTÉS, II, núm. 139; ESPINOSA, núm. 258.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 259; ESPINOSA, hijo, núm. 62.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 46-47.

Andalucía: FERNÁN CABALLERO, *Simón Verde*, B. A. E., 139, p. 87 a.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 105; *New-Mexican Folklore*, núm. 17; RAEL, núm. 369.

Zona B: MASON, IV, núm. 48.

Zona C: WHEELER, núm. 216.

Zona D: CARVALHO-NETO, núm. 1.

Versión catalana: AMADES, núm. 309.

Versiones gallegas: *Contos de Lugo*, núm. 16; *Cuentos V*, pp. 137-139.

Versiones portuguesas: BRAGA, núm. 243; OLIVEIRA, núm. 120; PEDROSO, núm. 9; VASCONCELLOS, núms. 2, 12, 13.

Versión brasileña: CASCUDO, I, p. 238.

Versiones literarias: ESOPPO, *Extravagantes*, núm. 3; SAMANIEGO, VI, 4; FELIPE JACINTO SALA, *Fábulas religiosas y morales*, Sabadell, 1865, fábula 58.

El ave astuta, que en la tradición francesa suele ser gallo o gallina, es con frecuencia el alcaraván en la tradición peninsular (véanse las versiones de Ampudia, Curiel Merchán, Espinosa, Espinosa hijo, y Fernán Caballero).

4

T 32: *Los dos cubos del pozo*

Versiones españolas peninsulares:

León: ESPINOSA, núm. 207.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 206.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 107.

Zona B: MASON, IV, núms. 8, 11.

Zona C: WHEELER, núm. 189.

Versiones catalanas:

AMADES, núm. 263; SERRA i BOLDÚ, pp. 119-121.

Versión portuguesa:

COELHO, núm. 8.

Versiones literarias:

Disciplina clericalis, núm. 23; *Libro de los gatos*, núm. 14; *Libro de los ejemplos*, núm. 363; ESOPO, *Fábulas colectas*, núm. 9.

5

T 56 A: *La zorra amenaza con derribar el árbol*

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, II, núm. 148; ESPINOSA, núm. 258.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, hijo, núm. 62.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 46-47, 154-155.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 105; *New - Mexican Folklore*, núm. 17; RAEL, núm. 369.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 14.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 120; VASCONCELLOS, núm. 13.

Versión brasileña:

CASCUDO, I, pp. 254-255.

El cuento es muy antiguo en España, puesto que aparece ya en *Calila e Dimna* (p. 78) y lo refiere el maestro Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 51 b). Con gran frecuencia va unido en la tradición contemporánea al tipo 6, definido más arriba.

Nuestra versión ofrece la singularidad de que el ave amenazada entiende en seguida la vanidad de las amenazas de la zorra. En todas las versiones ibéricas que conozco por otra parte, la zorra se come, en efecto, las palomitas (o las peguitas); únicamente después de escuchar los sabios avisos de otra ave, la incauta paloma (o pega) deja de obedecer a la zorra.

6

T 60: *La zorra y la cigüeña. El convite*

T 225: *La zorra aprende a volar*

T 60

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, I, núm. 54; CORTÉS, II, Núms. 144, 145, 147.

Extremadura: ESPINOSA, núm. 219.

Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núm. 34.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 377, 378.

Zona B: MASON, IV, núm. 77.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 19; CHERTUDI, II, núm. 10.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 315, 517.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 13.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 14; COELHO, núm. 8; OLIVEIRA, núm. 199; VASCONCELLOS, núms. 5-11.

Versión brasileña:

ROMERO, I, núm. 47.

Versiones literarias:

ESOPO, II, 13; FRAY JUAN DE PINEDA, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), B.A.E., 163, p. 378 a, y B.A.E., 170, p. 96 b; SAMANIEGO, I, 10.

T 225

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: *Cuentos*, V, pp. 129-130.

Asturias: AMPUDIA, núm. 172.

Santander: ESPINOSA, núm. 218.

León: CORTÉS, II, núms. 143-148.

Extremadura: ESPINOSA, núm. 219.

Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núm. 34; ESPINOSA, núm. 220.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 377.

Zona B: ANDRADE, núm. 244; FEIJOO, I, p. 110; MASON, IV, núm. 61.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 30; CHERTUDI, II, núms. 23, 24.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 307, 517.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 15.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 14; COELHO, núm. 7; VASCONCELLOS, núms. 11, 15.

Versiones brasileñas:

CASCUDO, I, pp. 344-345; Romero, I, núm. 45; II, núm. 10.

Versión literaria:

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, *Poesías póstumas*, III, pp. 147-149.

Reúne nuestra versión dos cuentos tipos: T 60, *El convite de la zorra y de la cigüeña*, y T 225, *La zorra aprende a volar*. Son relativamente numerosas las versiones ibéricas e iberoamericanas en las cuales se observa el mismo fenómeno (CORTÉS, II, núms. 144, 145, 147; ESPINOSA, núm. 219; *Cuentos gaditanos*, núm. 34; RAEL, núm. 377; AMADES, núm. 517; BARBOSA, núm. 14; VASCONCELLOS, núm. 11).

El cuento T 225 aparece en fecha temprana en los refraneros españoles: igualmente lo recogen Francisco de Espinosa (*Refranero*, p. 60), Juan de Mal Lara (*Filosofía vulgar*, II, p. 194) y Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 282a). Se trata, pues, de cuento indudablemente antiguo. Con las palabras que pronuncia la zorra desgraciada del refranero: «Si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo», concluyen la mayor parte de las versiones recogidas moderna-

mente en la Península (CORTÉS, II, núms. 143-148; ESPINOSA, núms. 218, 219; *Cuentos gaditanos*, núm. 34; AMADES, núm. 517; *Contos de Lugo*, núm. 15). La frase «Quítate, peña, que te parto», aparece, con variantes, en menor cantidad de versiones (sola en AMPUDIA, núm. 172, y ESPINOSA, núm. 220; combinada con «Si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo», en CORTÉS, II, núm. 147; ESPINOSA, núm. 219, y *Cuentos gaditanos*, núm. 34).

7

T 106: *Interpretación del canto de las aves*

Pocos cuentos de éstos se han reunido en las colecciones folklóricas ibéricas e iberoamericanas modernas, sin duda porque resulta difícil trazar en estos casos una frontera clara entre la frase proverbial y el cuento propiamente dicho (véase con todo FERNÁN CABALLERO, *Refranero*, pp 437-453, y BRAGA, núm. 205). En cambio abundan los ejemplos de interpretación del canto de las aves en el *Vocabulario de refranes* de Correas (pp. 153a, 341a, 359b, 375b, 452b, 469b, 472b, 482a, 486b, 492b, 576a, 589b, 666a, 716a).

8

T 41: *El animal que ha engordado no consigue salir del granero*

T 112: *El ratón de la corte y el del campo*

T 41

Versión andaluza:

ESPINOSA, núm. 205.

Versión portuguesa:

BRAGA, núm. 247.

Versión brasileña:

CASCUDO, I, p. 250.

Versiones literarias:

Espéculo de los legos, núm. 11; LOPE DE VEGA, *Santiago el Verde*, I, *Acad. N.*, XIII, pp. 543b-544a.

T 112

Versión andaluza:

FERNÁN CABALLERO, *Apólogos*, VII.

Versiones españolas de América:

Zona A: MILLER, núm. 63; RAEL, núms. 407-409.

Versión catalana:

AMADES, núm. 342.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 33.

Versiones literarias:

Libro de Buen Amor, 1369-1383, *Libro de los gatos*, núm. 11; ESOPHO, I, 12; BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, *Rimas*, I, pp. 125-127; SEBASTIÁN MEY, *Fabulario*, núm. 35; FRANCISCO SANTOS, *Periquillo el de las gallineras*, *N.P.*, p. 1882; SAMANIEGO, I, 8.

La versión de T 112 que ofrece nuestro cuento vallisoletano es particularmente interesante por contribuir a aclarar la doble filiación, erudita y folklórica, de las fábulas que refieren las dichas y desdichas del ratón del campo.

Los textos más famosos de dicha fábula se pueden repartir en dos grupos distintos. Forman el primero las fábulas

que se derivan, directa o indirectamente, de la *Sátira*, II, 6, de Horacio: la de Bartolomé Leonardo de Argensola en su *Epístola a don Francisco de Eraso*, la de la Fontaine (I, 9), y la de Samaniego (I, 8). Se caracterizan estos textos por faltar en ellos el gato: los que perturban el festín de los ratones son ruidos en la puerta (Horacio, Argensola, La Fontaine), el ladrar de unos perros (Horacio, Argensola) o la llegada de la despensera (Samaniego). Tal ausencia no ha de sorprender, puesto que el gato doméstico, como es sabido, fue animal poco común en el antiguo Occidente.

En las versiones medievales suele aparecer el gato, o por lo menos la sombra suya. En la historia de *El mur de Guadalajara y el de Monferrado* la señora de la casa es quien turba la fiesta, escapa velozmente el mur de Guadalajara que encuentra su acostumbrado agujero, con más dificultad consigue escapar el ratón de Monferrado que no conoce la disposición de la casa, y concluye el animalito observando que, de llegar el gato, lo hubiera pasado mal. Idéntico desarrollo ofrece el texto del Esopo español (I, 12). En el *Libro de los gatos* (núm. 11) interviene, en efecto, el gato, y el ratón del campo a duras penas consigue escapar. En cuanto a la fábula de Sebastián Mey, sigue el texto del Esopo, enriqueciéndole con detalles concretos y pintorescos, en especial la espantosa aparición de «un gatazo rojo».

Frente a estos dos grupos, que ambos proceden de fuentes eruditas, destaca claramente un cuento folklórico de transmisión oral que ya apuntó el maestro Correas en su *Vocabulario de refranes* (p. 540b):

Más vale comer grama y abrojo que tener capirote sobre el ojo

Un ratón de una despensa convidó a otro, campesino, que se viniese con él a hartar de buenas comidas. Hízolo así, y estando ambos comiendo entró el gato, y el ratón de casa, como sabía bien su guarida, escondióse presto; el campesino tardó más, y se vio en peligro, y el gato le alcanzó un rasguño sobre el ojo, que fue menester ponerse un pegote. Otra vez

después le volvió a convidar, y él, escarmentado de la primera, respondió las palabras del refrán.

Versión muy parecida es la que desarrolla Francisco Santos en *Periquillo el de las gallineras*, concluyendo con un refrán gemelo del que trae Correas: «Más quiero comer cardos y abrojos que caperuzas sobre los ojos.»

El mismo cuento recogieron Fernán Caballero en el siglo XIX —con un refrán exactamente parecido al de Correas— y Rael en el siglo XX (las formas del refrán recogidas en tierras americanas son, respectivamente: «Vale más entre espinas y abrojos que no con capillaje en los ojos», «Vale más estar entre espinos y abrojos que con tapojos en los ojos», «Vale más entre espinas y abrojos que con capiruzas en los ojos»). Nuestra versión vallisoletana, que confirma la existencia del cuento en tierras españolas, presenta la variante: «Mejor quiero comer pajas de rastrojo que no verme con el pellejo encima los ojos.»

9

T 154: *El labrador engaña a la zorra*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núms. 171, 176; ESPINOSA, núm. 222; *Nueve cuentos*, pp. 231-233.

León: CORTÉS, I, núm. 57; *Veinte cuentos*, núm. 8.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, HIJO, núm. 68.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 33-34.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 370.

Zona C: WHEELER, núm. 195.

Zona E: CHERTUDI, I, núms. 1, 7; CHERTUDI, II, núm. 20.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 271, 323.

Versiones gallegas:

Contos de Lugo, núm. 24; PRIETO, núm. 74.

Sobre la queja de la desgraciada zorra —«Ayudadme, zancas, que en este mundo todas son trampas»—, fórmula que repiten, con alguna que otra variante, muchas versiones peninsulares de nuestro cuento (AMPUDIA, núms. 171, 176; ESPINOSA, núm. 222; *Nueve cuentos*, pp. 231-233; *Veinte cuentos*, núm. 8; AMADES, núm. 271; *Contos de Lugo*, núm. 24), y fórmula que sale con frecuencia en otros cuentos de zorras, véase Luis Cortés. I, pp. 166-167.

10

T 175: *El muñeco de brea*

T 326: *Juan sin Miedo*

T 175

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 189.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 35;

ESPINOSA, HIJO, núm. 9.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 315-316.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 101; *New - Mexican Folklore*, núm. 7; RAEL, núms. 373, 374.

Zona B: ANDRADE, núms. 156-159; MASON, I, núm. 21; MASON, IV, núms. 1-3, 5, 9, 13, 15, 17, 21.

Zona C: BOAS, I, núm. 1, y II, p. 239; RECINOS, núm. 1; RIERA PINILLA, núm. 38; WHEELER, núm. 225.

Zona D: ANÍBARRO, núms. 6, 45; CARVALTHO. NETO, núm. 18.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 27; CHERTUDI, II, núm. 21.

Zona F: LAVAL, I, núm. 19; PINO SAAVEDRA, núms. 92, 229, 241, 242.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 122.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 132; VASCONCELLOS, núms. 640, 651.

Versiones brasileñas:

CASCUDO, I, pp. 262-263; GOMES, I, pp. 82-84; GOMES, II, pp. 115-117; ROMERO, III, núm. 1.

T 326

Versiones españolas peninsulares:

Santander: ESPINOSA, núm. 138.

León: CORTÉS, II, núms. 44-46.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 136; ESPINOSA, HIJO, núm. 9.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núm. 137.

Aragón: SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 78.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 18; *New - Mexican Folklore*, núm. 10; RAEL, núms. 176, 177, 276, 478.

Zona B: ANDRADE, núms. 204, 260.

Zona C: *Folktales of the Tepecanos*, núm. 14; WHEELER, núms. 37, 99.

Zona D: ANÍBARRO, núm. 45.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núm. 264.

Versión catalana:

AMADES, núm. 95.

Versiones gallegas:

PRIETO, núms. 12, 13.

Versiones portuguesas:

COELHO, núm. 37; VASCONCELLOS, núms. 251, 293.

Nuestra versión del cuento reúne elementos de T 326 — pocos elementos, dado que pronto corta la carrera del héroe la treta engañosa del hombre de pez— y de T 175, *El muñeco de brea*, amalgama frecuente en la tradición folklórica.

Juan sin Miedo es, sin ninguna duda, cuento antiguo en España. Un episodio suyo, en el cual el héroe, encerrado en un tenebroso castillo, ve caer por la chimenea miembros de un cuerpo que se van ensamblando para formar tremendo gigante, fue anejado en fecha remota a la leyenda genealógica de la familia de los marqueses de Astorga, debido a lo cual lo traen Pedro de Gracia Dei, *Armas y blasones de los linajes de España*, y Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*. Dicho episodio surge, en forma de alusiones fugaces, en varias comedias de Lope de Vega —*La prueba de los amigos*, *Los Porceles de Murcia*, *Quien ama no haga fieros*—, así como en versos de Quevedo y Luis Martín de la Plaza (véase S. Griswold Morley, «Dos notitas sobre Lope de Vega», *N.R.F.H.*, XV, 1969, pp. 193-194; Juan Bautista Avallé Arce, «Un problema resuelto: los cuartos de Osorio», *N.R.F.H.*, XVIII, 1965-1966, pp. 166-169; Maxime Chevalier, «De los cuentos asturianos del siglo XX al folklore del Siglo de Oro», *Anuario de Letras*, XV, 1977, pp. 315-318).

En cuanto a T 175, *El muñeco de brea*, podemos sospechar que circulara ya en la España del Siglo de Oro. Parece en efecto legítimo percibir un eco de dicho cuento en un fragmento del *Quijote* apócrifo, fragmento en el cual Sancho, desafiado por un escudero negro que le infunde un miedo cervical, imagina cómo podría aventajarse a su adversario («Clásicos castellanos», núm. 176, pp. 139-140):

Pienso ir prevenido a la pelea llevando en la mano zurda una gran bola de pez blanda de zapatero, para cuando el negro me vaya a dar algún gran mojicón en

las narices, reparar el golpe en dicha bola. Pues es cierto que dando él el golpe en ella, con la furia que le dará, se le quedará la mano pegada de manera que no la pueda desasir; y así, viéndole yo con la mano derecha menos y que no se puede aprovechar de ella, le daré a mi salvo tantos y tan fieros mojicones en las narices, que de negras se las volveré coloradas a pura sangre.

11

T 330: *El herrero engaña al demonio*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: CABAL, pp. 101-107.

León: CORTÉS, I, núm. 40.

Aragón: NOGUÉS (*Folklore aragonés*, I, pp. 210-211).

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 285, 287.

Zona B: MASON, II, núm. 21 (p. 285).

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 42; CHERTUDI, II, núm. 44.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núms. 32, 33.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 4.

Unicamente apunto las versiones de T 330, en las cuales el herrero engaña al demonio, excluyendo, por una parte, los cuentos en los cuales el herrero burla de la Muerte, y, por otra parte, las versiones en las cuales el caritativo Juan Soldado burla el demonio (o la Muerte).

Esta preciosa versión corresponde a un tipo castellano definido por Aurelio M. Espinosa (III, p. 147). Obsérvese que empieza con un pacto concluido entre el herrero y los demonios (T 330, I), motivo que se da con muy poca frecuencia en las versiones ibéricas e iberoamericanas de T 330. El motivo divertido de los demonios apedreados por los chicos

del pueblo también aparece en una versión recogida en Lubán (CORTÉS, I, núm. 40).

12

T 366: *La asadura del difunto*

Versiones españolas peninsulares:

Castilla la Vieja: ESPINOSA, hijo, núm. 58.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núm. 160.

Versiones españolas de América:

Zona B: MASON, VI, núm. 108.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 43.

Versión catalana:

AMADES, núm. 23.

Versión portuguesa:

OLIVEIRA, núm. 79.

Esta versión es la más completa de las que se recogieron en la Península y en América.

13

T 503: *Los dos jorobados*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: CABAL, *Mitología*, pp. 267-268.

Aragón: «Zeta» (*Folklore aragonés*, I, p. 158); SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 70.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 255, 256.

Zona D: ANÍBARRO, núm. 31.

Zona F: LAVAL, I, núm. 25; PINO SAAVEDRA, núm. 252.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 101.

Versión portuguesa:

BRAGA, núm. 82.

Versión literaria:

PÍO BAROJA, *Con la pluma y con el sable*, O.C., III, pp. 411b-412a.

El recitante se equivocó evidentemente al referir este cuento. La canción que oye el primer cheposo se limita a:

Lunes y martes, miércoles, tres,
a lo cual añade él:

Jueves y viernes, sábado, seis.

Al oír tan feliz hallazgo, las brujas encantadas le quitan la chepa.

14

T 555: *El pescador y su mujer*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 58.

León: CORTÉS, II, núms. 77, 78.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 188-190.

Versiones españolas de América:

Zona B: MASON, III, núm. 13.

Zona D: ANIBARRO, núm. 39.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 74, 166, 167; SERRA I BOLDÚ, pp. 128-131.

Versión portuguesa:

VASCONCELLOS, núm. 301.

Versión literaria:

JOSÉ DONCEL Y ORDAZ, *Fábulas en verso castellano*, Madrid, 1877, fábula 40.

15

T 563: *La mesa, el burro y la porra*

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, I, núm. 41; CORTÉS, II, núms. 87, 88; *Veinte cuentos*, núm. 18.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, hijo, núm. 49.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 237-238.

Andalucía: FERNÁN CABALLERO, *Cuentos*, II, pp. 88b-90.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 38; RAEL, núms. 217, 219.

Zona B: ANDRADE, núms. 140-143; MASON, I, núm. 57; MASON, III, núm. 21 (p. 287).

Zona C: WHEELER, núms. 42, 123, 129, 182.

Zona D: CARVALHO-NETO, núms. 33, 34, 40; ANÍBARRO, núm. 41.

Zona F: LAVAL, III, núm. 24.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 36, 86; FERRER GINART, pp. 1-10.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 7.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 36; BRAGA, núm. 49; COELHO, núm. 24; OLIVEIRA, núm. 11.

Versión brasileña:

ROMERO, I, núm. 41.

Los objetos de virtudes maravillosas que recibe el héroe de este cuento son en más de una ocasión regalos de un santo (San Pedro, alguna vez San José). En estos casos suele el héroe llegar hasta el paraíso trepando por las ramas de una planta maravillosa que crece hasta el cielo (T 1960 G, véanse las versiones de CORTÉS. II, LAVAL. III, FERRER GINART y AMADES, núm. 86). Nuestra versión vallisoletana es la única entre las que conozco en que el niño bueno gana la mesa, el burro y la porra después de tomar «el camino del cielo».

16

T 700: *Pulgarcito*

Versiones españolas:

Santander: ESPINOSA, núm. 159.

León: CORTÉS, II, núm. 102.

Aragón: SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 57.

Extremadura: *Cuentos*. III, pp. 92-93; CURIEL MERCHÁN, pp. 252-254.

Andalucía: ESPINOSA, núm. 158.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 342.

Zona B: ANDRADE, núm. 206; MASON. III, núm. 19.

Zona C: RIERA PINILLA, núm. 65.

Zona E: CHERTUDI, II, núms. 58, 59.

Zona F: LAVAL. I, núm. 11; PINO SAAVEDRA, núm. 92.

Versión catalana:

FERRER GINART, pp. 103-110.

Versiones portuguesas:

BRAGA, núm. 94; COELHO, núm. 33; OLIVEIRA, núm. 94; VASCONCELLOS, núm. 328.

Como es lógico, nuestro cuento poco tiene que ver con el cuento de Perrault que lleva el mismo título: sabido es que el *Pulgarcito* de Perrault es esencialmente arreglo de T 327 B, *Los niños abandonados en el bosque*.

El héroe de nuestra versión vallisoletana lleva un nombre tomado del reino vegetal, según tradición firmemente arraigada en la Península: compárese «María como un ajo» (ESPINOSA, núm. 159); «Cominito» (CURIEL MERCHÁN); «En Cigronet» (AMADES, núm. 54); «En Senabret» (AMADES, núm. 232); «Grão de Milho» (COELHO, VASCONCELLOS).

17

T 720: *Mi madre me mató; mi padre me comió*

Versiones españolas peninsulares:

Aragón: *Cuentos*. IV, pp. 286-288; ESPINOSA, núm. 152.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 24-28, 126-129.

Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núm. 10; FERNÁN CABALLERO, *Cuentos*, I, p. 227 b; *El folklore andaluz*, pp. 105-111.

Versión americana:

ANIBARRO, núm. 50.

Versión catalana:

AMADES, núm. 35.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 205.

Versiones portuguesas:

VASCONCELLOS, núms. 274, 275.

El cuento T 720 suele presentarse en la forma siguiente: la madrastra mata al niño, guisa su carne y la da de comer a

su padre. Recoge la hermanita los huesecitos del inocente y los entierra. Renace el niño en forma de avecilla (o de árbol), dándose a conocer a su padre y su hermanita, y matando a la madrastra (véase la excelente versión de *Cuentos gaditanos*).

Curiosamente falta en nuestra versión el episodio fundamental de la muerte del niño: únicamente la recuerda el detalle de los *huesecitos*, de los cuales ha de nacer el árbol maravilloso. La primera parte del cuento —las andanzas de las tres niñas— es exactamente parecida a la parte correspondiente de la versión aragonesa recogida por Espinosa.

Este cuento, muy difundido en Europa, apenas si asoma alguna vez en tierras americanas: la versión boliviana recogida por Delina Aníbarro ofrece, pues, extraordinario interés.

18

T 756 B: *El contrato del diablo*

Versión leonesa:

CORTÉS, II, núm. 73.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 97.

Zona B: ANDRADE, núm. 117.

Zona C: WHEELER, núms. 47, 53.

Zona D: ANÍBARRO, núm. 51.

Zona E: CHERTUDI, II, núm. 61.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núms. 102, 264.

Versión catalana:

AMADES, núm. 221.

Numerosos son los cuentos en que un padre, o una madre, promete al demonio un hijo nacido o por nacer. El relato reviste, en el área ibérica por lo menos, dos formas fundamentales:

a) Una casada, desesperada por no tener hijos, ruega que le nazca un hijo, aunque sea hijo del diablo (ejemplo: AMADES, núm. 221).

b) Con más frecuencia un pobre firma contrato con el demonio, prometiéndole en cambio de enorme cantidad de dinero darle su hijo por nacer (ejemplo: RAEL, núm. 97) o el ser que primero le salga al paso cuando regrese a casa, y que resulta ser su hijo o hija (ejemplos: ANDRADE, núm. 17; WHEELER, núms. 47, 53).

En los cuentos de la forma b) el hijo prometido al demonio suele rescatar gracias a unas ayudas sobrenaturales el contrato firmado por su padre (ejemplos: RAEL, núm. 97; WHEELER, núms. 47, 53; ANÍBARRO, núm. 51). Dichos cuentos pertenecen, sin ninguna duda, al tipo 756 B.

Otras versiones de este cuento distan mucho de ser tan claras: véase, por ejemplo, *El hijo del diablo* (CORTÉS, II, núm. 73). Nuestro cuento vallisoletano es una de estas versiones sorprendentes: resulta muy original tanto en el motivo de la condena que pesa sobre los hermanitos como en la graciosa metamorfosis final que les permite escapar a los demonios. A pesar de tan marcada originalidad, pienso que pertenece el cuento al tipo 756 B.

19

T 780: *Los huesos que cantan*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: CABAL, pp. 45-48.

León: CORTÉS, II, núm. 74.

Levante: *Cuentos*. II, pp. 724-726; FERNÁN CABALLERO, *Cuentos*. I, pp. 205b-206a.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 184-187, 267-269.

Andalucía: *B.T.P.E.*, I, pp. 196-199; FERNÁN CABALLERO, *Lágrimas*, B.A.E., 137, pp. 120-121a.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 44; RAEL, núms. 91, 92.

- Zona B: ANDRADE, núms. 41, 42; MASON, III, núm. 5.
 Zona C: RIERA PINILLA, núms. 43, 44.
 Zona D: ANÍBARRO, núm. 37.
 Zona F: PINO SAAVEDRA, núms. 14, 104.

Versión catalana:

AMADES, núm. 85.

Versiones portuguesas:

BRAGA, núm. 54; OLIVEIRA, núm. 211; VASCONCELLOS, núms. 570-572.

Versiones literarias:

VÍCTOR BALAGUER, *Un cuento de hadas, Novelas*, II, Madrid, 1892, pp. 229-259; PÍO BAROJA, *Familia, infancia y juventud*, O.C., VII, p. 539b.

20

T 780: *Los huesos que cantan*

Es versión abreviada de nuestro cuento núm. 19.

21

T 921: *El zagal astuto*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: CABAL, pp. 119-123.

Santander: ESPINOSA, núm. 15.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, hijo, núm. 10.

Aragón: «Zeta» (*Folklore aragonés*, I, p. 160); SÁNCHEZ PÉREZ, núms. 14, 21.

Andalucía: *Chascarrillos andaluces*, p. 30; *10.700 refranes más*, p. 315a.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 17, 461.

Zona B: ANDRADE, núm. 274; ARELLANO, núm. 109; MASON, I, núm. 66; MASON, II, núm. 47; MASON, VI, núms. 76, 91.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 58.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 370, 401.

Versión portuguesa:

VASCONCELLOS, núm. 173.

Versión brasileña:

CASCUDO, I, pp. 297-299.

Aurelio M. Espinosa definió T 921 en la forma siguiente: «Un rey u otro caballero principal yendo de caza o en otro negocio se encuentra por casualidad con un muchacho en una pobre casa y le hace varias preguntas con respecto a lo que hacen él, sus padres y sus hermanos, y a todas las preguntas contesta el muchacho ingeniosamente con respuestas enigmáticas, confundiendo al rey y explicando fácilmente los significados de sus respuestas». (*Cuentos populares españoles*, II, p. 144). Ejemplo de las aludidas preguntas y respuestas: «¿Qué hace tu madre? —Amasa el pan que comimos la semana pasada.» (Explicación: «La semana pasada comimos pan que pedimos y ahora amasa mi madre para pagarlo».)

Definido de manera estricta, el cuento aparece con muy poca frecuencia en la tradición ibérica e iberoamericana: no conozco más que una versión española peninsular del mismo, la que recogió el propio Aurelio M. Espinosa.

A esta forma perfecta del cuento pienso que podemos añadir sin inconveniente unas formas afines. Representa la primera el diálogo entre el cura y el muchacho, diálogo en el cual se oponen conocimientos en materia de doctrina cristiana y en materia de ganadería («¿Cuántos dientes tiene un chivo?»), diálogo que aparece en nuestra versión valliso-

tana, lo mismo que en las versiones recogidas por Aurelio M. Espinosa, hijo, y Francisco Rodríguez Marín.

La segunda forma, mucho más corriente, se puede caracterizar como diálogo en equívocos. Sin pretender agotar la materia, señalemos que algunos equívocos salen con cierta frecuencia en dichos diálogos:

—¿A dónde va este camino? —Se está quieto. (SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 21; *Chascarrillos andaluces*, p. 30; MASON, I, núm. 66; MASON, VI, núm. 91.)

—¿Cómo te llamas? —No me llamo, me llaman los demás. (SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 21, *Chascarrillos andaluces*, p. 30; MASON, VI, núm. 91.)

—¿De dónde eres, pelón? De la cabeza, señor. (RAEL, núm. 461; MASON, II, núm. 47.)

Equívocos de venerable antigüedad, sin ninguna duda. El segundo ya sale en la jornada I de *Galán, valiente y discreto*, comedia de Mira de Amescua (B.A.E., 45, p. 23b):

DUQUESA

¿Cómo te llamas?

FLORES

¿Quién vio

tan necia pregunta, di?

Otros me llaman a mí,

que no he de llamarme yo.

Y en el auto de Calderón *¿Quién hallará mujer fuerte?* (Calderón, *Obras*, III, *Autos sacramentales*, Aguilar, 1967, p. 668b):

SISARA

¿Cómo te llamas?

MORFUZ

Yo nunca

me llamo a mí, otros me llaman.

Aún más elocuente al respecto resulta el diálogo chistoso que sostiene «un muchacho medio rapado» con un oidor en la *Vida del escudero Marcos de Obregón* («Clásicos Castellana», núm. 46, pp. 215-216), diálogo en equívocos («¿Qué

camino llevas? El camino me lleva a mí», etc.), que tanto regocija al buen escudero y a sus compañeros de viaje.

22

T 952: *El rey y el soldado*

Versión extremeña:

CURIEL MERCHÁN, pp. 307-309.

Versión catalana:

AMADES, núm. 375.

Es cuento que muy pocas veces aparece en la tradición ibérica.

23

T 1000: *El pacto entre amo y criado. La tira de piel*

T 1004: *Los puercos atascados*

T 1029: *La mujer cuclillo*

T 1000

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: B.T.P.E., IV, pp. 139-149.

Asturias: AMPUDIA, núm. 44; *Nueve cuentos*, pp. 234-238.

Santander: ESPINOSA, núm. 166.

León: ESPINOSA, hijo, núm. 27.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 165.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núms. 163, 167.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 106-108.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 52; *New-Mexican Folklore*, núm. 13, II; RAEL, núms. 273, 275.

Zona B: ANDRADE, núms. 23, 29-31; ARELLANO, núms. 90, 121; FEIJOO, I, pp. 55-58; MASON, I, núms. 46, 78-83.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 64.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núms. 160, 161.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 2, 402.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 58.

Versiones portuguesas:

PEDROSO, núm. 24; VASCONCELLOS, núm. 409.

Versión brasileña:

CASCUDO, I, pp. 218-224.

T 1004

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: *B.T.P.E.*, IV, pp. 139-149.

Asturias: AMPUDIA, núm. 44; CABAL, pp. 174-181; *Nueve cuentos*, pp. 234-238.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 165.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núm. 163.

Versiones españolas de América:

Zona A: MILLER, núm. 81; *New - Mexican Folklore*, núm. 13, IV; núm. 14, I; RAEL, núm. 284.

Zona B: MASON, I, núms. 16, 32.

Zona C: RECINOS, núms. 3a, 3c; WHEELER, núms. 148-150.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 64; CHERTUDI, II, núm. 75.

Zona F: LAVAL, II, núm. 12; PINO SAAVEDRA, núms. 163, 164, 194.

Versión catalana:

AMADES, núm. 2.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 75.

Versiones portuguesas:

BRAGA, núm. 77; OLIVEIRA, núm. 377.

Versiones brasileñas:

CASCUDO, I, pp. 218-224; GOMES, I, pp. 70-71, 71-72;
GOMES, III, pp. 86-87.

T 1029

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: *B.T.P.E.*, IV, pp. 139-149.

Asturias: CABAL, pp. 174-181.

Santander: ESPINOSA, núm. 166.

León: ESPINOSA, hijo, núm. 27.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 165.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núm. 163.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 106-108.

Versiones españolas de América:

Zona B: ARELLANO, núm. 90; MASON, I, núms. 81, 82.

Versión catalana:

AMADES, núm. 2.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 58.

Versión portuguesa:

VASCONCELLOS, núm. 409.

Versión brasileña:

CASCUDO, I, pp. 218-224.

Nuestra versión, algo elíptica en ocasiones, corresponde a un cuento extensamente difundido en el área ibérica e iberoamericana. El cuento es, esquemáticamente, como sigue:

Un pobre tiene dos hijos. El mayor va a servir a casa de un amo que concluye con él un contrato, según el cual al primero de los dos que se enfada le ha de sacar el otro una tira de piel del espinazo. El muchacho, maltratado por su amo, pronto se enfada. El amo le saca una tira de piel y le despide.

El hijo menor entra a servir al mismo amo con las mismas condiciones. No se enfada nunca, pero destruye la hacienda del amo. En particular vende los cerdos, quedándose con las colas. Dispone artísticamente dichas colas en un cenagal, afirmando que los cerdos se han hundido en él. El amo, como era de esperar, únicamente consigue rescatar las colas.

Desesperado, el amo decide librarse de tal pícaro. Habiendo de durar el contrato de trabajo hasta la primavera, se ponen de acuerdo el amo y su mujer para que ella se suba a un árbol e imite el canto del cuculillo. El criado finge querer matar al cuculillo, y mata a la mujer del amo.

24

T 1088: *La contienda entre el pícaro y el gigante. A quién corre más*

T 1122: *El pícaro mata a la mujer (o a la madre) del gigante*

T 1088

Versiones españolas peninsulares:

Galicia: *B.T.P.E.*, IV, pp. 139-149.

León: ESPINOSA, núm. 195; ESPINOSA, hijo, núm. 27.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 194.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 112-115.

Versiones españolas de América:

Zona B: MASON, I, núms. 78, 83, 90; MASON, II, núm. 40.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núm. 166.

Versión catalana:

AMADES, núm. 2.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 76.

Versiones portuguesas:

BRAGA, núm. 77; OLIVEIRA, núm. 377.

Versiones brasileñas:

GOMES, I, p. 70; GOMES, III, p. 85.

Nuestro cuento reúne varias tretas del pícaro que desafía al gigante (o al ogro, o al demonio). La más frecuente en la tradición ibérica es la última que presenta el texto: el pícaro desafía al gigante a ver quién corre más, finge abrirse la barriga para alcanzar mayor velocidad; el gigante se abre la panza y muere (T 1088).

No conozco otro ejemplo de la primera, en que el pícaro se las arregla para que el gigante no pueda entrar en el bosque. Igualmente original parece ser la muerte de la vieja, que corresponde a T 1122, *La mujer del ogro matada por varias tretas*; en la tradición ibérica suele perecer la mujer del ogro (o del gigante, o del diablo) anegada (T 1120) o quemada en su propio horno (T 1121).

25

T 1309: *Escogiendo las frutas limpias*

No he leído este cuento en ninguna de las colecciones ibéricas e iberoamericanas que he podido consultar. Posiblemente sea ésta la primera versión de T 1309 que aparezca en el área ibérica.

26

T 1358: *El pícaro sorprende a la adúltera y su amante*

Versión de Castilla la Vieja:

ESPINOSA, hijo, núm. 26.

Versiones españolas de América:

Zona B: ANDRADE, núms. 15, 135; MASON, II, núm. 4 b.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núm. 180.

Versión catalana:

AMADES, núm. 356.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núms. 184, 315; VASCONCELLOS, núm. 252.

Buena parte de los cuentos de casadas infieles y clérigos enamorados corresponden a unos tipos exactamente definidos: T 1358 A, *El cura sorprendido tiene que jugar el papel del demonio*; T 1360 C, *Los chirlosmirlos*; T 1730, *Los pretendientes corridos*. Otros resultan de clasificación más difícil, por no presentar motivos narrativos tan concretos como los anteriores (obsérvese además que la frontera que separa T 1358 y T 1535, III, es frecuentemente indecisa). Es el caso del presente cuento, que me parece, sin embargo, pertenecer al tipo 1358.

27

T 1359: *El marido sorprende y castiga al amante*

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, II, núm. 49.

Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núms. 37, 39.

Versión chilena:

PINO SAAVEDRA, núm. 216.

Versión portuguesa:

BRAGA, núm. 116.

Véanse más versiones bajo el núm. 28, que corresponde a una forma particular de T 1359.

28

T 1359: *El fraile (o el cura) condenado a moler*

T 1730: *Los pretendientes corridos*

T 1359

Versiones de Castilla la Vieja:

ALONSO CORTÉS, pp. 241-242; *Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid. Romances tradicionales*, núm. 35.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 31; OLIVEIRA, núm. 328; VASCONCELLOS, núm. 366.

Versión brasileña:

ROMERO, III, núm. 10.

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: ESPINOSA, núm. 32.

Castilla la Nueva: ESPINOSA, núm. 31.

Versión española de América (zona A):

RAEL, núm. 42.

Versiones portuguesas:

COELHO, núm. 67; VASCONCELLOS, núm. 350-353.

Versión brasileña:

ROMERO, III, núm. 10.

T 1730 presenta el relato siguiente: una casada honrada avisa a su marido de que la requiebran tres hombres, que suelen ser gente de iglesia (curas, frailes, sacristanes). De acuerdo con el marido, cita los tres pretendientes a distintas horas de la misma noche. Se desnuda el primero, y se esconde al llegar el segundo; se desnuda el segundo, y se esconde al llegar el tercero; se desnuda el tercero, y se esconde al llegar el marido. Este mata a los pretendientes, o les pega una paliza, o se queda con sus vestidos, y se come la cena que trajeron ellos.

El cuento es antiguo. Lo refiere el gracioso Monzón en *Del mal lo menos*, jornada II (Lope de Vega, *Obras, Acad. N.*, IV, pp. 464a-465a), subrayando el carácter tradicional del relato al empezarlo diciendo: «Erase que se era...»

En varias versiones peninsulares del cuento (VASCONCELLOS, núms. 350-353; véase también, más abajo, nuestro cuento núm. 42) el culo de uno de los pretendientes sirve de candelero al marido mientras cena, motivo éste que recoge nuestra versión valisoletana.

El meollo de nuestro cuento es la historia del cura (o fraile) condenado a moler trigo-o a machacar lino en una versión portuguesa (OLIVEIRA, núm. 328). Tal historia es va-

riante ibérica, particularmente interesante, de T1359. En la tradición oral española únicamente aparecía el relato, antes de que se recogiera nuestro cuento, en los versos del romance «El cura y la molinera» (sobre las versiones de este romance recogidas en España y Marruecos, véase el *Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid. Romances tradicionales*, I, pp. 211-213). Con más frecuencia salía el cuento en la tradición oral portuguesa. Que sepamos, nuestra versión es la primera versión en prosa que se recoge modernamente en el área de lengua española.

El cuento es antiguo en España, puesto que ya lo refiere Luis Zapata en su *Miscelánea* (núm. 252), y lo escenifica un entremés inédito del Siglo de Oro (*Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid. Romances tradicionales*, I, pp. 211-212). Opina Fernando de la Granja que dicho cuento es de origen árabe. («El castigo del galán. Origen árabe de un cuento de Luis Zapata», *Al-Andalus*, XXXIV, 1969, pp. 229-243.)

29

T 1360 C: *Los chirlosmirlos*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núms. 109, 110; TORNER, núm. 88.

Castilla la Nueva: RODRÍGUEZ MARÍN, *En un lugar de la Mancha*, pp. 110-113.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 80.

Zona B: FEIJOO, II, pp. 103-105.

Zona C: RIERA PINILLA, núm. 49.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 79.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 42.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 17; OLIVEIRA, núm. 148; VASCONCELLOS, núms. 363, 364.

El cuento vive desde hace siglos en España, puesto que ya lo refiere Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 553b):

*Mi marido fue a la mar, chirlosmirlos fue a buscar,
para mí que no tengo mal; echad y bebamos*

Fingióse mala, y que no podía sanar sino con los chirlosmirlos de la mar, y persuadió al marido que fuese por ellos para tener ella tiempo de admitir al cura, y al mejor cenar y beber el marido dio sobre ellos.

El mismo cuento escenifica el entremés de *Los chirlosmirlos* (véase Cotarelo, *Colección de Entremeses...*, p. CXXIa).

30

T 1361: *El diluvio* [?]

Únicamente conozco dos versiones ibéricas de este cuento: la gallega de *Contos de Lugo*, núm. 103, y la americana de RAEL, núm. 45. La segunda coincide casi exactamente con nuestra versión vallisoletana.

El catálogo de Aarne-Thompson clasifica la versión de RAEL, núm. 45, bajo T 1361. Teniendo en cuenta las diferencias que existen entre el resumen de T 1361 que proporciona dicho catálogo, por una parte, la versión de Rael y la nuestra, por otra parte, me pregunto si no merecería nuestro cuento clasificación distinta.

31

El cura en la quesera

No clasificado por Aarne-Thompson

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 78; *New - Mexican Folklore*, núm. 46; RAEL, núm. 324.

32

El zapatero y el cura

No clasificado por Aarne-Thompson

Versión portuguesa:

VASCONCELLOS, núm. 360.

33

El milagro del vino cambiado en piedras

No clasificado por Aarne-Thompson

No faltan en la tradición española los cuentos y refranes sobre mujeres aficionadas al vino. Pero no recuerdo haber leído otra versión del presente cuento.

34

T 1535, II: *El pájaro (o el libro, o el saco) adivinador*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 67.

Santander: ESPINOSA, núm. 193.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, hijo, núm. 26.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 86-88.

Versiones españolas de América:

Zona B: ANDRADE, núms. 14, 15, 135; ARELLANO, núm. 111; MASON, I, núm. 35; MASON, II, núm. 4b.

Zona D: ANÍBARRO, núm. 68.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 73.

Versiones catalanas:

AMADES, núms. 356, 410.

Versión gallega:

PRIETO, núm. 9.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 184; VASCONCELLOS, núm. 252.

Versiones brasileñas:

CASCUDO, I, pp. 218-224; GOMES, I, pp. 64-68; GOMES, II, pp. 109-110; GOMES, III, pp. 80-83.

Este cuento puede ser episodio de T 1535, *El compadre rico y el compadre pobre*, alguna vez de T 1358A, *El cura escondido tiene que jugar el papel del demonio*. También se presenta aislado en la tradición ibérica e iberoamericana: es el caso que se da en nuestra versión vallisoletana. Ofrece ésta una conclusión original, que no he leído en ninguna de las versiones del cuento que conozco.

Sabido es que T 1358 A dio materia a varios entremeses del siglo XVIII: *La cueva de Salamanca*, de Cervantes; *El dragoncillo* (B.A.E., XIV, pp. 615-619); *El enredo más bizarro e historia verdadera* (Manoel Coelho Rebello, *Musa entretenida de varios entremeses*, Coimbra, 1658).

35

La matanza

No clasificado por Aarne-Thompson

Recuerda nuestro cuento vallisoletano el cuento núm. 61 de ESPINOSA, recogido en Granada, relato en el cual un pícaro finge ser pariente de unos honrados labriegos y se come el pollo que tenía guisado la mujer, y también el cuento núm. 15 de CARVALHO-NETO, en el cual Tío Manuel y Tío Juan se llevan el puerco de la casa.

Pertenecerán estos cuentos a un tipo emparentado con T 1540, *El estudiante del paraíso*, en el cual un pícaro engaña a una viuda ingenua, quien le entrega ropa y dineros destinados a su difunto marido, cuento aprovechado por Cer-

vantes en su comedia *Pedro de Urdemalas*, II-III, que alguna vez aparece en la tradición española (NOGUÉS, p. 139), y que mejor conserva la tradición americana (WHEELER, núm. 162; LAVAL, II, núm. 17; PINO SAAVEDRA, núm. 200) y con T 1541, *La salchicha para el mayo largo*, salchicha que se lleva el pícaro afirmando llamarse Mayolargo (CABAL, pp. 163-166; CHERTUDI, II, núm. 83; PINO SAAVEDRA, núm. 201; OLIVEIRA, núm. 149; VASCONCELLOS, núm. 470).

36

T 1545 A: *Aprendiendo a dormir en cama*

Nuestro cuento pertenece al tipo 1545. Entre los subtipos de T 1545, me parece corresponder más exactamente a T 1545 A.

Únicamente conozco en la tradición ibérica otra versión del mismo cuento, la versión cubana recogida por FEIJOO (I, p. 226). AMPUDIA, núm. 68; CABAL, pp. 214-215; ESPINOSA, hijo, núm. 19; ANDRADE, núm. 296; ANÍBARRO, núm. 70; PINO SAAVEDRA, núms. 202, 203, pertenecen a T 1545; PINO SAAVEDRA, núm. 204 a T 1545 B; PINO SAAVEDRA, núm. 206 a T 1545 A*.

37

T 1548: *La sopa de piedras*

Versiones portuguesas:

BRAGA, núm. 91; VASCONCELLOS, núm. 424.

Versiones literarias:

PEDRO GONZÁLEZ DE GODOY, *Discursos serio-jocoso sobre el Agua de la vida* (1682), «Bibliófilos Españoles», III, II, p. 116; FRANCISCO GREGORIO DE SALAS (siglo XVIII), B.A.E., 67, pp. 535b-536a; PEREDA, *Crónica local*, O.C. p. 17; LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ, *Los cuentos de Andalucía*, pp. 194-196; VENTURA GARCÍA CALDERÓN, *La sopa de piedras, Cuentos peruanos*, Aguilar, 1961, p. 164.

Representa este cuento un caso singular entre las narraciones folklóricas ibéricas e iberoamericanas. Demuestran varios indicios que pertenece a la tradición hispánica. Primero su antigüedad resulta innegable, puesto que ya lo apunta Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 243a):

No hay tal caldo como el zumo del guijarro

Entiende: el agua. Hay este cuento, que un pasajero no halló qué comer en un lugar, y salióse a un arroyo, y cogió unos guijarros limpios, y volvió a la posada, y dijo que él sabía guisar aquella fruta, que le diese una poca de manteca la güéspedes, y unos huevos, y así pidió otros aderezos, y hizo un caldo y guisado que a todos pareció y supo bien; y decían: —No hay tal caldo como el zumo del guijarro.

Segundo, las versiones literarias que poseemos de él a lo largo de tres siglos de historia, en España lo mismo que en el Perú, llevan a suponer que el cuento tuvo larga vida tradicional en el área de lengua española.

Por fin me indica Margit Frenk que el cuento sigue viviendo en la tradición oral mejicana; lo mismo me dice Verísimo de Melo de la tradición oral brasileña.

Pero hasta la fecha el cuento únicamente se ha recogido en Portugal. Dejando aparte esta notable excepción, no lo he leído en ninguna de las colecciones ibéricas e iberoamericanas que he podido consultar. Nuestra versión vallisoletana es posiblemente la única, en cualquier caso una de las muy pocas, que se ha recogido modernamente en el área de lengua española.

38

T 1567 D: *Dos huevos (o dos torreznos)*

Únicamente conozco otra versión de este cuento: la que publica CABAL. p 227.

Quien te conoció ciruelo, ¿cómo te tendrá devoción?

No clasificado por Aarne-Thompson

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, I, núms. 15, 44.

Castilla la Vieja: *Cuentos*, I, núm. 3.

Aragón: NOGUÉS, p. 40.

Andalucía: FERNÁN CABALLERO, *Cuentos*, II, p. 87b;
Cuentos gaditanos, núm. 21.

Más de 21.000 refranes, pp. 77b, 78b, 431b; 10.700 refranes más, p. 59b; 12.600 refranes más, pp. 290b, 308b; 6.666 refranes, p. 196a; RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos*, núms. 7461-7463; IRIBARREN, *El porqué de los dichos*, pp. 597-599.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núms. 57, 58.

Zona B: FEJOO, II, p. 146.

Versión portuguesa:

OLIVEIRA, núm. 81.

Versiones literarias:

GÓNGORA, *Letrillas atribuibles*; MILLÉ, núm. XL; LOPE DE VEGA, *El ejemplo de casadas*, II, B.A.E., 249, p. 49b; LÓPEZ DE UBEDA, *La pícara Justina*, IV, IV, N.P., p. 881a; HARTZENBUSCH, *Fábulas*, núm. 158; PÍO BAROJA, *Las noches del Buen Retiro*, O.C., VI, p. 709.

El cuento es indudablemente antiguo. Si bien lo ocultan Lope de Vega y Francisco López de Ubeda bajo prudentes ropajes mitológicos (estatua de Júpiter, estatua de Venus), el texto de la breve composición poética, a veces atribuida a Góngora, no deja lugar a dudas en cuanto a su procedencia tradicional:

*Tan ciruelo a San Fulano
le conocí, que a pesar
del barniz ha de sudar
gomas, que desmiente en vano.
Si ingrato ya al hortelano
árbol fue, ¿qué será bulto?
Ni público don ni oculto
santo me deberá tal,
que el que a la cultura mal,
peor responderá al culto.*

40

T 1654: *El real de las ánimas*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 80; CABAL, pp. 161-163.

Navarra: IRIBARREN, *Navarrerías*, pp. 137-141.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 174; ESPINOSA, hijo, núm. 1.

Aragón: SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 72.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 287-288.

Andalucía: *Cuentos gaditanos*, núm.s 25, 26.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 312.

Zona B: ANDRADE, núms. 270, 271; FEJOO, I, pp. 65-67.

Zona C: RIERA PINILLA, núm. 53.

Zona D: ANIBARRO, núm. 71; CARVALHO-NETO, núm. 4.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 89.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núm. 210.

Versiones catalanas:

AMADES, núm. 397; FERRER GINART, pp. 34-36.

Versiones gallegas:

Contos de Lugo, núm. 154; PRIETO, núm. 60.

Versiones portuguesas:

BARBOSA, núm. 22; BRAGA, núm. 86; VASCONCELLOS, núms. 602, 608-611.

41

T 1696: *El tonto en misa*

Versiones españolas peninsulares:

León: CORTÉS, II, núms. 53, 54.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núm. 184.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 361-367.

Versión española de América (Zona B):

MASON, I, núm. 25a.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 361; VASCONCELLOS, núm. 661.

La historia del tonto en misa aparece en varios cuentos de tontos. Pienso que la podemos considerar como perteneciendo a T 1696: *El tonto todo lo dice (o lo hace) al revés*.

42

T 1730: *Los pretendientes corridos*

Para las versiones ibéricas e iberoamericanas del cuento, véase más arriba nuestro núm. 28.

43

T 1735 A: *Las dos coplas*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 69.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 309-311.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 39.

Zona B: ANDRADE, núms. 287, 292.

Versiones portuguesas:

OLIVEIRA, núm. 29 [variante]; VASCONCELLOS, núm. 370.

Es aportación interesante nuestra versión vallisoletana, puesto que son pocas las versiones de T 1735 A recogidas en el área ibérica e iberoamericana.

44

T 1781: *El cura denuncia a las adúlteras*

Únicamente conozco otra versión de esta variante rústica de *El curioso impertinente*, la versión andaluza que recogió FERNÁN CABALLERO (*Cuentos*, II, pp. 119b-120a).

45

T 1804: *Con la intención basta*

Versión navarra:

IRIBARREN, *Batiburrillo navarro*, pp. 216-217.

Versión cubana:

Véase HANSEN, 1800**.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 169.

El cuento es antiguo en la tradición española, puesto que ya lo trae Cristóbal de Villalón en *El Scholástico* (IV, 17, «Clásicos Hispánicos», II, XIV, C.S.I.C., p. 227), a pesar de lo cual son muy pocas las versiones del mismo que se han recogido en la época moderna.

46

El cura y el volatinero
No clasificado por Aarne-Thompson

Es cuento de confesión original.

47

T 1825: *El sermón que no concluye*

Unicamente conozco otra versión de este cuento, la versión portuguesa recogida por VASCONCELLOS, núm. 418. Me parece que pertenece a T 1825.

48

T 1827 A: *Cae la baraja de la manga del predicador*

No conozco otra versión ibérica del cuento. Pertenecerá, aunque algo distinto, a T 1827 A.

49

T 1829: *Habla la imagen*

Aparece un cuento muy comparable en la tradición portuguesa (COELHO, núm. 71). Ambos cuentos pertenecerán a T 1829.

50

T 1829 B*: *San Nicodemus*

Versiones aragonesas:

ESPINOSA, núm. 42; SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 44.

Versiones españolas de América:

Zona A: *Folktales from New Mexico*, núm. 79.

Zona D: ANÍBARRO, núm. 63.

51

T 1831: *Dialogan en misa el cura y el sacristán*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núms. 154, 155; CABAL, p. 221.

León: CORTÉS, II, núms. 6-8; ESPINOSA, hijo, núm. 18.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 422.

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 90.

Versión catalana:

SERRA I BOLDÚ, pp. 110-111.

Versión gallega:

Contos de Lugo, núm. 108.

Versiones portuguesas:

COELHO, núm. 54; VASCONCELLOS, núm. 394.

Es cuento chistoso de enorme difusión en los países de religión católica. Las versiones que se han recogido representan sin duda poca cosa frente a la cantidad de las mismas que debieron —o deben— circular.

52

Las palabras latinas mal entendidas

No clasificado por Aarne-Thompson

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 151.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 236-237.

53

El cura y el piojo

No clasificado por Aarne-Thompson

No conozco otra versión de este cuento.

54

El sacristán y las monjas

No clasificado por Aarne-Thompson

No conozco otra versión de este cuento.

55

El sastre y las lentejas

No clasificado por Aarne-Thompson

Otra versión de este cuento aparece en Galicia (PRIETO, núm. 49).

56

La imagen de Cristo y la elección del alcalde

No clasificado por Aarne-Thompson

El truco del cordel no es propio de nuestro relato. Aparece en un cuento que ya refiere Josef de la Vega (*Confusión de confusiones. Diálogos curiosos entre un filósofo agudo, un mercader discreto y un accionista erudito*, 1688, ed. facsímil, Madrid, 1958, p. 81), y que igualmente recogen AMADES, núm. 519; RODRÍGUEZ MARÍN *Más de 21.000 refranes*, p. 353, y J. M. IRIBARREN. *El porqué de los dichos*, p. 190. Véase la versión de J. M. IRIBARREN:

O se tira de la cuerda para todos o no se tira para ninguno

Un viejo que era muy rico murió sin otorgar testamento. Sus parientes, que querían heredarle a toda costa, llamaron al notario como si aquél no hubiera fallecido, y cosiendo a la barba del difunto una cuer-

da finísima, uno de ellos, oculto bajo el lecho del falso testador, la accionaba con tanta habilidad que el muerto movía la boca y meneaba la cabeza afirmativamente.

Los demás, en presencia del notario, le preguntaban al difunto:

—¿Deja usted el huerto a su sobrina Julia?

Y el falso testador, hacía un gesto afirmativo.

—¿Deja usted la casa a su sobrino Miguel?

—¿Y la viña a su prima Rosalía?

Hasta que el notario, advertido de la maniobra, preguntó al testador:

—Y al notario, ¿le deja usted mil duros?

Y como el preguntado permaneciese inmóvil, dijo el actuario:

—Señores, esto no vale; o se tira de la cuerda para todos o no se tira para ninguno.

Apuntada esta coincidencia, no conozco en la tradición ibérica ningún cuento exactamente parecido al que publicamos.

57

T 2023: *El ratoncito Pérez*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núms. 180, 181.

León: CORTÉS, II, núm. 158.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núms. 271-274; ESPINOSA, hijo, núm. 71.

Aragón: SÁNCHEZ PÉREZ, núm. 56.

Extremadura: CURIEL MERCHÁN, pp. 193, 194-195.

Andalucía: FERNÁN CABALLERO, *Cuentos*, I, pp. 195-196.

Versiones españolas de América:

Zona A: RAEL, núm. 393.

Zona B: ARELLANO, núm. 99abc; MASON, IV, núms. 24-29.

Zona C: WHEELER, núm. 203.

Zona D: CARVALHO-NETO, núm. 14.

Zona F: PINO SAAVEDRA, núm. 224.

Versiones portuguesas: COELHO, núm. 1; OLIVEIRA, núm. 69; VASCONCELLOS, núms. 60-63.

Tan popular fue en España el cuento de *El ratoncito Pérez* que lo recordó el propio Pérez Galdós, tan indiferente a la tradición folklórica (*La estafeta romántica, Episodios nacionales*, Madrid, Librería Hernando, p. 95). Nuestra versión vallisoletana es una de las más completas entre cuantas se han recogido en el área ibérica.

58

T 2030 B: *El gallo quiere limpiarse el pico*

Versiones españolas peninsulares:

Asturias: AMPUDIA, núm. 177.

León: CORTÉS, II, núms. 154-156.

Castilla la Vieja: ESPINOSA, núms. 275, 276.

Versiones españolas de América:

Zona E: CHERTUDI, I, núm. 97.

Zona F: LAVAL, I, núm. 5.

Versión catalana:

AMADES, núm. 235.

Versiones gallegas:

Contos de Lugo, núm. 206; PRIETO, núm. 75.

Nuestra versión, lo mismo que las versiones recogidas por Luis Cortés, termina en cuento de pega. La asonancia *burro*

(o mulo)/culo tiene venerable antigüedad en la tradición española, puesto que aparece ya en la *Comedia Trophea* de Torres Naharro (*Propalladia*, ed. Gillet, 1943-1951, II, pp. 108-110):

JUAN TOMILLO

¿Quiés que diga la conseja
que te dije en Malpartida?

.....
Diz, que norabuena sea,
s'era y s'era de contino,
que s'iban por su camino
todos tres en gran pelea
.....

Mía fe, llegan a un mesón.

PAJE

Pues dinos, los tres ¿quién son?

JUAN TOMILLO

¿Que os lo diga?
Un mulo y una hormiga
y un raposo muy artero,
que llegando el mesonero
les dijo: «¡Tomá una higa!»
.....

Que no los quiso acoger,
y el zorro, con su saber,
se metió,
la hormiga, se coló...

CAXCO LUCIO

Compañero, ¿pues el mulo?

JUAN TOMILLO

Mía fe, besaldo 'n el culo.

T. 2200: *Cuentos de pega*

No conozco otra versión de este cuento. Véanse más ejemplos de cuentos de pega en CURIEL MERCHÁN, pp. 313-314; *Cuentos gaditanos*, núm. 30; FEIJOO. I, pp. 242-243; OLIVEIRA, núm. 158, así como las pegas recogidas por RODRÍGUEZ MARÍN. *Cantos*, núms. 943-967.

CUENTOS SIN CLASIFICAR

60

Tío Cerote

El cuento pertenece a la tradición ibérica. Vuelve a aparecer, con variantes de poco momento, en AMADES, núm. 225, y VASCONCELLOS, núm. 233.

61

La bruja

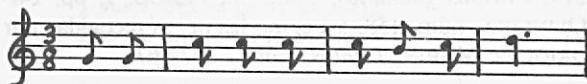
62

Los ojaranquillos

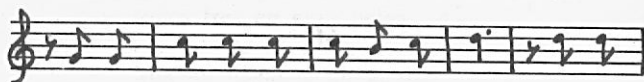
63

El libro del rey Salomón

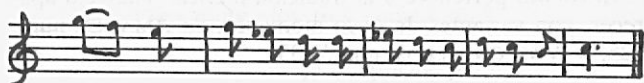
Aparece en la colección de cuentos de Saturnino Calleja.



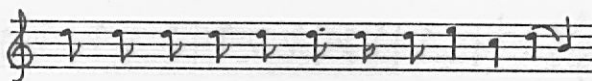
Her-ma- ni- to re- pí-ca- me bien



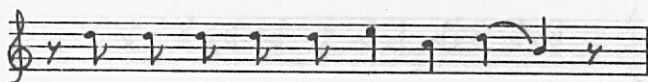
que mi her-ma no el gran- de me ma- to por las



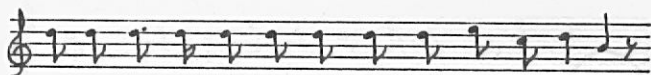
tres bo- li- tas que la Vir-gen Ma-rí-a me dio.



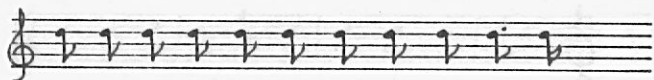
A - no - che por ser no - che de San An - drés -



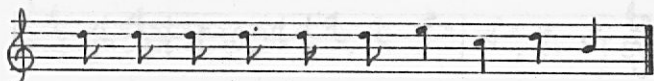
nos hi - cie - ron mo - ler a tres -



yo no sé si e - ran tres o e - ran dos o e - ra u - no

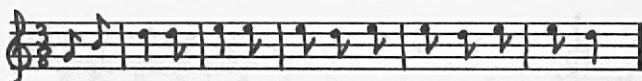


el ca - so es que to - da la no - che es - tu - ve

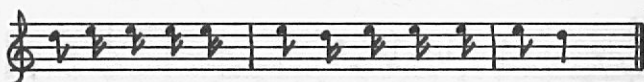


con el can - dil col - gao en el cu - lo

32

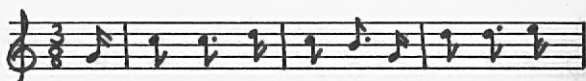


Ma-ri-qui-ta en-con-ta-do-ra ven ven que ya es ho-ra

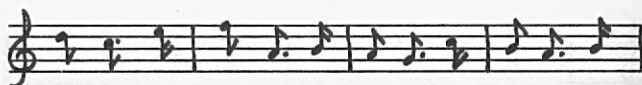


Tie-ne el cu-lo que-ma-do no pue-de a-ho-ra.

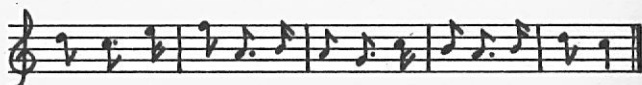
43



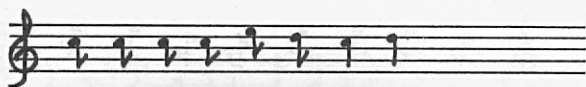
La va-ca-ra-bo-na del cu-ra-chi-



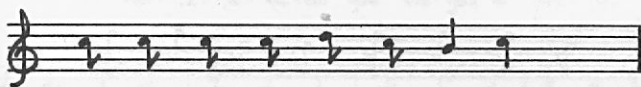
qui-to la tie-ne mi pa-dre en el cuar-to ba-



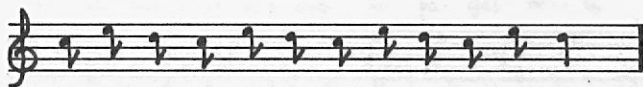
ji-to y mi ma-dre nos po-ne bue-nos pu-che-ri-tos



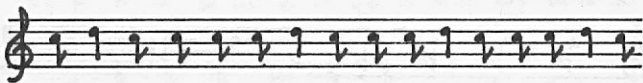
Se-ñor cu-ra se-ñor cu-ra



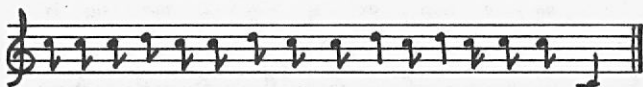
cò-mo se gui-sa la pa-va



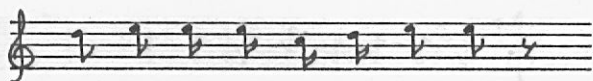
las a-las gui-sa-das las pa-tas a-sa-das.



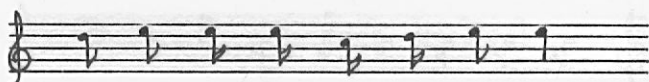
Si en-tras en la des-pen-sa del to-ci-no par-te po-co



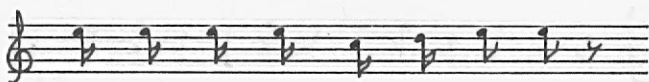
que nos cos-tó trein-ta rea-les per cris-tum do-mi-num nos-trum



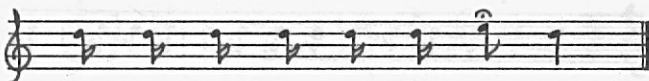
Re- cên- ca- no que pi- cas- te



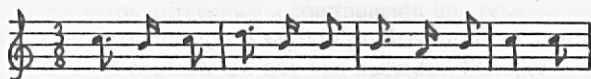
ca- be- za de sa- cer- do- te



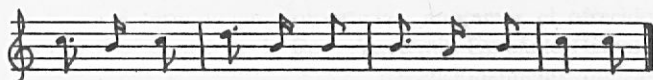
has de mo- rir en pa- te- na



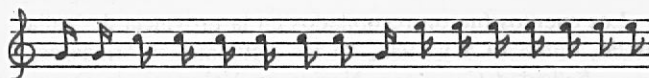
per Cris- tum do- mi- num nos- ter



Hor- te- la- ni- llo que rie- gas la huer- ta



ha- ce tres a- ños que no pa- gas ren- ta



Si el pe- pi- no se me na- ce y el na- bo se muer- de- re- za



el pri- mer a- gu- je- ro que ta- pe



el deus- te ma- dre a- ba- de- sa

Apéndice

Los cuentos fueron recopilados en la provincia de Valladolid, entre 1978 y 1982, de los siguientes informantes:

- Felicidad Carretero. Nacida en Valbuena de Duero, 55 años. Aprendió de su padre, nacido en Valdestillas, los cuentos. Contó los números 16, 17, 19, 57 y 60.
- Carmen González. Aprendió de su padre (nacido en Olmedo) y de su madre (nacida en Mojados) los cuentos, 68 años. Contó los números 11 y 58.
- Luisa González. Hermana de la anterior, 66 años. Contó los números 10, 14, 35, 37, 52 y 56.
- Amalia Gómez. Nacida en La Overuela, 75 años. Aprendió de sus padres y abuelos (éstos descendientes de Villaescusa de Ebro, en la Montaña) las narraciones. Contó los números 1-9, 13, 15, 18, 20, 22-34, 38-41, 43-51, 53-55, 59, 61-63.
- Marina López. Nacida en Traspinedo, 57 años. Aprendió de sus padres las canciones y cuentos que sabía. Contó el número 12.
- Modesta del Campo. Nacida en Villabrágima, 63

años. Contó los números 21, 36 y 42, que fueron recopilados por Modesto Martín Cebrián.

Se ha respetado siempre para la transcripción la versión oral tomada en cinta magnetofónica, utilizándose los signos de puntuación de acuerdo a la entonación y pausas de los propios narradores. En lo que respecta al vocabulario empleado por éstos, ofrecemos a continuación una relación de palabras cuyo significado o sentido pudiera resultar oscuro aun dentro del contexto en que van incluidas. Siempre que ello ha sido posible recurrimos a Sebastián de Cobarruvias (*Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Ed. Turner, Madrid, 1979), COB, para anotar la definición. Si no hemos hallado el término en Cobarruvias, anotamos el ofrecido por el Diccionario de la Real Academia Española (Espasa Calpe, Madrid, 1970), DRAE. Excepcionalmente utilizamos el Diccionario Crítico Etimológico, de Joan Corominas (Gredos, Madrid, 1976), COR, cuando se hace mención de un localismo.

Albarda: Es la cobertura y el fuste de la bestia de carga, para que con ella no se mate o maltrate (COB). Cuento número 26.

Artesa: El tronco de madera cavado en que se amasa el pan (COB). Núm. 42.

Arañar: Lo mismo que araño, por dexar arado el cuero y rayado (COR). De arañar, infl. por uña (DRAE). Núm. 57.

Ataharre: Es la cincha guarnecida en badana que echan en el trasero de la albarda, y va por debaxo de la cola y de las ancas de la bestia (COB). Núm. 26.

Canilla: La espita que se pone a la cuba o tinaja para ir sacando por ella el vino (COB). Núm. 33.

Cantarillas: De cántaro se dixo cantarillo y cantarilla (COB). Vasija de barro, sin baño, del tamaño y forma de una jarra ordinaria y boca redonda (DRAE). Núm. 58.

Canto: Saliente anguloso (COR). Núm. 7.

Caporal: El que hace de cabeza de alguna gente y la manda (DRAE). Núm. 16.

- Cenagal:** Sitio o lugar lleno de cieno (DRAE). Núm. 23.
- Corte:** Filo... con que se corta y taja (DRAE). Núm. 24.
- Cuarterón:** Cuarta parte de una libra (DRAE). Núm. 41.
- Cuarto:** Moneda de cobre española, del antiguo sistema, cuyo valor era el de cuatro maravedíes de vellón (DRAE).
- Cubeta:** Diminutivo de cuba (DRAE). Núm. 33.
- Escriño:** Cesta o canasta fabricada de paja, cosida con mimbres o cáñamo (DRAE). Núm. 61.
- Falto:** Ser un hombre falto, se entiende ser falto de juyzio (COB). Núm. 24.
- Fresco, fresqueros:** Pescado fresco, el que se come como sale de la mar, sin salarle (COB). Persona que conduce o vende pescado fresco (DRAE). Núm. 1.
- Garia:** Aperro de labranza, especie de horca (COR). Núm. 16.
- Gotera:** Sitio en que cae el agua de los tejados (DRAE). Núm. 55.
- Hato:** Se llama el vestido y ropa de cada uno (COB). Ropa y pequeño ajuar que uno tiene para el uso preciso y ordinario (DRAE). Núm. 9.
- Hocino:** Instrumento corvo de hierro acerado, con mango, que se usa para cortar la leña (DRAE). Núm. 24.
- Labor:** Labor del campo, el cultivar la tierra arando (COB). A veces, por extensión, terrenos sembrados: poseer una obrada de labor; es decir, tener algo más de media hectárea de terreno. Núm. 2.
- Lezna:** Instrumento que se compone de un hierrecillo con punta muy sutil y un mango de madera y del cual usan los zapateros (DRAE). Núm. 60.
- Lías:** Sogas de esparto para liar los fardes o tercios de cargas (COB). Núm. 24.
- Libra:** Es peso comúnmente de doze onzas... La libra carnica pesa a doble de la ordinaria (COB). Núm. 41. El mismo Cobarruvias dice refiriéndose a la onza que es la dieciseisava parte de una libra, «aunque los antiguos la repartían en doze».
- Lumbrada:** Lumbré grande (DRAE). Núm. 62.

Mandadera: La criada de las monjas que va con los mandados (COB). Núm. 54.

Morena: Montón de mieses que los segadores, después de segarlas, hacen en las tierras (DRAE). Núm. 24.

Ochavo: Moneda de vellón usual en Castilla (COB). Núm. 42.

Ojaranquillo: Ojanco = Gigante de sólo un ojo en medio de la frente (DRAE). Adriano García Lomas, en *Mitología y supersticiones de Cantabria*, habla de ojáncanos y ojáncanas. La informante decía que existían y que los había visto; intentaba definirlos con tres palabras: «Un hombre, un arangután, un bruto». Núm. 62.

Onza: Peso que equivale a 287 decigramos (DRAE). Núm. 42.

Panadera: Utilizado en el sentido de *tunda*, *paliza*. No aparece en ningún diccionario. Núm. 2.

Pantalones: Prenda interior del traje de la mujer, más ancha y corta que el pantalón de los hombres (DRAE). Núm. 46.

Perillán: De las antiguas formas castellanas *Per*, Pedro, e *Illán*, Julián. Persona pícara (DRAE). Aquí «pícaro» podría tener el sentido antiguo de criado. Núm. 36.

Pingajillo: Eufemismo; de pingar, colgar. Núm. 50.

Puchas: Cobarruvias y el DRAE traen *puches*, «un género de guisado de harina y azeite», pero Antonio de Nebrija (*Vocabulario de romance en latín*, Castalia, Madrid, 1981) anota *puchas*. En nuestro cuento se trata de una especie de natillas hechas con harina que se preparaban para Pascua. Núm. 6.

Quedar: En Valladolid y Palencia se utiliza en el sentido de *dejar*; «me quedé olvidado el paquete». Corominas trae «quedar a deber; adeudar» como utilizado por Rodrigo de Reynosa en el siglo xv. Núm. 1.

Rastrojo: La tierra después de segada la mies (COB). Núm. 7.

Recáncano: No lo trae ningún diccionario. Probablemente procede de *cáncana*: «araña gruesa, de patas cortas y color oscuro» (DRAE). Núm. 53.

Saltimbanqui: Saltabanco (DRAE). Núm. 46.

Sepultura: Por sepultura.

Serón: Viene de *sera*, según Cobarruvias: «espuerta grande de esparto». Núm. 29.

Sorbicadera: De sorber o beber sorbiendo; se fuerza la rima. Núm. 41.

Talanquera: Se llama en los pueblos a las hileras de palos o maderos clavados en el suelo que sirven de protección en las capeas. El tonto de nuestro cuento confunde la reja que separa en las iglesias el altar donde oficia el sacerdote del resto de los fieles, con la talanquera de la plaza. Núm. 41.

Zancas: Se utiliza dos veces y con dos sentidos diferentes; el de piernas o patas («Ayudadme, zancas...») y el de pasos muy largos o zancadas.

Por último, se habrá observado que las cantinelas que acompañan en ocasiones la narración son remedos de cantos litúrgicos, como corresponde a la caricatura que se pretende lograr; en el caso del número 32 la melodía simula el diálogo entre las campanas del cura y el canto golpeado por el zapatero.

JOAQUÍN DÍAZ

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	5
Bibliografía, abreviaturas y siglas	14
1. La raposa y los fresqueros	22
2. La raposa y Juanitonto	23
3. La raposa y el gavilán	25
4. La raposa y el queso	26
5. Rabo corta mucho	26
6. La raposa y la cigüeña	27
7. El gallo capón	28
8. El ratón de campo	28
9. Juanitonto	29
10. El hombre de pez	31
11. Panicorice	32
12. La asadura	34

13.	Las brujas y el cheposo	36
14.	El pescador y el barbo	37
15.	Porra dale	39
16.	Cabecita de ajo	42
17.	Las tres hermanas	45
18.	Los niños del diablo	47
19.	Las tres naranjitas de oro	49
20.	Las tres bolitas	51
21.	El zagal y los frailes	52
22.	Juan Soldado	53
23.	Sacar la correa	56
24.	El gigante	57
25.	El sastre y las guindas	59
26.	El cura y el pobre	60
27.	El cura y el tratante	61
28.	El cura y la molinera	62
29.	Los arrieros y el cura	63
30.	El cura y el herrero	64
31.	El cura y el quesero	65
32.	El zapatero y el cura	65
33.	Las borrachas	66
34.	El grajo	67
35.	La matanza	68
36.	El perillán	69
37.	El arroz del soldado	71
38.	El sastre y la comida	72
39.	El naranjo y el Cristo	72
40.	Arriba ánimas	73
41.	El pastor y el cura	74
42.	El cura, el sacristán y el capellán	76
43.	El cura y el monaguillo	77
44.	El cura y el alcalde	79
45.	El cura y el chocolatero	80
46.	El cura y el volatinero	80
47.	El cura corto	81
48.	Las cartas del cura	82
49.	Jesús de Nazareno	82
50.	San Nicodemus	83
51.	El cura y el obispo	84

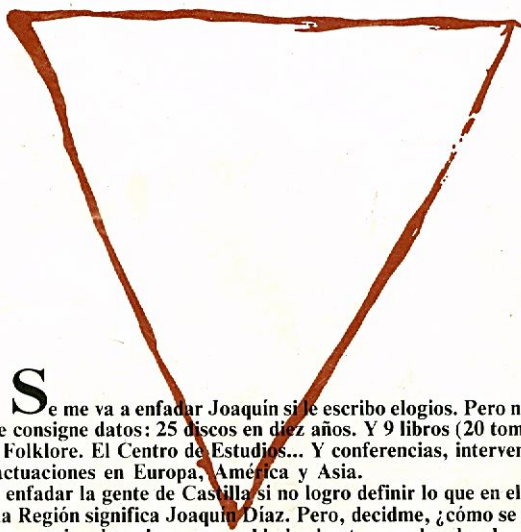
	<u>Págs.</u>
52. Dominus vobiscum	85
53. El cura y el piojo	85
54. El sacristán y las monjas	86
55. El sastre y las lentejas	86
56. Ni don Juan ni don Manuel	87
57. La mariposita	88
58. El gallo Quirico	92
59. Cuento de las jarras	93
60. Tío Cerote	94
61. La bruja	95
62. Los ojaranquillos	96
63. El libro de Salomón	98
Notas	100
Apéndice	156

Colección **AMBITO** Castilla y León

Títulos publicados

- 1 APROXIMACION HISTORICA A CASTILLA Y LEON
Julio Valdeón (4ª edición)
- 2 EL ESPACIO GEOGRAFICO CASTELLANO-LEONES
Valentín Cabero (3ª edición)
- 3 ESCRITORES CONTEMPORANEOS EN CASTILLA Y LEON
Emilio Salcedo
- 4 CASTELLANO Y LIBRE. MITO Y REALIDAD
José Luis Martín
- 5 EL ESPAÑOL, LENGUA MILENARIA
(y otros escritos castellanos)
Emilio Alarcos Llorach
- 6 VIDA POPULAR EN CASTILLA Y LEON A TRAVES DEL ARTE
Marciano Sánchez
- 7 PERSONAS, LIBROS Y LUGARES
Ramón Carande
- 8 EL REGADIO, ¿UNA ALTERNATIVA A LA AGRICULTURA CASTELLANO-LEONESA?
Fernando Molinero
- 9 LA ECOLOGIA DE CASTILLA Y LEON
Ramón Grande del Brio
- 10 SOBRE JUDIOS, MOROS Y CONVERSOS
José Jiménez Lozano
- 11 ANCHA ES CASTILLA
Meditaciones-Reflejos de literatura
Antonio Tovar
- 12 EL OBISPO ACUÑA. HISTORIA DE UN COMUNERO
Alfonso Guilarte
- 13 CUENTOS CASTELLANOS DE TRADICION ORAL
Joaquín Díaz. (2ª edición)
- 14 EL AÑO DE LA SEQUIA
Victor Bernardo Carande
- 15 LAS FIESTAS DE AQUI
Carlos Blanco

- 16 LA INDUSTRIA EN CASTILLA Y LEON
(Dinámica, caracteres e impacto)
Fernando Manero (2ª edición)
- 17 EL PENDON REAL DE CASTILLA Y OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE
EL REINO
Amando Represa
- 18 AUN QUEDA SOL EN LAS BARDAS
Avelino Hernández
- 19 LA NORMA CASTELLANA DEL ESPAÑOL
Santiago de los Mozos
- 20 LA POBLACION CASTELLANA
Amando de Miguel-Félix Moral
- 21 RITO Y TRADICION ORAL EN CASTILLA Y LEON
Luis Díaz Viana
- 22 LA EDUCACION EN CASTILLA Y LEON
J. M. Hernández-M. Grande-A. Infestas
- 23 ANTONIO MACHADO, POETA DE CASTILLA
Carlos Beceiro
- 24 USOS Y DECIRES DE LA CASTILLA TRADICIONAL
Emilio Martín Calero
- 25 DEL VIEJO FOLKLORE CASTELLANO
Julio Caro Baroja
- 26 LA CENSURA DE PRENSA EN LOS AÑOS 40
(Y otros ensayos)
Miguel Delibes
- 27 CASTILLA COMO AGONIA. CASTILLA COMO ESPERANZA
Andrés Sorel
- 28 CASTILLA Y LEON EN AMERICA
Eufemio Lorenzo (2ª edición)
- 29 CRONICAS DEL PONIENTE CASTELLANO
A. Hernández-M. Manzano-I. Sanz
- 30 ENSAYOS SOBRE LITERATURA REGIONAL CASTELLANA
Narciso Alonso Cortés



Se me va a enfadar Joaquín si le escribo elogios. Pero no puede impedir que consigne datos: 25 discos en diez años. Y 9 libros (20 tomos). La Revista de Folklore. El Centro de Estudios... Y conferencias, intervenciones, recitales, actuaciones en Europa, América y Asia.

Se va a enfadar la gente de Castilla si no logro definir lo que en el renacimiento de la Región significa Joaquín Díaz. Pero, decidme, ¿cómo se designa en castellano a quien devuelve a un pueblo los montanares hondos de su tradición más viva?

De acuerdo, Joaquín, no te haré elogios. Pero propondré que se reconozca lo que tu labor significa. Es decir, pediré que se les preste la atención que merecen a los proyectos de que siempre nos hablas. Que tal es el reconocimiento mejor que quieres para tu obra, estoy seguro.

¿O es que será tanta la miopía de quienes administran los recursos privados y públicos en Castilla-León que no advierten lo que puede hacer quien con 35 años ya ha hecho tanto?

Y escrito esto, os dejo con la gavilla de cuentos que Joaquín recuperó. En unos disfrutareis la frescura de la anécdota. En otros celebrareis su tinte marrón y verdolagas. En todos gozareis la inimitable belleza de oír contar historias de nuestra lengua al pueblo llano.

Joaquín ha querido la presencia de Maxime Chevalier en el pórtico de este texto. Un gran acierto. Porque su obra es la de un clásico y su autoridad la de un maestro. Fruto de ello, la introducción con que abre y enriquece el libro es, a la vez, síntesis de hondos conocimientos y modelo de rigor.

AVELINO HERNANDEZ